

crisis

el virus invisible del mercado

gobernar en época de vacas
muertas según **axel kicillof**

horror y amor según
camila sosa villada

Para prevenir el dengue #DaloVuelta

Eliminemos los criaderos de mosquitos entre todos los vecinos.



Da vuelta y cepillá todos los recipientes que puedan acumular agua.



Cambiá día por medio el agua de floreros y bebederos de tu mascota.



Tirá agua hirviendo en canaletas y rejillas.



Descartá objetos que no usás y acumulan agua.

Enterate más en [buenosaires.gob.ar/dengue](https://www.buenosaires.gob.ar/dengue)



Buenos
Aires
Ciudad



Vamos
Buenos
Aires

crisis

editores

Mario Santucho
Hernán Vanoli
Ximena Tordini
Juan Pablo Hudson

diseño editorial

Martín "Rata" Vega

edición fotográfica

Jazmín Tesone

coordinación ilustraciones e historieta

Ezequiel García

colectivo editorial

Heber Ostroviesky
Sebastián A. Vricella
Diego Genoud
Alejandro Bercovich
Claudio Mardones
Paula Abal Medina
Sebastián Rodríguez Mora
Nicolás Perrupato
Florencia Badaracco
Gala Abramovich

corrección

Marina Slaimen

realizaciones audiovisuales

Martín Céspedes / Cuco Producciones
Clarisa Lea Place, Malena Pascual, Malena
Vince, Juan Paz y Lourdes Fernández Madero.

publicidad y coordinación financiera

María Cecilia Battaglia

colaboran en este número

Emiliana Miguelez, María Eugenia Cerutti,
Héctor Río, Santiago Hafford, Federico Orchani,
Mariano Canal, Matías Baglietto, Natalia
Gelós, Tony Valdez, Leandro Barttolotta,
David Fernández, Tomás Rodríguez Ansorena,
Daniluk, Aymara Pais Negrin, Laura Rivas,
Manuel Cantón, Romina Paula, Camila Sosa
Villada, Alejandro Galliano, Panchopepe y
Brenda Greco.

prensa y difusión

María Paz Tibiletti
prensa@revistacrisis.com.ar

retoque fotográfico

Planta Baja C

relaciones institucionales

Susana Etchegoyen y Mirta Fabre

suscripciones

Ana Paula Gerez
suscripcioncrisis@gmail.com

www.revistacrisis.com.ar

Lacroze 4181 - Catacumba. C.A.B.A. CP: 1427
redaccion@revistacrisis.com.ar

ISSN: 0325-7444

Revista Crisis Asociación Civil
CUIT: 30714381497 - IVA exento
El precio de los números anteriores es igual al
precio de tapa de la última edición en circulación.

Registro de la propiedad intelectual en trámite
Creative Commons
Atribución-Compartir Igual-No comercial

sumario



Foto de tapa: Emiliana Miguelez

6•9 soberano default

Un póker contra los Reyes de Diamante

El director de *Fondo*, documental sobre las peripecias del FMI, pone la lupa ahora sobre los otros *fondos*, aquellos que concentran el grueso de las acreencias argentinas. No son los buitres, pero tampoco parecen palomas. De Blackrock a Fidelity, ¿cuándo nacieron, cómo operan y cuánta mosca reúnen los nuevos búfalos de Wall Street? Escribe Alejandro Bercovich. Foto de Emiliana Miguelez.

16•22 federalismo bonaerense

Plan Kicillof

Cuando parecía estarse disipando la bruma de un inicio de mandato turbulento, la peste más inesperada y potente se abalanzó sobre una Provincia bicentenaria, invertebrada y miope. En el medio de la tormenta, el gobernador Axel enciende las luces largas, acude a *El Restaurador* como arma simbólica y revela los horizontes estratégicos desde su comando platense. Diálogo con Mario Santucho. Foto de Santiago Hafford.

54•69 ideas letras críticas

Más allá de la vida

En tiempos de pandemia, Manuel Cantón escribe sobre las voces de los muertos y la necromanía industrial. Un bello texto de Romina Paula, donde los velorios y las herencias se gestionan por Whatsapp. Camila Sosa Villada dispara tres flechazos al corazón de un terror que se derrite ante el lenguaje. Sebastián Robles pasa revista a las pesadillas del siglo XX, bajo la luz de Stephen King. Y Alejandro Galliano invita a pensar el futuro, mas allá del apocalipsis nuestro de cada día. Ilustraciones de Panchopepe y Brenda Greco.

4•5 manifiesto

Patria o virus

La cuarentena es un test inmejorable para detectar la desigualdad social. Cuando la pesadilla termine, ¿vamos a volver a lo mismo? Por el colectivo editorial crisis. Foto de María Eugenia Cerutti.

10•15 políticas de la violencia

Por qué matan en Rosario

Las hipótesis de un abogado del mal, un policía jerárquico, un fiscal en las sombras y dos ministros de Seguridad, en una crónica imperdible desde la ciudad del bang. Escribe Juan Pablo Hudson. Fotos de Héctor Río.

23•27 peronismo porteño

Perdedores con gloria

Primero fue "el Sistema" de Grosso. Luego vino la intervención riojana. Más tarde estalló por el aire. Ahora la cofradía se reencuentra. Arqueología del albertismo. Por Federico Orchani y Mariano Canal. Fotos de Matías Baglietto.

28•31 militantes del común

Corre Vanesa corre

La primera línea no suele aparecer en primera plana. La política en serio no se pasea por los ministerios. Pero en la calle hay quienes vencen la vergüenza y quieren cambiarlo todo. Vanesa Escobar, por Natalia Gelós. Foto de Tony Valdez.

32•34 carnaval conurbano

Títeres de nadie

Las fuerzas gedientas y los núcleos festivos se funden en una tregua nocturna con abundante espuma. Escribe Leandro Barttolotta. Foto de Sebastián Vricella.

35•44 ensayo visual

Después de la tormenta

No es un pájaro, no es un avión, es un fotógrafo detrás de un dron. Un trabajo de David Fernández.

45•48 internacional reaccionaria

El regreso de Bannon

Vida y obra del principal estratega de *The Movement*, la red de partidos de extrema derecha más exitosa desde la Segunda Guerra Mundial. Por Tomás Rodríguez Ansorena. Ilustración de Daniluk.

49•53 inquilinos atrapados

La patria inmobiliaria

Mudarse es un pandemónium desde que la vivienda se convirtió en un *commodity*. Fotos de Aymara Pais Negrin y Laura Rivas.

manifiesto / patria o virus

el gobierno de los científicos

Por colectivo editorial *crisis* | Foto María Eugenia Cerutti



“Somos un gobierno de científicos, no de CEO’s”, dijo Alberto Fernández en la apertura de Sesiones Ordinarias, el 1 de marzo. Nadie imaginó que aquella ocurrencia del Presidente se concretaría de manera literal apenas diez días más tarde, cuando la Organización Mundial de la Salud (OMS) decretó el estado de pandemia.

De golpe y porrazo, el embotamiento que caracterizó al oficialismo durante sus primeros tres meses de gestión devino un activismo integral con el objetivo de paralizar a la sociedad toda. No hay dudas de que se trata de un gobierno monotemático: primero la deuda, ahora el coronavirus. Vengan de a uno.

Ni la economía ni la política, sino el pánico a la catástrofe y la necesidad de cuidado, finalmente, fueron las fuerzas motrices de la unidad nacional en el siglo XXI.

Rápido de reflejos, Alberto Fernández supo interpretar la oportunidad y puso en marcha un virtuoso manejo de la crisis. El consenso que no iba a conseguir nunca para cambiar las prioridades cristalizó como una roca negra capaz de trascender toda grieta ideológica o mediática.

La consigna de la hora puede resumirse en una frase: de este desastre sólo salimos entre todos.

Pero hay una pregunta pendiente: después de esta emergencia, ¿vamos a volver a lo mismo?

Porque el problema no es el virus. Es el desprecio del “sistema” por la salud pública y los cuidados colectivos. Las catástrofes naturales, las pandemias, no son “enemigos invisibles”. Las metáforas bélicas solo ocultan la verdadera responsabilidad de una clase dirigente que vive agrediendo, o en el mejor de los casos postergando, aquellas dimensiones de la vida que no producen valor mercantil.

Hasta que la amenaza de un colapso del sistema sanitario –a esta altura quizás inevitable– provocó en quienes deciden, un miedo aun mayor que el atávico temor al default –a esta altura también inevitable. ¿O habrá sido un cálculo de costo-beneficio? Sea como sea, precisamos la evidencia de un cataclismo para otorgarle primacía a la deuda interna por sobre los acreedores financieros.

Darle estatuto de verdad al estado de excepción es romper con el cinismo de una normalidad insostenible. La mejor salida, por no decir la única posible, es trasgredir el orden que nos condujo hasta la puerta del cementerio. Invertir en serio la ecuación material: se paró la máquina, es hora de encender la maquinita.

Entre el tsunami de noticias que arriban de los países del norte que hace semanas están en cuarentena obligatoria, hay una que nos inquieta particularmente: “el #yomequedoencasa es una consigna elitista”. La parálisis económica va a

impactar con fuerza descomunal en los sectores condenados a la precariedad. El encierro en el ámbito privado puede ser explosivo –o ultradepresivo– en aquellos barrios donde prima el hacinamiento y falta infraestructura básica; también para las mayorías inquilinas.

El éxito de la cuarentena obligatoria dependerá, por lo tanto, de cuántos recursos se inyecten en las franjas de la población que más lo necesitan. Para que los índices y gráficos de pizarrón cierren, es decir para que “la curva se achate”, esta vez no alcanza con la solidaridad en abstracto. ¿Llegó el momento de la renta básica universal?

La rápida reacción del gobierno argentino contrasta con la actitud de administraciones vecinas como Brasil y Chile, quienes están viendo crujiir su legitimidad porque desconfían de sus poblaciones. Mientras Bolsonaro desdeña a la enfermedad y se encomienda a los evangélicos, Piñera

saca otra vez a los militares a la calle para garantizarle a las empresas que la ruleta seguirá girando. La comparación no tiene como objeto levantarnos la autoestima, sino poner en evidencia que el fundamento de la cuarentena no es el encierro sino la cooperación. Para salvarse, el Estado argentino en un rapto de lucidez apela a la comunidad.

Hay quienes solo ven la punta del iceberg, aunque la tierra se desfonde bajo sus pies. Y atribuyen a la élite poderes sobrenaturales, justo cuando las propias autoridades le devuelven a sus ciudadanos la responsabilidad de salvar a la sociedad. Que el nuevo gobierno finalmente se haya puesto en marcha gracias a una convocatoria al “querido pueblo argentino”, sin dudas, resulta muy saludable. Pero para que el gesto trascienda la urgencia y funde una nueva gobernabilidad deberá introducir cambios verdaderos, impidiendo así que el país vuelva a caer en manos de esos “pocos vivos” que ahora quedan en orsai.

Por ejemplo, ¿vamos a conseguir en la práctica que la salud sea un bien común esencial para todo ser humano por el solo hecho de serlo, o seguiremos consintiendo que la traten como una mercancía y por lo tanto como un bien escaso accesible para una porción privilegiada?

Construir una respuesta contundente no es sencillo, lo sabemos. Implica ir a contracorriente, enfrentar las relaciones de fuerzas que imperan en el capitalismo y producir una innovación institucional mayúscula. Pero renunciar a ese desafío no solo implica perder la oportunidad que ofrece la crisis, para recaer en el posibilismo y la mediocridad. Es peor: supone que al pueblo solo se lo convoca cuando las papas queman, para luego volver al verdugueo.

Nadie sabe cuánto durará este impasse ni hasta dónde llegará el virus. Nadie sabe si al final de este trance nos espera un abrazo de reencuentro, o una soledad aterrorizada y doblegada. |c|

reestructurar hasta que duela

¿Quiénes son los principales acreedores de la Argentina en la pulseada financiera 2020? Esta vez del otro lado del mostrador no están los pobres jubilados italianos, pero tampoco los sanguinarios buitres del pirata Singer. Ni siquiera el FMI posee la última palabra. De dónde vienen y cómo piensan los fondos de inversión que en las próximas semanas tratarán de torcerle el brazo al gobierno de Alberto Fernández. ¿Y si es mejor hacer oleee y defaultear soberanamente? Por Alejandro Bercovich | Foto Emiliana Miguez



A diferencia de Paul Singer, el magnate que doblegó a la Argentina desde su fondo buitre y que hizo las paces con Donald Trump tras haber patrocinado a sus oponentes en la interna republicana, Larry Fink es un correcto demócrata que podría haber sido secretario del Tesoro si ganaba Hillary Clinton en 2016 y que sorprendió en enero al anunciar que, aun como banquero, iba a combatir el calentamiento global. Fink tiene 67 años y dirige Blackrock, fondo que administra un capital de más de 7 billones de dólares, una masa de dinero que jamás nadie había juntado y que equivale a quince veces lo que produce al año la economía argentina. Él y los jefes de otras gigantescas vaquitas llamadas Vanguard, Ashmore, Gramercy y Fidelity son quienes disputan con Martín Guzmán el partido más importante del año, hasta la aparición estelar del Covid-19: la reestructuración de la deuda pública que el Fondo Monetario

definió como “insostenible” y que Mauricio Macri acrecentó a un ritmo sin precedentes en la historia.

Fink independizó su fondo en 1995 de Blackstone, por entonces la mayor administradora privada de acciones del planeta. Pero su criatura recién empezó a crecer después de la crisis estadounidense de 2008, cuando explotó la burbuja hipotecaria que se había inflado durante la década previa. Visto desde Argentina hay algo de ironía en que esa acumulación originaria se haya montado sobre un default generalizado: el colapso de aquellas hipotecas impagables para los yanquis con salarios mínimos –a quienes les habían hecho creer que podían tener casa, auto, salud y universidad– fue también el crac de los derivados financieros que se habían montado sobre ellas para maximizar la ganancia de los prestamistas. Y claro, el de los bancos que ofrecían esos derivados y a la vez los compraban.

A esa lluvia de meteoritos que terminó con los dinosaurios de Wall Street –con episodios como la quiebra de Lehman Brothers y el rescate estatal (¡oh, Milei!) de otros como el Citi y Merrill Lynch– le siguieron dos medidas que, en cualquier otra latitud, la Casa Blanca repudiaría por populistas: una regulación más estricta de la banca para que no volviera a sobregirarse y una masiva impresión de dólares. Fue en ese sustrato donde florecieron fondos como Blackrock o Fidelity, el que ganó la pulseada del verano contra Axel Kicillof por la deuda bonaerense. Fondos que, lejos de la lógica buitre, prefieren activos relativamente seguros y no persiguen juicios ni embargos de fragatas en puertos africanos. Pero no dejan de ser fondos de inversión, cuyo fin último es multiplicar la plata de sus cuotapartistas.

Son los llamados “index funds” o “inversores pasivos”, que no juegan a ganarle al mercado sino a empatarle. En vez de cobrar un 2% anual del capital administrado y un 20% de las ganancias que consiguieran, como los típicos *hedge funds* para millonarios, simplemente reparten la plata entre acciones de todas las empresas que componen un índice (como el S&P500) o entre bonos de todos los países que integran determinada categoría (como los denominados “emergentes” o los “mercados de frontera”). Y apenas cobran 0,5% del capital que manejan al año. Hacen como quien juega a color o a docena en la ruleta o como quien reparte fichas por todos los números. No se gana tanto como en un pleno, pero el riesgo también es menor.

Su auge no fue casual. Mientras obligaba a la banca tradicional a achicarse, dividirse y tomar nuevas precauciones, Ben Bernanke prendió al máximo la maquinita de la Reserva Federal e imprimió casi la mitad de la masa de dólares que circulaba hasta entonces. El Banco Central Europeo lo siguió. Eso hizo subir por un lado el valor de las acciones y bonos de modo constante durante años y desincentivó por otro lado el ahorro, al aplastar las tasas de interés. Los que igual ahorraban ya no pudieron ni quisieron pagar las onerosas comisiones que siempre cobraron los asesores de Wall Street, porque los rendimientos eran porcentualmente menores y porque ya no hacía falta ser un experto para ganar plata.

Un verdadero trampolín para tipos como Fink. En doce años, el poder cambió de manos: los diez mayores bancos de Wall Street valen 6% menos que en 2007 y los activos de BlackRock, Vanguard, State Street Inc y Fidelity se duplicaron desde 2009. Juntos, esos cuatro monstruos administran 16,5 billones de dólares en activos. Unas 37 veces lo que produce Argentina en un año. Eso incluye bonos y acciones pero también reservas de litio en Australia y México, minas de cobalto en el Congo, gigantescas extensiones de campos en el Amazonas y miles de departamentos en capitales europeas. Es plata que guardan para su retiro enfermeras y abogados del primer mundo, pero también parte de la fortuna de financistas como Warren Buffet –quien elogió varias veces a los index funds–, jeques árabes y magnates rusos.

me no hablar español

En su carta abierta de enero, además de predicar por la “sostenibilidad ambiental” de las empresas, el CEO de Blackrock se manifestó a favor de un “capitalismo más inclusivo”. Pero del mismo modo que su súbito ecologismo choca con que todavía sea el mayor inversor del planeta en generación de electricidad a carbón y principal accionista de petroleras como Total, su vocación reformista de los abismos sociales del capitalismo se pone en tensión ante las más elementales disyuntivas políticas. Así como la comprensiva Kristalina Georgieva no dudaría en exigir los mismos recortes presupuestarios que su antecesora Christine Lagarde si creyera que son políticamente viables y si no hubiera recibido la instrucción del Tesoro de darle un semestre de respiro a Alberto Fernández, sería ingenuo esperar que Fink se conmueva por la exclusión de los niños wichis que mueren deshidratados por la falta de pozos de agua en el Chaco salteño, aunque esos pozos se hayan postergado para pagar intereses de la deuda. Negocios son negocios.

Un buen test fue la asunción del centroizquierdista Andrés Manuel López Obrador (AMLO) en México. Con su antecesor, el conservador Enrique Peña Nieto, Blackrock venía haciendo negocios jugosísimos como la privatización parcial de Pemex (Petróleos Mexicanos) o el manejo de los fondos de pensión. A fines de 2013, el propio Fink definió a la azteca como “una historia de crecimiento increíble” y exageró: “Si tuviera 22 años y no supiera qué hacer de mi vida, me mudaría a México porque creo que ofrece oportunidades enormes”. Pero cuando ganó AMLO, que había advertido en campaña sobre la “mafia financiera de cuello blanco”, Blackrock advirtió sobre el “riesgo geopolítico” que encerraba el recambio.

Los nuevos patrones de la vereda de Wall Street manejan tanto dinero que son pocos los activos en los que no hayan invertido. En Argentina aterrizaron cuando todavía gobernaba Cristina Fernández, quien apuntó contra Blackrock en un discurso de 2014 por su decisión de cerrar Donelley, megaimprenta que le había comprado al fondo buitre de Singer.

La tensión duró poco. El propio Fink se reunió con López Obrador a pocos meses de su asunción y ambos bajaron los decibeles de la disputa. La privatización de Pemex no se revirtió. La de los fondos de pensión tampoco.

En rigor, los nuevos patrones de la vereda de Wall Street manejan tanto dinero que son pocos los activos en los que no hayan invertido. Aunque en proporciones pequeñas, aterrizaron en Argentina cuando todavía gobernaba Cristina Fernández, quien apuntó contra Blackrock en un discurso de 2014 por su decisión de cerrar Donelley, megaimprenta que le había comprado al fondo buitre de Singer y que después sus 400 obreros consiguieron reabrir con el nombre de Madygraf. Antes de ese choque, seducida por la quimera de Vaca Muerta, la tropa de Fink había comprado acciones de YPF y bonos argentinos. Incluso se presentó como amicus curiae en el juicio de los buitres contra el país y dio testimonio ante el juez Thomas Griesa de la voluntad de pago oficial.

El desembarco masivo de los fondos en Argentina fue, por supuesto, con Macri. Así como los grandes hedge funds dependientes de bancos y aseguradoras (PIMCO, Goldman Sachs, JP Morgan o Ashmore), los inversores pasivos se tentaron con los rendimientos que ofrecía Luis *Toto* Caputo, viejo lobo de Wall Street que sabía muy bien qué venderles. En un mundo de dinero semigratuito, donde un tercio de la deuda soberana con grado de inversión paga tasas negativas (quien compra hoy un bono alemán de 100 euros, por ejemplo, cobra 97 euros dentro de 10 años), Caputo era un soltero codiciado: representaba a un gobierno que decía todo lo que los acreedores querían escuchar, que había heredado una deuda baja en relación a su PBI y que pagaba un interés del 8% anual en dólares. Bolivia y Brasil, mientras tanto, rendían menos de la mitad. Chile y México, menos de la cuarta parte.

Fink incluso aterrizó en Buenos Aires en octubre de 2016 y se reunió con Macri, tras lo cual lanzó un índice que replicaba la trayectoria de acciones líderes argentinas que cotizan en Nueva York, como Mercado Libre, Tenaris, YPF, Galicia, Macro, Telecom, Pampa Energía, Arcos Dorados y Adecoagro. Se llamaba “iShares MSCI Argentina and Global Exposure ETF” y generó una breve garúa de inversiones, rentable para quienes entraron y salieron a tiempo aunque casi sin impacto en la economía real. En todas esas compañías locales, los nuevos barones de las finanzas todavía mantienen pequeñas participaciones accionarias.

El colapso del plan económico de Macri en 2018 no los amilanó. En enero de 2019 Blackrock abrió su oficina en Buenos Aires, la cuarta en Sudamérica después de San Pablo, Bogotá y Santiago de Chile. Está entre las sucursales más chicas de las setenta que posee, pero no deja de ser una presencia física con la que solo distingue a treinta países. Como para todo banco de inversión, y especialmente para un *index fund*, el engranaje clave de su negocio no son sus 13.000 empleados sino sus algoritmos, sus plataformas y sus robots operadores.

es con todos

Desde que Martín Guzmán anunció su intención de reestructurar la deuda sin dejar de pagarla, los financistas buscan argumentos para explicar un optimismo que se pondrá a prueba en los próximos dos meses. Primero destacaron que, a diferencia de lo que ocurría en la renegociación 2002-2005, esta discusión es “entre profesionales” y no incluye a los jubilados japoneses ni a los ahorristas italianos y alemanes que empantanaron las gestiones de Guillermo Nielsen y Roberto Lavagna en aquellos años. Luego adujeron que, tras el juicio de Griesa, los bonos se emitieron con cláusulas de acción colectiva para impedir que una minoría bloquee la reestructuración. Finalmente, una vez que el ministro eligió a los bancos que gestionarán el canje, varios advirtieron que el HSBC, Lazard Frères y el Bank of America no se meterían en un negocio así si no tuvieran garantizado un final amistoso. Ni siquiera por los 60 a 100 millones de dólares en comisiones que promete.

Durante enero y febrero, más allá del *reality show* que montó Kicillof en torno al vencimiento del bono BP21 (que terminó pagando), la City se mostró casi todo el tiempo confiada en que no habría default. El Gobierno, razonaban allí, procuraría evitar otro asedio de los buitres como el de 2014 y 2015. Por eso, concluían, Alberto Fernández no había dejado de pagar apenas asumió. Si hubiera cortado el chorro, los precios de los bonos argentinos se habrían desplomado al punto de hacerlos atractivos para los expertos en el arte de comprar basura y convertirla en oro.

En realidad era un juego de policías buenos y policías malos. “Pactemos una quita baja y arreglen con nosotros, porque de lo contrario nos veremos obligados a vender todo, los bonos se van a derretir y después ustedes van a tener que negociar con una pistola en la cabeza”, sugerían los enviados formales y los lobistas ad hoc que recibieron durante todo febrero en la Secretaría de Finanzas y que Guzmán esquivaba como Nicolino Locche a sus rivales.

Para Javier Timerman, hermano del excanciller y financista en Wall Street desde hace tres décadas, el abismo que todavía separa a los acreedores del deudor es que, para los primeros la Argentina tiene un problema de liquidez y para el Gobierno es de sostenibilidad. Es decir, de solvencia. “Mientras eso siga así, los bonistas van a seguir proponiendo soluciones de liquidez, que son muy distintas a las que requiere un problema de solvencia”, arriesga ante la consulta de *crisis*. La principal diferencia es que unos se enfocan en el largo plazo y otros en el corto. “Igual puede pasar cualquier cosa, porque el arte de la negociación es acercar esas posiciones”, aclara.

El exviceministro de Economía de Cristina en la época de Kicillof, Emmanuel Álvarez Agis, esta entre los que creen que conviene un acuerdo y que ese acuerdo debe apuntar a reabrirle al país el mercado de crédito soberano. Es decir, volver a pedirles prestado a los privados en un plazo no muy largo. “De no reducirse la carga de intereses, no hay margen para que la economía crezca”, advirtió a fines de febrero en un informe para los clientes de su consultora. Agregó que “el acuerdo y el posterior programa macroeconómico (posiblemente, de la mano del FMI) deberá permitir retomar el acceso al mercado internacional de capitales, al revés de lo que pasó en las reestructuraciones de los 2000. De no ser así, sería imposible financiar los vencimientos de capital una vez pasado el período de gracia y los años de reperfilamiento”.

¿Y el Fondo? Después de conceder lo que pedía Guzmán (la declaración de que la deuda argentina es “insostenible” y la sugerencia de que debe renegociarse con “una quita apreciable” por parte de los privados), se mantuvo en un prudente silencio respecto de sus propias acreencias. Lo más probable es que patee hacia adelante los vencimientos de los próximos tres años. Pero no será sin condiciones, aunque el Gobierno asegure lo contrario. De hecho, la suspensión de la fórmula de actualización automática de las jubilaciones y la suba de retenciones eran dos de sus sugerencias por escrito antes de que Macri perdiera primero el rumbo y después las elecciones.

¿Puede haberse quebrado el frente único del FMI con Wall Street? ¿Acaso el Tesoro de Estados Unidos, único país con poder de veto en el directorio del Fondo, está dispuesto a dejar que pierdan plata las enfermeras y los magnates que pusieron sus dólares en las vaquitas de Vanguard y Blackrock? ¿Tanto rédito le puede sacar Alberto a su alineamiento con Donald Trump en Medio Oriente? ¿Tan rentable le puede resultar autopromocionarse como un oasis de gobernabilidad en el convulsionado Cono Sur? ¿No es el mismo FMI que hundió a Grecia sin contemplaciones en la peor crisis social y económica que haya vivido un país sin haber atravesado una guerra?

Para Claudio Lozano, economista al que Fernández designó como director del Banco Nación pero que no oculta sus desacuerdos con Guzmán respecto de la deuda, hay varias diferencias. “Por un lado el FMI no estaba tan expuesto crediticiamente con Grecia ni había violentado sus normas como sí lo hizo en Argentina. Por otro, Argentina puede recuperarse sin el FMI y sin los bonistas, como ya lo hizo una vez marcando un precedente complicado para ellos. Y tercero, Grecia para salir no solo tenía que romper con el FMI sino también con el euro. Y políticamente no podía”, definió.

La cuestión es qué conviene, tanto para las perspectivas de revertir la depreflación que dejó Macri como para la ratificación del Frente de Todos en las elecciones de medio término del año próximo: si un acuerdo con quita modesta y menos crecimiento o un default, total o en cuotas, que libere recursos para esa reactivación. Lozano, por ejemplo, sostiene que la deuda debería auditarse antes de renegociarse y que haber saltado la auditoría fue un error de Guzmán. Lo mismo dijo en Cuba Cristina Fernández de Kirchner. ¿Juegan también al policía bueno y policía malo el presidente y la vice? ¿O diferencias de criterio que existen salieron a la luz por un instante?

¿Y si es mejor defaultear directamente, sin desgastarse durante meses? Hay empresarios que lo sugieren al oído de Cristina y a veces parece decirlo también Alberto, aunque luego haga otra seña en sentido contrario.

El miedo que irradia el default es temor al aislamiento financiero que enfrentarían las empresas locales, los engorrosos embargos y bloqueos que sobrevendrían para las cuentas oficiales y la potencial pérdida de otro punto y medio de actividad, después del 5% que retrocedió el país en solo dos años. Ahora en el centro de todas las miradas, Guzmán jugó lo suficientemente callado durante sus primeros tres meses como para sobrevivir a cualquier resultado, o al menos intentarlo. Metódicamente, evitó adjetivar cualquiera de los dos escenarios posibles. Otros economistas que hablan al oído de Alberto y que lo conocen desde mucho antes, como el jefe del Banco Central, no creen que sea el fin del mundo ni de su gobierno. Miguel Pesce se lo comentó incluso en marzo a un banquero local: en el contexto de la crisis global que desató el coronavirus, cada dólar que pague Argentina de deuda en los próximos años es un dólar menos que crecerá su PBI.

¿Y si es mejor defaultear directamente, sin desgastarse durante meses? Hay empresarios que lo sugieren al oído de Cristina y a veces parece decirlo también Alberto, aunque luego haga otra seña en sentido contrario. La experiencia del rebote posdevaluación, aun en un contexto externo muy distinto, abona esa hipótesis. Y es cierto que entonces había otros factores más favorables, pero no hay que exagerar el superciclo de las commodities: hasta 2006, la tonelada de soja se mantuvo siempre por debajo de los 320 dólares promedio del primer bimestre de 2020.

¿Y el Nunca Más de la deuda? Después de 23 acuerdos con el Fondo y ocho cesaciones de pagos, da la sensación que solo pasará de un slogan cuando algún endeudador vaya preso. No parece para nada probable. |c|

informe sobre la violencia en Rosario: por qué matan cada verano

El calor termina y sobre Rosario queda un tendal de muertos. Los recambios generacionales en las organizaciones narcos, el agite policial para recuperar el gobierno de los territorios, la corrupción penitenciaria, el frívolo pase de facturas entre políticos: una tormenta perfecta que no parece amainar. Crónica de un inicio de año calibre 2020.

Por Juan Pablo Hudson | Foto Héctor Río

La moto pisa la calle Moreno a las 22.25. Cruza sigilosa Battle y Ordoñez y se detiene paralela al cordón a la altura del 6300. La noche está limpia, aunque pegajosa, como cada enero. Ya de pie, a centímetros de la reja cubierta por árboles frondosos, sacan las armas y disparan. El contador Enrique Encino sale al balcón con un cigarrillo en la mano, aturdido por el recuerdo de los últimos números y los palpitos de su esposa; a su lado se desparraman, como sombras, otros jugadores.

Los seis proyectiles traspasan los árboles como flechas. Uno atraviesa el parietal izquierdo de Encino y se incrusta en un ojo. El resto explota contra paredes y vidrios. Para entonces la moto ya se aleja a toda velocidad del contrafrente del Casino City Center, en el humilde extremo sur de Rosario. Los de Seguridad corren hasta donde yace el gerente del Banco Nación de Las Parejas, localidad del sudoeste de Santa Fe, quien llega a decirles: “No sé qué me pasa pero me duele la cabeza. Me llamo Enrique Encino”. Es sábado, 11 de enero. Es el homicidio trece del 2020.

Líneas ocupadas

Cinco días antes del atentado, Maximiliano “Cachete” Díaz recibe un llamado desde el teléfono público de la cárcel de Ezeiza. Habla Carlos “Toro” Escobar, lugarteniente de Guillermo (Guille) Cantero, uno de los jefes de la banda de narcomenudeo conocida como Los Monos, detenido en Marcos Paz: “Escuchá, ¿mañana el tema del ca... lo hacen ustedes o querés que lo hagamos?”. Cachete duda. “Lo del Casino de ahí”, aclara Toro y le dice que cuenta con un muchacho para hacerlo. “¿Tiene un tutu, algo, porque yo le iba a tirar una monedita al pibe mío?”, pregunta Cachete. “Sí, sí”. Dos días más tarde, Cachete Díaz recibe un llamado de Guille Cantero y acuerdan el pago. “Yo tipo 8 paso por el City”. “Dale, fijate, hacelo bien a ver si nos dan algo bien piola”, cierra Cantero.

Ninguno sabe que las conversaciones quedan grabadas y, después del asesinato, aparecerán impresas sobre el escritorio del fiscal provincial Luis Schiappa Pietra, quien desde hace un tiempo vigila los pasos de Cachete Díaz a raíz de una serie de atentados contra inmuebles del Sindicato de Peones de Taxis. Integrantes de Los Monos le exigen al gremio un pago mensual a cambio de garantizar su seguridad.

Por primera vez un atentado de este tipo se cobra una vida. Hubo reiteradas balaceras contra edificios públicos en los últimos años –tribunales provinciales, Centro de Justicia Penal–, contra estudios jurídicos, contra la casa del exgobernador Antonio Bonfatti y la de familiares del juez Juan Carlos Vienna, instructor en el primer juicio contra Los Monos. Ninguno terminó con muertos ni heridos. No es que fallan: son amenazas veladas en código morse.

No es simple que los policías hagan declaraciones públicas este verano en Rosario. Después de insistencias y acuerdos de anonimato, un policía jerárquico analiza lo ocurrido en el Casino: “Fue de mala leche que le pegaron al gerente del banco. Había negociaciones entre la banda con el casino por el aumento del canon de la seguridad”. La seguridad incluye varios ítems, como la amabilidad de los trapitos y la indispensable tolerancia cero a los robos en los alrededores de una zona picante como la que rodea el predio. Todo indica que el City Center cambió el jefe de la seguridad y el nuevo responsable no respondió como quería Guille Cantero.

El fiscal Schiappa Pietra logró vincular el atentado con ese jefe de Los Monos. Pero el relevante hallazgo judicial, que permitió una rápida explicación pública del atentado, requiere a su vez una mirada compleja de la situación actual de la banda. Así lo

entiende el propio Schiappa Pietra: “Los Monos hoy son algo que está ahí en el éter, pero hay que definir mejor qué son: ¿Un grupo de gente que venden en tal lugar? ¿Son tres o cuatro banditas distintas? ¿Son un grupo que obedece a un par o entre ellos no se obedecen? ¿O están quebrados los mandos medios? No es una estructura homogénea”. La necesidad, por ejemplo, de salir a reclutar ejecutores para la operación contra el casino desnuda el número acotado de cuadros orgánicos y la preminencia de componentes lúmpenes, aunque feroces, que manejan el territorio desde que fueron detenidos sus jefes máximos.

temporada estival

Franco Navarro es conocido como el Gordo Milkhouse en el Fonavi del Parque del Mercado, centro de disputas entre dos familias por el control de la venta minorista de drogas. Es la medianoche cuando baja al trotecito la escalera de cemento sin revocar proveniente de su casa; ya en la vereda dos hombres en moto lo acribillan con diez balazos. Horas más tarde se conoció la vinculación de Milkhouse con una de las bandas de la zona.

Fue el último asesinato de enero en el departamento Rosario: 22 casos, casi el doble que en el mismo mes de 2019 pero en línea con lo acontecido desde 2013, cuando la violencia tuvo su punto de inflexión: fueron 23 en 2013, 32 en 2014, 28 en 2015, 18 en 2016, 18 en 2017, 21 en 2018 y 13 en 2019. El flamante ministro de Seguridad Marcelo Saín dice que “es estacional en esta época del año”. Jorge Baclini, fiscal general de la provincia, se concentra en la inusitada velocidad de los ataques, casi todos en los primeros 18 días: hay análisis que nos demuestran que se trata de un ataque de bandas antagónicas o bandas que terminan disputándose entre sí el poder del grupo”. La baja de los crímenes a finales de enero duró poco: los 27 homicidios de febrero fueron la segunda marca más alta para este mes desde 2014.

“Hay un nivel de competencia por el control de las bocas de expendio de droga muy importante, pero no entre los viejos gerentes del negocio que tenían capacidad de negociación y morigeraban la violencia: son pibes y pibas de terceras y cuartas líneas, muy rústicas, que el único valor agregado que tienen es defender la venta de droga a los tiros”. Marcelo Saín

De los 22 asesinatos en enero, 17 (77%) fueron ejecutados con armas de fuego y 19 (86,6%) de las víctimas fueron varones. Las motivaciones son más vidriosas: ocho habrían sido bajo la modalidad del sicariato; dos, por una balacera a un grupo de personas; cinco peleas vecinales y/o familiares; tres homicidios en un contexto de robo; un femicidio; el crimen casual en el casino y dos asesinatos por causas desconocidas. Schiappa Pietra señala la falta de una desagregación más precisa de las estadísticas. Desde su experiencia existen al menos cuatro niveles en el crimen organizado. Consumidores asiduos que acumulan deudas y las pagan con su vida. Disputas territoriales entre —o al interior de— las bandas. Casos de mayor complejidad cuyas víctimas son altos mandos. Finalmente, “chicos que a partir de la venta de drogas ocupan un lugar y un protagonismo en el barrio muy significativos, y su forma de reforzar esa identidad es ante cualquier problema tirar tiros; hay un código social que se genera a partir de esa identidad”.

Un interrogante, sin embargo, es por qué la violencia recrudece en el período estival. ¿El calor, la mayor presencia de personas en el espacio público, el excesivo consumo de alcohol, las vacaciones, en especial las escolares? Pero ello solo podría explicar —en parte— los crímenes sin planificación, a partir de enfrentamientos imprevisibles. No las disputas territoriales. Maximiliano Pullaro, quien fue ministro de Seguridad entre 2015 y 2019, pone el foco en dos causas: la feria judicial y las licencias policiales. “Nosotros en 2018 teníamos dos jueces para toda la circunscripción de Rosario y tres fiscales. Aunque la feria judicial empieza en enero y termina el último día del mes, la verdad es que la adminis-



tración de justicia se descomprime el 20 de diciembre y vuelve a su plena actividad en la segunda semana de febrero o en la tercera. Teníamos en Rosario por semana entre 200 y 240 detenciones en flagrancia, de las cuales durante el año de esa cantidad quedaban 40 o 50 personas detenidas; en enero y febrero teníamos las mismas 240 detenidas pero adentro quedaban 4 o 5”.

Las licencias policiales se multiplican en verano hasta llegar en ciertos años a casi un tercio de la fuerza. Pullaro firmó en 2018 una resolución que las suspendió entre diciembre y marzo. En enero y febrero de 2019 la caída de los crímenes fue sustantiva: hubo 13 y 9 muertos respectivamente.

nuevas olas

Los procesos sociales no tienen fechas de inicio precisas ni causas únicas, pero en Rosario algo se desbordó en 2012. “Se rompieron las geografías” es una imagen recurrente que, desde múltiples voces del poder santafesino, sintetiza el final de una cierta armonía en la distribución del delito. Así lo señaló Marcelo Saín en una reciente conferencia de prensa: “Hay un nivel de competencia por el control de las bocas de expendio de droga muy importante por parte de organizaciones criminales, que no son los viejos gerentes del negocio que tenían capacidad de negociación y morigeraban la violencia: son pibes y pibas de terceras y cuartas líneas, muy

rústicas, que el único valor agregado que tienen es defender la venta de droga a los tiros. Notamos que el crimen organizado hoy está desorganizado y protagonizado por estas líneas”. Lo mismo sostiene el radical Pullaro, su antecesor en el cargo: “En algún momento era todo mucho más ordenado el territorio en la provincia de Santa Fe. Pero mueren las cabezas, se encarcelan las segundas líneas de las organizaciones criminales y entonces se profundiza la violencia extrema, porque las cabezas que intentan liderar o monopolizar son mucho más precarias, más básicas y con menos liderazgo y estatus criminal. Nadie respeta a nadie”.

El abogado Carlos Varela ha sido el defensor de los grandes nombres del hampa local. Para él un desencadenante de la crisis al interior del crimen organizado fue cuando el flujo de dinero que empezó a generar el negocio desbordó las regulaciones preexistentes: “Quiero ser claro: cuando decís plata, podés decir 100 mil dólares, 50 mil dólares; pero no es lo mismo si sabés que ganás solo 500 mil por año, a si yo te doy 50 mil dólares o 30 mil dólares por día. No es una cuestión de cantidad sino de flujo. Si vos sabés que hoy tenés 50 mil dólares y mañana 50 mil dólares y así, eso destruye todos los controles. Cuando vos a ese grupo de tipos los dejaste que permanecieran, que se hicieran fuertes, un año,

“En algún momento era todo mucho más ordenado el territorio en la provincia de Santa Fe. Pero mueren los jefes, se encarcelan las segundas líneas y las cabezas que intentan liderar o monopolizar son mucho más precarias, más básicas y con menos liderazgo y estatus criminal. Nadie respeta a nadie”. Maximiliano Pullaro.

un año y medio, no lo parás más, porque le empiezan a disputar al Estado el monopolio de la violencia”. Para Varela, los homicidios y las extorsiones funcionaron con eficacia mientras ocurrían al interior de un submundo delictivo lejano de la opinión pública y de las geografías céntricas. Pero el asesinato de personas que no tenían vinculación con el negocio comenzó a sacar a la superficie dinámicas que hasta 2012 pasaban tan desapercibidas para la mayoría de la sociedad que Rosario todavía era considerada una ciudad modelo: “El disparador de la crisis del negocio en Rosario fue el triple crimen de Villa Moreno. Ahí la policía tiene que salir a confrontar porque estaba en crisis el propio sistema político”. Se refiere al asesinato por error el 1 de enero de 2012 de tres jóvenes militantes de un movimiento social, a manos de un grupo de barrabravas con participación en el narcomenudeo.

Aquel 2012 cerró con el asesinato de Martín “Fantasma” Paz, cuñado de Claudio “Pájaro” Cantero, líder máximo de Los Monos. Todo indica que se trató de un ajuste de cuentas internas. La represalia llegó ocho meses más tarde, en mayo de 2013, con el homicidio del propio Pájaro. La venganza de los Canteros fue inmediata, espeluznante y se extendió sin tregua durante años. Se sumó otro crimen decisivo por deudas económicas: Luis Medina, dueño del boliche Esperanto en Buenos Aires y un actor poderoso si se consideraban los volúmenes de drogas que comercializaba.

Las luchas entre bandas narco no explican cuantitativamente todos los crímenes y heridos con armas de fuego, pero son el plus que eleva las tasas por encima de otras grandes urbes.



Las estadísticas son contundentes: 2013, cuando matan a Cantero y a Medina, termina con 271 crímenes, la tasa de homicidios más alta del departamento Rosario, con 23 asesinatos cada 100.000 habitantes, más del triple que en Córdoba y Buenos Aires. Números tan altos se reiteran en 2014 (255) y 2015 (234), cuando todavía persistían los efectos más brutales del fin de la pax criminal. Los heridos con armas de fuego al menos cuadruplicaban a los homicidios, desnudando una apabullante disposición a matar. En una década el uso de armas de fuego en crímenes pasó del 55% a un piso de 71%. La mayoría de las víctimas —siempre por encima del 80%— son varones jóvenes y pobres.

El fiscal Baclini considera que existe un número alto de asesinatos por cuestiones familiares o vecinales y femicidios, pero el punto distintivo de Rosario es otro: “el uso de armas de fuego, acribillados, motos, dos personas con casco, en la periferia de la ciudad, que en muchos casos vienen con anuncios previos de que estas disputas empiezan con balaceras o heridos”. Las luchas entre bandas no explican cuantitativamente todos los crímenes y heridos con armas de fuego, pero son el plus que eleva las tasas por encima de otras grandes urbes. “Sacando estas disputas, uno maneja una cantidad de homicidios mensual que puede rondar en diez, lo que nos llevaría a una tasa razonable”.

los brujos

Un muchacho espera sentado en una celda del subsuelo. En minutos recibirá una condena por un homicidio y otras causas unificadas. Los jueces solicitan que traigan al detenido. La presencia se demora. En los pasillos hay corridas y caras de desconcierto. Ariel “Teletubi” Acosta se esfumó. Un agente penitenciario lo sacó de la celda, lo ingresó en un calabozo contiguo y olvidó colocar el candado. El joven encontró todas las rejas sin llaves hasta que alcanzó el hall de entrada del reluciente Centro de Justicia Penal de Rosario; finalmente salió y tomó un taxi. Fue el 20 de diciembre de 2019, diez días después de que asumiera Omar Perotti y de una decisión: el traslado del Servicio Penitenciario desde el ministerio de Seguridad al ministerio de Estado, Justicia y Diversidad.

Teletubi Acosta (25) forma parte de la banda de narcomenudeo liderada por René “Brujo” Ungaro (34), cuyo feudo son los Fonavi de barrio Municipal, en donde mataron a otro ladero: el gordo Milkhouse. El Brujo cumple una condena por asesinar en 2010 a Roberto “Pimpi” Caminos, un renombrado jefe de la barra de Newell’s. Desde entonces los Ungaro-Funes protagonizan una batalla impiadosa contra los deudos de Caminos que se cobró la vida de casi treinta personas entre 2016 y 2018.

En 2018 el Servicio Penitenciario construyó en las principales cárceles sectores especiales para albergar a los jefes de las bandas. Tienen una capacidad no superior a cinco internos, inhibidores de señal de celular, cámaras de videovigilancia, y centros de monitoreos en cada penal y en la Dirección General del Servicio Penitenciario. Detenido desde 2010, el Brujo Ungaro es trasladado a uno de esos sectores en la cárcel de Piñero. Pero a inicios de 2020, ya con las nuevas autoridades penitenciarias, los pabellones especiales comienzan a vaciarse. Ungaro es uno de los que negocia su vuelta a una celda común. Se concreta el 17 de enero y significa el reencuentro con parte de sus principales lugartenientes. Cinco días más tarde, la policía anuncia la recaptura de Teletubi Acosta, el fugado en taxi del Centro de Justicia Penal. Lo encuentran deambulando sin armas. Dicen que unas escuchas telefónicas habrían sido la clave. Pero un baqueano de las cárceles de la provincia revela la verdadera trama: “El Servicio Penitenciario se sentó a negociar con los líderes de las bandas y se dieron traslados a pabellones comunes. Entre ellos el Brujo Ungaro y Ramón Manchuca, de Los Monos. Ungaro pasa a un pabellón común y días más tarde sorpresivamente lo aprehenden al Teletubi, que es hombre suyo. El Brujo le ordenó que se entregara”. Los penitenciarios

son una punta fundamental del poder ilegal en Santa Fe. La corrupción en las cárceles es vox populi en la Argentina, pero el encarcelamiento en Santa Fe de numerosos líderes de grupos criminales implica un cambio de escala. Las penitenciarías se convirtieron en poco tiempo en una irrefrenable máquina de recaudación y en un recargado polo de poder todavía en las sombras. Empleados y funcionarios son interfaces decisivas con el territorio y los negocios. “Hoy los capos tienen que poner unas 300 lucas por cabeza para estar ahí con sus privilegios, que son los celulares, las minas, la merca, la comida, los televisores, pero también apagar las cámaras cuando los visitan otros muchachos y conseguir documentos falsos para los registros de ciertas visitas”, señala el baqueano.

ancien régime

Cuentan los que conocieron desde adentro las gobernaciones peronistas en Santa Fe que hubo un ministro, al que consideraban con sumo respeto como un viejo zorro, muy sagaz y pillito, que solía reunir a los jefes policiales para organizar el territorio y sus excesos. Si algo no quería eran los escándalos, que la fuerza se zarpara en la regulación de la prostitución, el juego, y el contrabando de autopartes. Un exfuncionario que supo frecuentarlo seguido parece encantado con reproducir las palabras exactas de aquel ministro: “Y le decía al jefe policial: con el tema drogas al primero que lo pesco que está metido en la joda, le corto la cabeza. Acá tenemos consumidores y hay que proveérsela. Perfecto, ustedes son responsables de que haya en tal zona, en tal zona y en tal zona, pero lo controlan”. Se descuenta que la cesión de ese manejo de los negocios clandestinos implicaba retornos que financiaban campañas y otros gastos de la política.

Con el arribo del socialismo en 2007, aquel orden se resquebrajó. El primer síntoma fue cuando Hermes Binner (2007-2011) sostuvo en el cargo al entonces jefe provincial de la policía. Quienes conocían la institución y sus tradiciones, todavía lo consideran como una verdadera locura. El exfuncionario así lo recuerda: “Aparte en el Ministerio de Seguridad que creó Hermes, decían: Nooo, nosotros con la policía no, nosotros somos las cabezas, para eso está el jefe de la fuerza, ellos son los responsables, ellos tienen que controlar”. ¡Y la policía se hizo el festival completo! Entonces ya no solo que no controlaban y empezaban a recibir buena guita, después empezaron a manejar directamente el negocio ellos. Ahí se desbanda todo”.



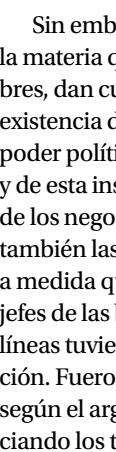
Las voces de la política santafesina repiten que en el peronismo había mucho más acuerdos con la policía y que en las gestiones socialistas se le dio mayor autonomía, lo que facilitó una mayor asociación entre los uniformados y los grupos delictivos, a diferencia de épocas anteriores en las que regulaban a cambio de pagos.

El exfuncionario rememora cuando el jefe de la policía, una vez ratificado en su cargo por Binner, reunió en enero de 2008 a los 19 jefes regionales para comunicarles sus pretensiones económicas mensuales: “Entonces a Rosario ponele que le correspondía 100.000 dólares, a Santa Fe 70.000, y así el resto. El problema es que después el jefe de la unidad llamaba a los treinta y pico jefes de comisarías y les hacía el mismo discurso: ‘muchachos, yo quiero 300.000 dólares’. Y el jefe de comisaría hacía lo mismo y así se fue todo a la mierda, porque pasaron a ser socios de las bandas”.

el descenso

Durante el gobierno de Miguel Lifchitz (2015-2019) los homicidios disminuyeron sostenidamente. Del pico máximo en 2013 (271 muertes) bajó a 179 en 2016, 162 en 2017, tuvo un leve crecimiento en 2018 (180), y volvió a bajar en 2019 (168). Se sumó la abrupta caída de los heridos con armas de fuego: en Rosario, de 1034 en 2014 cayó a casi la mitad en 2019 (575). Desde entonces hay una intensa discusión sobre las razones de esa reducción de la violencia letal que todavía sigue abierta.

Para el exministro de Seguridad Pullaro se trató de la reconstrucción del mando político de la fuerza: “Cuando vos tenés un policiamiento y una orden clara sobre el trabajo de la policía que debe impactar en el territorio, eso también impacta en la seguridad pública. Nosotros logramos contar con 180 móviles, medir el trabajo de esos móviles en tiempo real, cada uno desplegado en un cuadrante determinado con objetivos muy claros: el secuestro de armas y la requisa de personas en calle; por eso pasamos a secuestrar tres veces más de armas de las que se secuestraban. Después lo que nosotros sí logramos hacer es el sistema de análisis criminal, donde la policía empezó a medir delitos. Nosotros laburábamos lo que era la probabilidad de diferentes tipos de delito y en función de eso planificábamos. Yo no pacté con la policía bajo ningún concepto”.



Sin embargo, las consultas a expertos en la materia que prefieren no dar sus nombres, dan cuenta de otros motivos: la posible existencia de una nueva negociación del poder político con la policía de la Provincia y de esta institución con los nuevos gerentes de los negocios ilegales en los barrios. Y también las vacantes que se fueron abriendo a medida que detuvieron y mataron a los jefes de las bandas. Las segundas y terceras líneas tuvieron un período de recomposición. Fueron años en los que se estaban, según el argot criminal y policial, “renegociando los territorios”.

Para el abogado Carlos Varela se combinaron una reorganización obligada de los grupos y la acción proactiva del Estado: “Una cosa es actuar en la normalidad delictual, en donde se expande el virus, va tomando células, va tomando parte del cuerpo; y otra cosa es cuando ese virus es atacado por un antibiótico y empieza a replegarse, pero no es que va a desaparecer. Cuando la política le ordena a las fuerzas que hagan algo porque esa disputa del monopolio de la violencia estaba haciendo mella en la legitimidad del sistema, pide que el reflector no los mire tanto a ellos. Cuando son atacados estos grupos ya no actúan ofensivamente sino defensivamente, replegándose, y en ese repliegue empiezan a querer avanzar pibes más jóvenes que son ahora los protagonistas”.

eterno retorno

El policía jerárquico vuelve a pedir anonimato cuando despotrica contra el ministro Saín: “A nosotros nos sacaron el control social de la calle, perdimos esa potestad, y ahora las bandas empiezan a cortarse solas y van a buscar la suya solos, van directo a la mesa de dinero, al puterío, a los taxis, a los boliches, adonde sea, se envalentonan”. Asegura que un sector interno de la fuerza está agazapado —“somos el plan B”— ante un eventual fracaso de la política de seguridad impulsada por Perotti. Su voluntad es que asuma un hombre cercano a los uniformados. “Mirá Córdoba, cuántos exjefes policiales dieron el salto a la política. Con eso ya está, se calma todo”. Las reuniones secretas se concretan al compás de los crímenes. “Nosotros estamos trabajando a reglamento, no es que no estamos, pero trabajamos a reglamento. Si me llaman por un robo en la calle, no acelero mucho la camioneta ni persigo a nadie. Te aclaro: nosotros no liberamos las zonas. ¡Eso es falso! El poder político libera el territorio cuando nos quiere sacar del medio, cuando nos quita la potestad histórica de ejercer el control social”.

Las penitenciarías se convirtieron en poco tiempo en una irrefrenable máquina de recaudación y en un recargado polo de poder todavía en las sombras. Empleados y funcionarios son interfaces decisivas con el territorio y los negocios.



La solución para este sector pasa por recuperar el manejo de la seguridad: “Pero tiene que resolverse en un acuerdo puertas para adentro, sin ruidos, y con compromiso mutuo; después cada comisario se sentará con los que manejan las chicas en los privados, con los de autopartes, con los que venden merca; cada taquero sacará, como se hizo siempre, el mapa del distrito y dividimos por cuadrícula y nos organizamos de nuevo. Ustedes dos venden desde acá hasta acá, ponen tanto a la comisaría, los privados no venden más frula porque la venden solamente ellos dos que nosotros autorizamos. Si la vecina se espanta por el búnker o por el puterío que vaya por la otra calle, pero va a estar tranquila porque no le van a robar más. En Rosario hay más o menos 100.000 consumidores, 40.000 son altamente peligrosos porque no tienen medios para comprarla. La política se hace la boluda con eso, entonces nosotros tenemos que regularlo, para evitar que los pibes más quemados crucen las geografías y vengan a mangar o chorear al centro. Por eso tenemos que recuperar el control social, así volvemos a zonificar el delito, y todo va a mejorar”.

El peronismo santafesino volvió al poder provincial después de doce años. En los barrios populares de Rosario se encontró con un sujeto popular inasible y, en ciertas franjas, brutal e indomable. La policía se relame con una espinosa vuelta al *ancien régime* una vez que las dinámicas delictivas desbordaron su cauce. Marcelo Saín enfrenta a su propio leviatán azul, dispuesto a recuperar el control político de la fuerza y a despegarla de los negocios ilícitos para profesionalizarla. Una población agobiada por la crisis económica y el miedo mira la escena con escepticismo. Nadie puede asegurar cuánto más se extenderá el sopor del verano. |**c**|

las patillas de kicillof

Dice que vienen épocas de vacas flacas, por no decir de vacas muertas. Quiere construir una solución bonaerense a los problemas argentinos. Apunta contra "los medios porteños" que se hacen pasar por nacionales, mientras cuenta la historia íntima del cuadro de Rosas. Descarta una guerra con el campo y se prepara para la batalla por la coparticipación. Una entrevista al gobernador de la Provincia de Buenos Aires, más allá de la coyuntura. Por Mario Santucho | Fotos Santiago Hafford



El origen de esta entrevista se remonta al invierno del 18. Kicillof trabajaba como diputado nacional pero buena parte de su tiempo lo invertía en un memorable raid electoral que quedará en los anales de las campañas argentinas. En el Centro Cultural Morán, barrio porteño de Villa Pueyrredón, me explicó las tres opciones que se le presentaban: a) encabezar la lista a senador por la Capital Federal, a pedido de La Cámpora; b) candidato a presidente o vice, en el caso de que “la Jefa lo decida”; c) apostar por la Gobernación de la provincia de Buenos Aires, tal su íntimo deseo. Nunca entendí por qué elegía la que a todas luces era la peor opción —si ya era difícil torcer la resistencia del peronismo bonaerense, que pretendía ubicar en ese puesto a un intendente; ganarle la elección al as de espada del macrismo resultaba en ese entonces una quimera.

Casi dos años más tarde, ahora en su despacho de la Casa de Gobierno de La Plata, dediqué la primera pregunta del cuestionario a resolver aquella intriga. Antes de responder, Axel dio su visto bueno para que el fotógrafo registrara los adornos que decoran la imponente oficina. “Escondé la hoz y el martillo, Jesi”, le dijo en broma a su ministra de Comunicación Pública.

¿Por qué decidiste ser candidato a gobernador? ¿Sabías que te iba a ir bien o es lo que te impuso el proyecto político?

—Fue en función del proyecto político. Había una necesidad de oposición en la Provincia de Buenos Aires. La exgobernadora Vidal era una especie de cometa Halley de la política argentina y yo sentía que faltaba un diagnóstico crítico de lo que estaba sucediendo en la Provincia, porque teníamos una pésima gestión y mucho deterioro. Lo que produjo el macri-vidalismo fue una fuerte desindustrialización y obviamente un proceso de exclusión y pauperización, con epicentro en la Provincia de Buenos Aires. Desde un punto de vista coyuntural, incluso cuando la figura de Macri ya estaba en declive, de Vidal no hablaba nadie. Y las voces que la cuestionaban estaban en sordina, gracias al blindaje mediático. Mi preocupación principal era que yo veía en fermento un rechazo muy extendido, un proceso de unificación del campo popular que se estaba dando desde abajo hacia arriba. Faltaba consolidar un frente político, después marchar hacia un frente electoral, y ahora estamos en la etapa de consolidar la coalición de gobierno.

¿No tuvo que ver entonces con un balance de tu gestión como Ministro y la importancia decisiva de la Provincia en un proyecto de desarrollo que vaya en serio?

—Sí, porque mi visión del desarrollo tiene que ver con la producción en general y la industria en particular. Y el peso que tiene la Provincia de Buenos Aires en el tejido industrial argentino es bastante superior al peso que tiene en la población. Es el corazón industrial del país. No hay forma de que el país arranque sino arranca la Provincia de Buenos Aires. Para decirlo de una forma sintética: no hay Provincia sin Nación, pero tampoco hay Nación sin Provincia. En mi experiencia en el Ministerio teníamos una relación con el territorio bastante indirecta, y en alguna medida las decisiones de políticas y los programas nunca encarnan para quien la mira como funcionario nacional. Obviamente, las decisiones macroeconómicas ahora se nos escapan porque no son atribuciones provinciales, pero hay un papel fundamental del gobierno de la Provincia. Lo que pasa es que hay que fundarlo, hoy no existe. Vidal fue gobernadora, pero no hubo un gobierno de la Provincia. Y se nota por todos lados.

un caudillo en el siglo xxi

El Frente de Todos posee hoy por hoy tres figuras claves. Y la fórmula que le permite a ese triángulo mantenerse amalgamado es el tiempo. Cristina Kirchner constituye la reserva estratégica, expresión de un pasado que funciona como activo y base de sustentación de la mayoría electoral oficialista. Alberto Fernández es puro presente, llave maestra de una articulación de fuerzas heterogéneas que a los tumbos intenta pilotear al país en medio de la tormenta. Axel Kicillof representa el futuro: ficha limpia, fenómeno electoral, intelectual de peso.

“Ya había un retrato de Rosas en mi despacho pero lo habían pintado con un jopo en el pelo rarísimo, parecía Milei. Le conté mi desgracia a Alberto y él me dijo que tenía uno muy bueno y que me lo iba a mandar”.

Ahora bien, Kicillof es un espécimen raro del sistema político vernáculo. Tiene un discurso ideologizado pero parece un outsider. Es a la vez temerario y pragmático. Se enoja y despotrica, pero siempre anda riendo. Rosquea de lo lindo en el peronismo, pero dirige al estilo soviético. Un economista con votos. Sus gestos de populismo son austeros, aunque dos por tres hace gala de un filosa audacia simbólica: “Gracias, presidente @alferdez, ya tengo en mi despacho este gran cuadro”, decía el texto de un tuit publicado el 21 de febrero, junto a una foto donde se lo ve colgando la pintura de Rosas.

La ocurrencia causó revuelo por la resonancia con aquel acto simbólico fundador del kirchnerismo, cuando el presidente Néstor ordenó arriar la foto de Videla. También por la incursión en la historia del siglo XIX a través de la espinosa figura de “el Restaurador”, biografía polémica si las hay. Axel cuenta una anécdota casi frívola: “ya había un retrato de Rosas en mi despacho pero lo habían pintado con un jopo en el pelo rarísimo, parecía Milei. Le conté mi desgracia a Alberto y él me dijo que tenía uno muy bueno y que me lo iba a mandar”. La operación historiográfica, sin embargo, no parece ingenua. El gobernador tiene en mente una verdadera refundación de la Provincia. Y para eso hacen falta luces largas.

Dijiste algo muy interesante: el gobierno de la Provincia de Buenos Aires no existe, hay que fundarlo. Esa carencia, ¿viene de hace mucho o es parte de la herencia que dejó María Eugenia Vidal?

—Vidal fue la culminación y el agotamiento absoluto de una Provincia sin Gobierno. Voy a lo concreto: hay definiciones sobre la naturaleza, las funciones, los alcances, la vinculación con los municipios, que no están en manos del gobierno de la Provincia. Tiene responsabilidades y obligaciones inmensas, eso sí, pero no hay una delimitación clara acerca de cuáles son las atribuciones del gobierno nacional, cuáles las del gobierno provincial y cuáles recaen en los municipios. Se superpone todo y no por un diseño mal hecho, sino a veces por necesidad, o por un proceso histórico, por los diferentes ciclos y capas que fueron transcurriendo. Esto no se resuelve en el pizarrón, no es un trabajo intelectual. Hay cosas que están mal concebidas, otras que se han deformado, y otras que han quedado fuera de época o anacrónicas y no funcionan más. Pasa en rubros tan básicos como la Salud, la Educación, la propia Seguridad. Esta superposición muchas veces genera caos, no solo por falta de recursos que es un hecho, sino por falta

de optimización del gasto. Muchos dicen que el problema aparece con la vuelta de la democracia, porque la dictadura fue el primer golpe fuerte de neoliberalismo y si algo le hace mal a la Provincia son los modelos de hegemonía financiera, desindustrializadores.

¿Pero vos pensás que el problema viene incluso de más atrás, cierto?

—Sí, quizás sea incluso un problema de origen. Este año se cumple el Bicentenario de la Provincia. Hace tiempo que vengo leyendo historias de la Provincia de Buenos Aires. Ahora estoy con Ricardo Levene, que escribió su libro en los cuarenta. Ya me leí los seis tomos de UNIPE...

Hace unas semanas colgaste el cuadro de Rosas, ¿reivindicás su figura o fue un acto meramente simbólico?

—¿Quién puede hablar de la Provincia de Buenos Aires sin reconocer la importancia de Rosas? A uno le puede gustar o no como personaje histórico, en realidad ninguno de nuestros antecesores resiste el código contemporáneo de convivencia... la figura más sencilla para reivindicar, porque resulta menos polémica y no menos importante, es Dorrego. La propia fundación de la Provincia es a la vez un proceso de delimitación de la identidad de Buenos Aires. Uno simpatiza con los federales precisamente porque vienen a plantear que Argentina es mucho más que Buenos Aires. Pero lo cierto que a partir de allí, lo que vienen son todas pérdidas para la Provincia: de la Aduana y el puerto, pérdida incluso de la Capital de la Provincia en su federalización. Por eso hoy decís “soy de Buenos Aires” y hay una ambigüedad. No estoy haciendo revisionismo, lo que quiero decir es que la Provincia de Buenos Aires es la más grande y con mayor peso en el producto, en territorio, en población, en producción, pero a veces a uno le llama la atención que se hable de “la Capital y el Interior”, ¿y la Provincia dónde queda en esa repartición?

Precisamente Rosas propone un federalismo que no es el de las provincias, porque defiende la centralidad de Buenos Aires; pero está en contra de los unitarios, que apuestan al capital extranjero. Es una tercera posición.

—Sí, es una figura riquísima y en el período que gobernó tuvo lugar una transformación muy fuerte de la Provincia de Buenos Aires, con rasgos modernos, poscoloniales. Esa transición termina con la derrota de Rosas, y nuevas pérdidas para la Provincia. Igual, lo que a mí me interesa es el problema de gobernabilidad que existe en la Provincia

“Si uno suma los presupuestos de los 135 intendentes de la Provincia, para el año pasado fueron 380.000 millones de pesos; y el presupuesto de Larreta es de 350.000 millones. No me parece que después venga un observador externo y diga: eh, qué mal que gobierna el peronismo la Provincia de Buenos Aires”.

hoy, que tiene que ver con los niveles de gobierno imperfectamente articulados. Y hay también algunos rasgos históricos que permiten darle una vuelta de tuerca a la cuestión de la Provincia. Tenemos una buena ocasión: los 200 años, una nueva etapa neoliberal terminada y agotada democráticamente, aunque estamos sujetos a grandes condicionamientos. Si logramos poner en marcha un proceso de reindustrialización, de recuperación productiva, laboral, de derechos... a la Provincia se le va la vida en esta oportunidad. Y hay que trabajar en muchos planos: en el de la gestión material, de servicios, de recursos, de bienes, pero también hay un plano simbólico y cultural que vale la pena pensar de nuevo. Parece abstracto pero es algo muy concreto: si la Provincia de Buenos Aires no define su posición va a seguir estando postergada, porque yo creo que la Provincia está postergada.

¿Cuáles serían las tareas que definís como estratégicas para el gobierno de la Provincia?

—Hay varias. Un tema es el papel de la Provincia en la distribución de los recursos. Es una discusión que se lleva buena parte de la historia política de la Argentina, la relación entre el gobernador y el presidente, para ponerlo en términos personales cosa que no me gusta. Los números son claros: en la Provincia de Buenos Aires ocurre el 40% de la actividad económica argentina y por lo tanto el 40% de la recaudación del país se tributa en la Provincia; de esa masa de impuestos coparticipables, una parte va para la Nación y la otra se reparte entre todas las provincias. Si uno mira el resultado, Buenos Aires aporta el 40% de los recursos totales y recibe el 14%. O sea, hay una fuerte cesión de recursos generados en el territorio

de la Provincia. Ahora, esa generación de recursos supone necesidades. Y si uno mira las estadísticas del Indec, el 60% de los pobres del país están en la Provincia. Más o menos el 55% de los desempleados están en la Provincia de Buenos Aires...

Pueden responderte que un porcentaje similar del presupuesto nacional asignado a programas sociales se invierte en la Provincia de Buenos Aires. Sin embargo, a vos te interesa discutir la coparticipación.

—Sí, por el momento lo quiero poner sobre la mesa. Porque se escucha que hay algún privilegio para la Provincia porque Nación le cubre una parte del costo del transporte, vía subsidios. Pero si se produce el 40%, es porque hay transporte; sino no se produciría tanto. “Ah, pero que lo pague la Provincia.” Bien, pero entonces tengo que recaudar. Yo no estoy planteando una solución, lo que quiero es que estemos todos en la misma página. Además, me parece una injusticia cuando uno recorre algunas calles del conurbano bonaerense, y del interior de la Provincia también, y no hay asfalto, no hay cloaca; pero cruza la General Paz y hay otras condiciones de infraestructura en la Ciudad de Buenos Aires. ¿Por qué? Si uno suma los presupuestos de los 135 intendentes de la Provincia, para el año pasado fueron 380.000 millones de pesos; y el presupuesto de Larreta es de 350.000 millones. Cuando acá hay más de 17 millones de habitantes y en la Ciudad hay tres millones, acá hay 300.000 kilómetros cuadrados y allá hay 300. Entonces, lo que no me parece es que después venga un observador externo y diga “eh, qué mal que gobierna el peronismo la Provincia de Buenos Aires”. Pará, hace mucho tiempo, demasiado tiempo, que no hay plata. Y digo más: en la época de oro de la Provincia de Buenos Aires, que coincidió con la etapa de industrialización de la Argentina, que además fue cuando recibió una migración interna muy grande, porque había trabajo, había derechos, había oportunidades, y se invirtió también en infraestructura: planes de vivienda, salud, educación, agua y saneamiento, puertos, rutas. Todo eso se hizo predominantemente en aquella época, durante el primer peronismo, (otro gran gobernador olvidado, Domingo Mercante) y después nunca más hubo recursos en serio para la Provincia.

Durante el kirchnerismo los laburantes aumentaron sus ingresos pero no hubo una movilidad social ascendente tan clara. Quiero decir: se consumía mas, incluso alcanzaba para comprarse un auto, pero la vivienda seguía siendo la misma. Luego, cuando muchos perdieron el empleo volvieron al punto de partida, es decir a los mismos barrios.

—Mirá... son fenómenos complejos, multifacéticos, como para decir: pasó eso. Sí es cierto que hubo una mejora de ingresos que, cuando se consolida en el tiempo, permite acceder a muchos bienes a los que antes no se accedía. La vivienda es más difícil, pero eso tiene que ver con muchos factores, por ejemplo el precio de la tierra; podría ser que con esos mismos ingresos se accediera a la vivienda, de hecho cuando lanzamos el plan Procrear fueron 200.000 en todo el país, que es insuficiente... 900.000 viviendas se precisan solo en la Provincia de Buenos Aires según uno de los números entre tantos que flotan por ahí. No sé, recuerdo una frase de Néstor Kirchner, que decía: “hacen falta veinte años para salir de donde nos dejó la etapa neoliberal anterior”. Quiere decir que son procesos prolongados y necesitan políticas de planificación del desarrollo, con estabilidad. Argentina es un país que ha sido en su historia muy vulnerable a los ciclos económicos internacionales. Ahora cayó 30% el precio del petróleo y vamos a ver qué pasa con los commodities. Estas cuestiones también son parte del problema, no depende solo de la voluntad política.

gobernar en el desierto

Cualquiera diría que la Gobernación le queda grande. La remerita ceñida y las zapatillas de tela no encajan del todo bien en el palacete renacentista de altísimos techos y escalera magnánima. Sus primeros días al frente de la Provincia fueron desconcertantes. Dos veces lo vimos desencajado y, acto seguido, haciendo puchero: primero con los legisladores del “macri-vidalismo” que rechazaron la reforma impositiva, luego con los fondos de inversión por el tema de la deuda. También supimos de las tempranas protestas de “los machos del off”, que se sienten excluidos del reparto de cargos provinciales. Y nos indignamos con los escandaletes de su machirulo de Seguridad, Sergio Berni.

Pero Kicillof tiene experiencia en la gestión y sabe que se trata de una carrera de fondo. Se construyó un anillo de confianza en la cima del ejecutivo y ubicó en las segundas líneas a una camada de militantes decidida a transpirar la camiseta. ¿Podrá perforar la maldición que se cierne históricamente sobre los gobernadores de la Provincia de Buenos Aires? ¿O, como

cada uno de sus predecesores, sucumbirá en la ciénaga de un territorio tan promisorio como ingobernable?

Por lo pronto, mientras asegura que ha logrado imprimirle un “schock de gestión” a la Provincia —en franco contraste con la parsimonia del gobierno Nacional hasta el arribo del coronavirus—, Axel cultiva dos recursos valiosos para los tiempos que corren: el realismo y el humor. “Nos toca gobernar en un período de vacas flacas... que pueden convertirse en vacas muertas”.

Cuando hablás del proyecto de desarrollo siempre apelás al sector industrial como sujeto clave, sin embargo en la Provincia el actor más potente es el agroexportador.

—No sé si el más potente. La industria argentina es en gran medida un hecho de la Provincia de Buenos Aires. Los principales capitales y empresarios argentinos, en una proporción mayoritaria, tienen su fábricas y producen en la Provincia. La producción agropecuaria es importantísima y tiene actores diferenciados; hay producción agraria en base a la economía social, pequeños productores, los llamados chacareros, los arrendatarios pero también los que son propietarios y las dan en arrendo para que produzcan unidades más grandes, la verdad es que la sociología rural de la Provincia de Buenos Aires es bien plural y muy rica. Me parece que se simplificó con esto de llamarlos “el campo”. Además, el campo resulta no ser solo tierra, animales y plantas, es también gente.

Vos recorriste en campaña todo ese territorio donde el ruralismo es fuerte. ¿Cómo te fue?

—Excelente experiencia. Y ni una mala.

¿Cómo se entiende que ya estén en conflicto con el nuevo gobierno? ¿Ves posible incorporarlos a un proyecto de desarrollo nacional?

—No solo hay posibilidad, sino que no existe otra opción. Las propuestas de fondo tienen que ver con la agregación de valor en origen, lo que nosotros llamábamos industrializar la ruralidad, que básicamente implica que en los pueblos, las ciudades y los municipios de producción agropecuaria, haya también empleo vinculado al procesamiento de esa materia prima. No hay quien se niegue a eso. Después, todo lo que tiene que ver con la logística, el transporte, lo financiero, el proyecto de una banca de desarrollo, la mejora de los puertos, cuestiones tan básicas como la comunicación, la electrificación rural, yo creo que en grandísima medida coincidimos. Hay además

“Argentina es un país que ha sido en su historia muy vulnerable a los ciclos económicos internacionales. Ahora cayó 30% el precio del petróleo y vamos a ver qué pasa con los commodities. Estas cuestiones también son parte del problema, no depende solo de la voluntad política”.

problemas históricos que tienen que ver con la importancia de la aduana y del puerto de la Provincia de Buenos Aires, es decir con los impuestos a las exportaciones y/o a las importaciones, decisivos a la hora de determinar la rentabilidad. Toda la lucha entre unitarios y federales es finalmente por quién decide los impuestos a la exportación. Una de las discusiones más viejas que hay en la Argentina: cuánto se paga, quién lo cobra, cómo se distribuyen esos recursos y la influencia de esos impuestos en las rentabilidades.

Intuyo que ahora como gobernador ves el conflicto con el campo de otra manera que cuando eras ministro.

—Lo que pasa es que yo no puedo imaginar un proyecto de Provincia que no contemple... y no lo planteo. Nos necesitamos uno al otro imperiosamente. Para mí no hay un dilema entre campo e industria, creo que hay una solución no solo virtuosa sino necesaria de aticulación entre la producción primaria y la industrial. Así como Vaca Muerta no es sacar petróleo, meterlo en un caño y mandarlo a que lo refinan en otro país, sino que es imperioso construir cadenas de valor... por eso esto de provincia petrolera. Además, hay diferencia de miradas y a veces de intereses entre las pequeñas y grandes unidades productivas, entre las que tienen como destino al mercado interno y las que son eminentemente exportadoras, entre las que necesitan más mano de obra y las que no tanto, las que están más cerca del puerto y los que se ubican más lejos, las que hacen soja y las que hacen trigo; si uno se pone a hilar fino hay una variedad, una riqueza de situaciones que hace muy difícil unificar todo en un único sujeto.



Pareciera que ponés el énfasis en la gestión y en la posibilidad de desplegar articulaciones eficaces, pero vos siempre planteaste que hay problemas políticos que resolver.

—Es que es lo mismo. Y en la Provincia de Buenos Aires se ve bien. Esto que decía no es una cuestión técnica, sino algo profundamente político porque pone en discusión el vínculo entre los intendentes, el gobernador y el gobierno nacional... La única solución posible es política, no es técnica, porque involucra una transformación de la Provincia en aspectos que están muy arraigados, en ese sentido el sistema es muy conservador. Aún en su ineficacia.

Pero, ¿no hay además intereses antagónicos en juego?

—Sí, también hay intereses antagónicos, por supuesto. Lo que pasa es que los intereses antagónicos en la realidad no se resuelven a través de una guerra en la que gana uno y pierde el otro. Se resuelven a través de un proceso, y yo creo que la mejor solución es la que involucra una transformación positiva. El conflicto presunto entre industria y campo se resuelve industrializando el campo y procesando la materia prima localmente. Hay que tratar de no congelar el conflicto en situaciones antagónicas. Por supuesto que hay intereses y cuando a uno le toca administrar o gestionar, lo que está administrando son esos conflictos. Pero claramente en la Provincia de Buenos Aires hay que partir del agotamiento del sistema actual en su capacidad para mejorar las cosas. Esto requiere pensarlas de nuevo y acordar políticamente, es decir ceder y negociar, tanto en el uso de los recursos como en las atribuciones de cada una de las jurisdicciones. Un ejemplo: en la Provincia de Buenos Aires existen 21 universidades, que no coordinan ni entre ellas ni con el gobierno provincial, no existe un plan universitario provincial. Cada universidad está localizada en un municipio, y muchas veces están financiadas por el gobierno nacional. ¿Qué dicen algunos? “Ah, mirá qué piola el Gobernador: no pone el territorio ni la plata y quiere articular todo esto”. Bueno, yo creo que alguien lo tiene que articular, porque entonces ganamos todos, se va a potenciar lo que hay, se van a encontrar áreas de vacancias, oportunidades. Por decirlo con terminología económica: demandas que no están siendo escuchadas y ofertas mal dirigidas. Y esto pasa en cada uno de los planos. Eso requiere de un grado de circulación de información y de coordinación entre áreas de gobierno que hoy no está. Y las cosas se hacen, porque hay un trabajo inmenso de los intendentes

“La única solución posible es política, no es técnica, porque involucra una transformación de la Provincia en aspectos que están muy arraigados, en ese sentido el sistema es muy conservador. Aún en su ineficacia”.

que finalmente son la primera ventanilla del Estado, reciben los reclamos y le buscan una solución, ante la ausencia de la Provincia o la lejanía de la Nación. Hay que visibilizar el problema, para hacerse cargo. Durante mucho tiempo la impronta fue la opuesta: invisibilizar, correrse, lavarse las manos, “yo no tengo nada que ver”.

¿No tenés un poco de miedo de que las críticas condiciones económicas arruinen tus grandes planes para la Provincia?

—Para usar una expresión de La Pampa, yo creo que hay épocas de vacas gordas y épocas de vacas flacas, que tienen que ver con condiciones internacionales: los precios de los productos que nosotros podemos vender como país, los costos de importación, fenómenos como las guerras comerciales, la inestabilidad financiera, ahora la Pandemia. Yo vengo diciendo desde la campaña que la crisis de 2008 no está resuelta y tiene nuevas manifestaciones. Creo que un gobierno nacional y popular, dentro de la tradición del peronismo, lo que puede hacer es tomar decisiones tendientes a preservar y atender las necesidades nacionales, cosa que a un gobierno como el anterior no le sale. Es decir, ante cada circunstancia, por compleja que sea, hay que saber bien cuáles son las prioridades, dónde poner los recursos, y ser suficientemente capaz para comunicarlo. Me parece lógico que haya mucha exigencia y poca tolerancia en una situación que es dura, por eso hay que ser muy transparente y claro en explicar cada recurso que hay en qué se usa, cómo, y por qué. Nuestro enfoque en ese sentido es el de las prioridades, no el de las promesas: el hambre, la infraestructura escolar, los insumos hospitalarios.

También hay poderes en la Provincia que te pueden desestabilizar de un día para otro, como la cuestión carcelaria o la policía bonaerense. ¿Cómo encarás estas problemáticas?

—Hacen falta recursos pero también hay posibilidades de mejorar con lo que hay, incluso en estos temas tan complicados e importantes. La Policía de la Provincia de Buenos Aires tiene más de 90.000 efectivos, por encima de la suma de todas las fuerzas federales. Hay que lograr la mejor distribución y uso de esos recursos y eso implica que algunas cosas que estaban muy desmadradas, hay que ordenarlas. Vamos a presentar un Plan Provincial de Seguridad para dejar en claro qué se necesita, qué se puede abordar y qué vamos a hacer con eso.

¿Pero qué se hace cuando una policía tan grande como la bonaerense parece ser parte del problema y no de la solución?

—Yo no creo, de ninguna manera. Me parece que hubo falta de planificación, de conducción, de manejo. No digo que el problema sea fácil pero hay que abordarlo.

Otra vez pareciera que estás poniendo el foco en la gestión, a costa de despolitizar el problema.

—No, la solución es política. Tenemos que concertar entre Nación, Provincia y Municipios, un esquema de seguridad lo mejor posible. O sea, hay que convencer, juntar voluntades, encontrar liderazgos, transformar lo existente. La Policía de la Provincia, también la cuestión penitenciaria, son problemas pendientes hace muchísimo tiempo. De lo que estoy seguro es que no se trata de una cuestión de marketing. Claro que tiene un elemento de gestión, pero que es tremendamente político: hay que traer un proyecto, hacerlo conocido, conseguir acompañamiento, consensuar, y finalmente se trata de mejorarle la vida al pueblo de la Provincia de Buenos Aires. |[c](#)|



a grosso modo / el pedigree de alberto / peronismo porteño

la gloria del pariente perdedor

Si la historia del PJ porteño pudiera rebobinarse y luego pasarse en *fast forward* veríamos a un grupo de dirigentes atravesar las tórridas aguas setentistas, surfear los tiempos en que la política se alió con los negocios, construir con aquellos a quienes luego enfrentarían y sin triunfar en su propia casa llegar a la cumbre del poder. Son los protagonistas de la epopeya que supone ser peronista en la Ciudad de Buenos Aires.

Por Federico Orchani y Mariano Canal | Fotos Matías Baglietto

Hay solo dos distritos en los que el Partido Justicialista nunca pudo ganar el gobierno: la provincia de Neuquén, que desde 1962 gobierna el Movimiento Popular Neuquino (MPN) y la Ciudad de Buenos Aires. Con una particularidad agregada: la hegemonía del MPN se demostró imbatible pero el justicialismo representó en variadas ocasiones una alternativa competitiva; en cambio en territorio porteño, su caudal electoral siempre osciló entre los 20 y 30 puntos porcentuales (con catástrofes y alguna que otra remontada excepcional) lo que convierte en una rara avis al peronismo porteño. Es el primo perdedor de una familia electoralmente exitosa.

Sin embargo, su impotencia electoral no lo condenó a la irrelevancia. Desde el 83, los dirigentes peronistas porteños con distintas pieles y en los más variados espacios políticos ocuparon lugares de relevancia nacional e hicieron su camino a la primera división del poder. Desde Carlos Grosso a Chacho Álvarez, desde Daniel Scioli a Carlos Ruckauf, desde Patricia Bullrich a, sí, obviamente, Alberto Fernández. Es una anomalía peronista: pocos votos en el territorio pero grandes chances para construir trayectorias visibles a nivel nacional. En un país hipercentralizado, jugar en la Ciudad implica ya una ventaja. Vale tanto para las fuerzas no peronistas (a las que Buenos Aires proporcionó sus últimos dos presidentes de infausta memoria) como para el peronismo porteño que el 10 de diciembre ubicó a uno de los suyos en la Casa Rosada.

El peronismo porteño, como el movimiento, entró en crisis. La victoria del alfonsinismo fue arrasadora. Nadie imaginaba una buena performance justicialista en la entonces Capital Federal, un distrito que las fuerzas no peronistas habían construido como bastión desde 1945, tanto que incluso en 1973 un joven Fernando De la Rúa conseguía derrotar al candidato de Perón, Marcelo Sánchez Sorondo. El PJ, hegemonizado por los sindicatos –con Lorenzo Miguel, capo de la UOM y vecino de Villa Lugano, a la cabeza– apenas superó los 20 puntos en las elecciones para diputados y concejales. Un peronismo que salía de la dictadura con una oferta electoral muy poco atractiva, por ser buenos, para el perfil de los porteños y más aún en el horizonte cultural alfonsinista: una vuelta de página a la tragedia argentina, un distanciamiento de lo que en el imaginario colectivo representaban los años de conflicto y muerte. Basta pensar en la distancia que personajes en blanco y negro como Norma Kennedy, Lorenzo Miguel o Rodolfo Galimberti tenían con el clima posdictatorial que el radicalismo porteño supo interpretar a la perfección: somos la vida / somos la rabia.

Más allá de los componentes shakespereanos que podrían rondar la relación de Franco, el entonces joven Mauricio y Grosso, la relación entre Socma y el peronismo porteño es una de las claves subterráneas que regirán en la política porteña desde los 80 hasta hoy.

La llegada a la presidencia de Alberto Fernández ratifica esa centralidad y enhebra una nueva puntada de esta historia de paradojas, rechazos y éxitos inesperados: con él tres de los siete presidentes electos desde 1983 provienen de la Ciudad Autónoma, y con él el peronismo porteño alcanza por primera vez el máximo cargo nacional. Quizás no resulte del todo ocioso repasar estos últimos casi 40 años de peronismo en la Ciudad, adentrarse en ese paisaje opaco, cambiante, cruzado por internas solo detectables para los iniciados, esa fauna y flora que requiere una memoria prodigiosa para retener nombres, detectar afinidades y hostilidades, un campo de batalla cuyo resultado parece siempre estar cantado (perder) pero sin el cual la escena política argentina sería inexplicable.

del sindicato a la empresa

Después del 83 el peronismo porteño, como el movimiento, entró en crisis. La victoria del alfonsinismo fue arrasadora. Nadie imaginaba una buena performance justicialista en la entonces Capital Federal, un distrito que las fuerzas no peronistas habían construido como bastión desde 1945, tanto que incluso en 1973 un joven Fernando De la Rúa conseguía derrotar al candidato de Perón, Marcelo Sánchez Sorondo. El PJ, hegemonizado por los sindicatos –con Lorenzo Miguel, capo de la UOM y vecino de Villa Lugano, a la cabeza– apenas superó los 20 puntos en las elecciones para diputados y concejales. Un peronismo que salía de la dictadura con una oferta electoral muy poco atractiva, por ser buenos, para el perfil de los porteños y más aún en el horizonte cultural alfonsinista: una vuelta de página a la tragedia argentina, un distanciamiento de lo que en el imaginario colectivo representaban los años de conflicto y muerte. Basta pensar en la distancia que personajes en blanco y negro como Norma Kennedy, Lorenzo Miguel o Rodolfo Galimberti tenían con el clima posdictatorial que el radicalismo porteño supo interpretar a la perfección: somos la vida / somos la rabia.

Esa distorsión epocal se salda en 1985 con el proceso más general de la Renovación peronista. Ahí cobra protagonismo un personaje central para el peronismo de la capital por los siguientes diez, quince o más años: Carlos Grosso. Chaqueño de nacimiento, licenciado en Letras (una rareza para el mundo abogadil de la política argentina), formado por los jesuitas de la Universidad de El Salvador, con un paso por el mítico JAEN (Juventud Argentina por la Emancipación Nacional) de Galimberti y los Comandos Tecnológicos (otra

rareza, con nombre de *sci-fi* peronista), Grosso había tenido un paso fugaz por la función pública en 1975, durante la tercera, trágica y breve presidencia peronista.

En el 85, Grosso gana la conducción del partido y logra disciplinar la hegemonía sindical sobre el aparato porteño. Dos años después se convierte en diputado nacional y en figura clave de la Renovación que en esas elecciones le asesta un knock out al alfonsinismo con la victoria de Antonio Cafiero en la Provincia de Buenos Aires. Cafiero, Menem, De la Sota, Manzano, Grosso, nombres de la constelación que le devuelve vida al peronismo como opción de poder. Un cambio de piel para adaptarlo a los nuevos tiempos: adiós al poder sindical (esa “rama seca del movimiento”, diría Cafiero), adiós a la estética confrontativa que en el imaginario social de la clase media representaban personajes como Herminio Iglesias. Una búsqueda de modernización discursiva y generacional que tuvo en la debacle económica del alfonsinismo su oportunidad para proyectarse nuevamente hacia el poder.

Pero la figura del Grosso renovador del PJ Capital también incluía nexos que tenían menos que ver con las disputas internas del peronismo. En 1976, después de un breve paso por los centros de detención de la dictadura, Grosso ingresa a trabajar a Socma, el grupo empresarial de Franco Macri. “El general Harguindeguy me dijo que estaba en la ESMA e iba a ser fusilado y me ofreció sacarlo bajo mi responsabilidad. Yo firmé un papel haciéndome responsable por Grosso”, contaría años después el patriarca fundador del grupo Macri. No fue un gesto excepcional, Franco Macri albergaría a futuros políticos de relevancia en sus empresas durante esos años letales, un tipo de padrinzago poco usual entre una burguesía argentina fanáticamente prodictatorial, y algo que con el correr de los años se revelaría provechoso también comercialmente. El actual gobernador de Córdoba, Juan Schiaretti fue otro de los jóvenes peronistas que encontró refugio profesional en Socma. Como sea, Grosso hizo carrera dentro del grupo Macri, llegó a ser uno de sus principales gerentes y, según cuentan varios testigos de la época, una especie de “hijo predilecto” del viejo Macri. Más allá de los componentes shakespereanos que podrían rondar la relación de Franco, el entonces joven Mauricio y Grosso, la relación entre Socma y el peronismo porteño es una de las claves subterráneas que regirán en la política porteña desde los 80 hasta hoy.

Estamos todavía en la época preautonomía, en la que los intendentes eran nombrados por el presidente y a las fuerzas políticas les quedaba la pelea por los lugares en el Concejo Deliberante, jugosa y opaca caja. Grosso construyó “el Sistema” y logró imponer cierto orden en la fragmentación congénita del peronismo porteño. El magma de agrupaciones peronistas que iban desde la derecha a la izquierda pasando por la sólida roca del sindicalismo municipal (tal vez los inoxidables Genta y Datarmini sean lo único inalterable en esta ciudad) se organizó en torno a la conducción de Grosso, en el contexto de un PJ que se encaminaba a recuperar el poder nacional. En ese “Sistema” hegemonizado por la agrupación Victoria Peronista aparecen Eduardo Vaca, Miguel Ángel Toma, Eduardo Rollano, y unos más jóvenes Jorge Argüello, Alberto Iribarne, Eduardo Valdés. Estos últimos forman hoy, treinta años después, el núcleo más íntimo del “albertismo”, forjado a medias entre la facultad de Derecho de la UBA y los pasillos de la política municipal peronista ochentista.

Alberto Fernández no aparece en la primera línea, ni siquiera en un segundo plano: por entonces es un joven funcionario (aunque peronista) del área de legales del Ministerio de Economía del agonizante Juan Vital Sourrouille, también asesora a De la Sota en la Cámara de Diputados y participa en el esfuerzo intelectual de la Renovación a favor de la precandidatura de Cafiero. De esa prehistoria todavía se puede consultar un incunable: *Cafiero – De la Sota. La renovación fundacional*, un libro de campaña firmado por José Pablo Feinmann y Chacho Álvarez con entrevistas a los candidatos hechas por Mona Moncalvillo y Alberto Fernández. Para agregar todavía más nombres a ese caleidoscopio peronista porteño, el libro era editado por el inclasificable Eduardo Varela Cid.

el peronismo de puerto madero

En 1989 Carlos Menem llega a la presidencia y designa como intendente a Grosso. El jefe indiscutido del distrito domó a las tribus del peronismo porteño y tiene un perfil bien renovador, es decir, lo más lejano dentro de lo posible al estereotipo peronista que la opinión pública porteña puede concebir. Joven, modernizante, profesional, dialoguista. La vuelta carnero de Menem hacia un programa neoliberal encuentra en Grosso un ejecutor metropolitano perfecto. Si todo sucede primero en Buenos Aires esta no fue la excepción. En su breve intendencia de tres años los terrenos del abandonado puerto de la ciudad se convierten en la principal pieza de desarrollo inmobiliario del país. Puerto Madero como

metonimia del proyecto económico del menemismo, un rostro de ladrillos reciclados que grita en el borde más visible de la ciudad la pretensión de querer pertenecer, por fin, al primer mundo. Otras iniciativas son menos simpáticas, aún para la opinión pública porteña siempre oscilante entre la aspiración cosmopolita y el moralismo: el caso emblemático de la escuela-shopping en el Once o las variadas y generosas concesiones aprobadas de madrugada en sesiones frenéticas del Concejo Deliberante. Por ejemplo, la extensión del contrato a esa empresa del grupo Macri encargada de recolectar la basura de los porteños que ostentaba el risueño nombre de Mantenga Limpia a Buenos Aires (Manliba). La política de una ciudad siempre es la política de sus contratos. Precisamente en ese lugar, como subsecretario de Mantenimiento y Servicios, estaba un personaje que pronto reaparecería: Juan Pablo Schiavi, jefe de campaña de Mauricio Macri en sus primeros tiempos, ministro de Jorge Telerman y finalmente secretario de Transporte con Julio De Vido hasta la tragedia de Once.

Grosso renuncia, o es renunciado, en 1992. Una leyenda de palacio dice que no fue tanto el peso de esos escándalos como la confesión de su ambición de ir por la candidatura presidencial lo que determinó a Menem a reemplazarlo por el oscuro Saúl Bouer. De todas maneras el panorama en el peronismo porteño había experimentado un cambio notable. Por izquierda las agrupaciones que había sabido contener Grosso ya no formaban parte del partido. Chacho Álvarez, que había entrado como diputado nacional en la lista de unidad pergeñada por el grossismo en 1989, se había abierto del menemismo y formado un nuevo experimento político capitalino, el Frente Grande. Mientras tanto, el gobierno nacional había puesto un pie en el distrito. Adiós a los sueños de autonomía del peronismo porteño. Dirigentes como Carlos Corach, Alberto Kohan o Luis Barrionuevo ahora imponían condiciones. Después de todo, razonaba el menemismo (en su clímax), la ciudad todavía era la Capital Federal y la Casa Rosada nombraba a los intendentes y definía su presupuesto. Como muestra brutal de este estado de cosas la elección legislativa de 1993 pareció cerrar cualquier discusión: Erman González, riojano, exministro de Economía, encabezó la lista del PJ porteño y salió primero. La etapa del peronismo grossista se había cerrado aunque ese éxito momentáneo del menemismo no auguraba buena fortuna para el peronismo porteño. Más bien todo lo contrario.

En ese “sistema” hegemonizado por la agrupación Victoria Peronista aparecen quienes representarían al peronismo los siguientes años: Eduardo Vaca, Miguel Ángel Toma, Eduardo Rollano, y unos más jóvenes Jorge Argüello, Alberto Iribarne, Eduardo Valdés. Estos últimos forman hoy, treinta años después, el núcleo más íntimo del “albertismo”.

El peronismo porteño, como el movimiento, entró en crisis. La victoria del alfonsinismo fue arrasadora. Nadie imaginaba una buena performance justicialista en la entonces Capital Federal, un distrito que las fuerzas no peronistas habían construido como bastión desde 1945, tanto que incluso en 1973 un joven Fernando De la Rúa conseguía derrotar al candidato de Perón, Marcelo Sánchez Sorondo. El PJ, hegemonizado por los sindicatos –con Lorenzo Miguel, capo de la UOM y vecino de Villa Lugano, a la cabeza– apenas superó los 20 puntos en las elecciones para diputados y concejales. Un peronismo que salía de la dictadura con una oferta electoral muy poco atractiva, por ser buenos, para el perfil de los porteños y más aún en el horizonte cultural alfonsinista: una vuelta de página a la tragedia argentina, un distanciamiento de lo que en el imaginario colectivo representaban los años de conflicto y muerte. Basta pensar en la distancia que personajes en blanco y negro como Norma Kennedy, Lorenzo Miguel o Rodolfo Galimberti tenían con el clima posdictatorial que el radicalismo porteño supo interpretar a la perfección: somos la vida / somos la rabia.

fin de fiesta menemista
A partir de ahí se abre una etapa de fragmentación que duraría casi veinte años. De un lado se consolida el éxodo hacia el Frente Grande, luego Frepaso, con una articulación de agrupaciones y dirigentes peronistas sueltos que hacen del proyecto menemista su blanco principal y mixturan algo que después será sutura egemónica: el encuentro entre progresismo y peronismo. Por otra parte aparecen sectores huérfanos que se agrupan alrededor de un disidente menemista, Gustavo Béliz, exministro del Interior y su partido Nueva Dirigencia. El PJ orgánico se mantiene bajo el paraguas de Carlos Saúl pero cada vez más tensionado por las internas.

Hasta que en 1994 el Pacto de Olivos abre el horizonte de la “provincialización” de la Ciudad y, por lo tanto, de la creación de toda una nueva estructura política (y de cargos) que cambiaría para siempre la lógica de la disputa por el territorio. Si uno de los acuerdos fundacionales de la organización nacional a fines del siglo XIX fue la esterilización de Buenos Aires (ciudad) como foco político dominante, la nueva constitución acordada por Menem y Alfonsín repondría ese problema.

El PJ oficial no mostró ningún reflejo ante esa nueva realidad. La sucesión de elecciones de 1994 (para la Convención Constituyente), 1995 y 1996 (las primeras para Jefe de Gobierno) vieron a un PJ disminuido y dominado por el menemismo con resultados magros que lo relegaron siempre al tercer lugar detrás del Frepaso y la UCR. En las elecciones que encumbraron a De la Rúa como primer jefe de Gobierno, el PJ apenas cosechó un 18% de los votos con la candidatura del último intendiente designado por Menem, Jorge Domínguez. El reflujo antimenemista que

un año después se plasmaría en la formación de la Alianza entre el Frepaso y la UCR y más tarde con la llegada de De la Rúa a la presidencia había comenzado y la nueva Ciudad Autónoma era la cabecera de ese movimiento.

Esos años del final de fiesta menemista, aparición del duhaldismo y ascenso del Frepaso son de extrema desorientación para las diversas fracciones del peronismo porteño. Una multitud de sellos, kioskos, agrupaciones son centrifugados en una crisis de representación e identidad pocas veces vista. Dirigentes históricos que habían pertenecido al viejo “sistema” huyen por su supervivencia hacia diversos refugios. Ruckauf, hombre de Caballito, cruza la General Paz y se convierte en gobernador de la Provincia de Buenos Aires en 1999; Patricia Bullrich, Argüello y Víctor Santa María (padre) recalán en el armado de Béliz; aparecen figuras cien por ciento menemistas como Daniel Scioli; mientras los dirigentes más críticos del neoliberalismo se afianzan en torno al liderazgo de Chacho Álvarez. Pero también en ese tiempo confuso se incubaban indicios de lo nuevo que sobrevendría unos años después a nivel nacional y local.

la pingüinera

En 1998, en medio de las brutales, tensiones entre Menem y Duhalde por la sucesión presidencial, un grupo de dirigentes, muchos de ellos porteños, se empiezan a encolumnar detrás de la candidatura del gobernador de Buenos Aires. O más bien, detrás del único gobernador del interior que se definía explícitamente contra Menem y a favor de Duhalde: Néstor Kirchner. El mas fascinado con los pingüinos se llamaba Alberto Fernández, vía un contacto efectuado por un amigo en común, Eduardo Valdés. Alberto era entonces directivo del grupo Banco Provincia, después de saltar la General Paz tras su experiencia en la Superintendencia de Seguros nacional bajo la órbita de Cavallo en el primer menemismo. Ya todo eso se había desmadrado: El principal cuadro neoliberal de la argentina, Domingo Cavallo, había cortado escandalosamente con Menem en el 96 y el modelo económico había entrado en la larga fase recesiva que terminaría con el colapso de 2001.

La alternativa duhaldista necesitaba recuperar figuras y voces que plantearan un recambio de la versión neoliberal del peronismo menemista. El Grupo Calafate juntó a un grupo de dirigentes que se habían mantenido afuera del menemismo o por lo menos en posiciones periféricas. Además de Kirchner, Cristina y Alberto, se incorporaron Carlos Tomada, Mario Cámpora, Aníbal Fernández, Carlos Kunkel, Esteban Rigui, Julio Bárbaro, y los más cercanos al propio Alberto como Valdés, Argüello, Alberto Iribarne o Julio Vitobello. Mucho porteño sin espacio en el PJ oficial junto a santacruceños y bonaerenses duhaldistas. El Grupo Calafate tuvo un encuentro en Tanti, Córdoba, a pocas semanas de las elecciones que perdería Duhalde. Eran indisimulables las diferencias entre Duhalde y Kirchner, quien le reprochaba el espacio que habían obtenido figuras como Ruckauf o Palito Ortega. “Si no nos animamos vamos a seguir siendo el ala progresista de los conservadores. Llegó la hora de ponernos a trabajar por nosotros”, cuentan que le dijo Kirchner a Alberto en un momento de furia ante lo que veía como el naufragio anunciado de la campaña presidencial.

En las siguientes elecciones porteñas, en el año 2000, ya con el nuevo gobierno de la Alianza, el PJ oficial todavía conducido por Corach y la vieja guardia menemista hace su peor elección histórica: el candidato era Granillo Ocampo, ministro de Justicia de Menem, riojano. La cosecha del PJ oficial fue de 1,7%, por debajo del Partido Humanista. Esas elecciones, que ganó Aníbal Ibarra por la Alianza, tuvieron como principal competidor a la lista que Cavallo y Béliz habían armado con buena parte de los dirigentes y punteros del peronismo porteño que no tenían lugar en el PJ oficial. En esa boleta el hoy Presidente compite por primera vez por un cargo electivo, a legislador junto a varios otros integrantes de lo que hoy, a la vuelta de los años, se va conociendo como el albertismo puro: Argüello, Vitobello, Guillermo Olivieri. Otros integrantes actuales de ese círculo, como Eduardo Valdés y un por entonces novato Juan Manuel Olmos, participan en aquella elección de otra lista peronista, la que encabezaba Irma Roy. La idea era ganar volumen legislativo sumándose al arrastre que Cavallo todavía mantenía entre el electorado porteño. Un año después, con el desembarco de Cavallo en el moribundo gobierno de De la Rúa, Alberto y otros legisladores armarían un bloque propio. La dispersión era completa y del proyecto de un peronismo porteño unido, que Grosso había pretendido alcanzar diez años antes, no quedaba nada.

“Si no nos animamos vamos a seguir siendo el ala progresista de los conservadores. Llegó la hora de ponernos a trabajar por nosotros”, cuentan que le dijo Kirchner a Alberto en un momento de furia ante lo que veía como el naufragio anunciado de la campaña presidencial

El grupo Calafate se reunió en Tanti, Córdoba, a pocas semanas de las elecciones que perdería Duhalde. Eran indisimulables las diferencias entre Duhalde y Kirchner, quien le reprochaba el espacio que habían obtenido figuras como Ruckauf o Palito Ortega. “Si no nos animamos vamos a seguir siendo el ala progresista de los conservadores. Llegó la hora de ponernos a trabajar por nosotros”, cuentan que le dijo Kirchner a Alberto en un momento de furia ante lo que veía como el naufragio anunciado de la campaña presidencial.

La crisis de 2001 tuvo un efecto darwinista en la política chica de la Ciudad. No solo terminó de la peor manera con De la Rúa y el radicalismo porteño, también arrasó a su paso con Cavallo y Chacho Álvarez. Hasta la propia figura espectral de Carlos Grosso tuvo en 24 horas un viaje del cielo al infierno cuando reapareció en público como asesor del efímero Adolfo Rodríguez Saá y lanzó ante los periodistas de la Casa Rosada un recordado “me convocaron por mi talento y no por mi prontuario”. De pronto todas las figuras centrales de la política porteña habían sido barridas para siempre por el crash socioeconómico.

macri es la cultura

En el contexto de la crisis y con la llegada por vía legislativa del exgobernador bonaerense a la presidencia interina, el nucleamiento en torno a Kirchner, siempre con la coordinación de Alberto, se reactivó con la mira puesta en una eventual candidatura presidencial. Como se sabe, Kirchner resultó la tercera opción elegida por Duhalde para representar a una de las fracciones del peronismo en las elecciones de 2003. El mix de santacruceños y porteños incorporó para la campaña a otro hombre de la capital, Daniel Scioli, que cambió su ambición por la jefatura de Gobierno para convertirse en compañero de fórmula del pingüino. La llegada al gobierno nacional de Kirchner, Scioli y Alberto Fernández en 2003 paradójicamente dejó sin candidatos competitivos al peronismo porteño. En las elecciones locales de ese año el nuevo gobierno prefirió apoyar la reelección de Aníbal Ibarra. Pero a pesar de la victoria del progresismo, 2003 marca un giro definitivo para el peronismo porteño y el inicio de un ciclo todavía abierto.



Es en ese año que compite por primera vez Mauricio Macri y se articula lo que después sería el PRO. Con un *branding* similar al que había cultivado Scioli, un neomenemismo de alto perfil, ligado a los negocios, el mundo deportivo y del espectáculo, desprendido hasta la exasperación de cualquier marca que pudiera emparentarse con la ideología y la política profesional, Macri organizó un espacio político que no solo incluía los viejos sellos liberales y de-rechistas que siempre habían existido en la Ciudad, sino que se nutría de buena parte de la estructura peronista mas conservadora que había quedado huérfana y no tenía lugar en el gobierno de Ibarra. Dirigentes y punteros territoriales formados por el grossismo como Christian Ritondo o Diego Santilli, o cuadros técnicos bien relacionados con el establishment noventista como Horacio Rodríguez Larreta, rápidamente se encolumnaron detrás de Macri.

Fue también el cierre de un círculo iniciado en los años setenta para el propio Grosso que ahora retornaba como asesor en las sombras del entonces presidente de Boca. La línea de continuidad entre Socma y los negocios de los noventa se plasmaba en un nuevo experimento que invertía el esquema que gobernó la ciudad entre 1989 y 1992: ahora era Macri quien estaba al frente y Grosso el que operaba tras bambalinas. Cuatro años después de esa elección, Macri ganaría la Jefatura de Gobierno con una alianza de liberales, empresarios y peronistas porteños capaz de maquillar esa opacidad bajo un manto muy bien diseñado de modernidad y antipolítica.

Del otro lado, el peronismo que no se integró al PRO iniciaría un largo peregrinaje por el desierto de la Ciudad, con diversas alquimias fallidas que intentaron articular al progresismo no peronista con el sindicalismo de la Ciudad y con los nuevos sectores juveniles (o no tanto) que surgieron referenciados en torno al kirchnerismo. Con la presidencia del partido en manos de Alberto Fernández entre 2005 y 2009, y

después comandado por el tándem Juan Manuel Olmos y Víctor Santa María, partido en varios bloques legislativos que supieron negociar leyes y cargos con el macrismo, el sello del PJ porteño nunca representó una amenaza electoral seria para el PRO.

En 2018, Alberto regresó al kirchnerismo después de diez años de alejamiento. También fue su regreso a la política local y el comienzo de la articulación de la unidad de los diferentes espacios del peronismo porteño. En los meses que antecedieron a su propia y sorpresiva nominación como candidato a presidente, Alberto participó en el armado de un frente que incorporó a los segmentos peronistas históricamente distanciados y a dirigentes del espectro progresista que hasta entonces habían competido con otros sellos. El resultado de la elecciones volvió a mostrar la fortaleza del macrismo en la Ciudad aún en medio de una crisis que se llevó puesto a su fundador. Ahora, por primera vez con un peronista porteño en la presidencia, ese extraño pariente perdedor de la familia justicialista quizás comience una nueva etapa. O no. **|c|**

esa herida que conecta

Lejos de las políticas de rescate y las promesas de salvación, la Red Puentes arma una vida posible para quienes no llegan a ser ni el último orejón, porque están afuera de todos los tarros. Vanesa Escobar, la coordinadora nacional, todos los días cruza ida y vuelta la pasarela que va de la gestión estatal a la construcción social. Un vínculo lábil como la vida misma, hoy.

Por Natalia Gelós | Foto Tony Valdez



“No nos creemos superhéroes”, responde Vanesa Escobar en la radio. La conductora insiste con su idea: decimos “la Patria es el otro” pero no hacemos nada, en cambio ella, Vanesa, desde la militancia, sí. Después dirá que la idea de pueblo le gusta más que la de patria, pero al aire levanta el guante: “Lo que pasa con quienes tenemos vidas militantes es que empezamos a asumir tareas y responsabilidades”, dice, y habla de construcción colectiva, de intentar restituir lazos, en

especial para los pibes y las pibas que están en el fondo del tacho, con problemas de consumo, en la calle. Tiene treinta años, es profesora de Lengua y Literatura y coordina la Red Puentes, un proyecto comunitario de salud fundado por el Movimiento Popular La Dignidad y la Corriente Villera Independiente. Es difícil correrla del nosotros y arrancarle un yo: hasta para las fotos se incomoda al ocupar sola la escena.

Durante los primeros tiempos, cuando daba el taller de literatura para la Red en

Barracas, soñaba mucho. Cuenta que es común entre quienes empiezan a trabajar en ese espacio. Ahora tampoco duerme tanto, pero por otros motivos: corre de acá para allá, de casa en casa, de reunión en reunión. Dice que hay días de los buenos: “Los días en los que sentí que algo concreto se había transformado: cuando ganamos reivindicaciones en la calle para que los pibes y las pibas pudieran acceder a una mejoría de sus vidas. Ninguno de los días que recuerdo como buenos fueron en soledad”. Y hay días de

los otros, en los que la noche termina en un hospital para acompañar a un chico al que le pegaron un botellazo, o en los que la jornada se fue de acá para allá en la pelea para que se pudiera enterrar a un pibe que era del barrio pero que, al no tener DNI, pretendían sepultar en otro lado. Ante esa literalidad extrema de no tener donde caerse muerto, Escobar acompaña: “Todos esos pibes y esas pibas son considerados desechos. Para nosotros son vidas, compañeros, compañeras que viven un momento complejo”.

Puentes es una cooperativa de trabajo. Hace ocho años, en la villa 21 de Barracas, surgió el planteo. Eran madres, hermanas, primas, en su mayoría mujeres que salían a buscar a los pibes que estaban complicados por el consumo. Como integrantes de la Corriente Villera, ellas intentaban modos de respuesta diferentes, más integrales. El consumo entre los jóvenes del barrio era —es— cada vez más frecuente y se cruzaba con situaciones cada vez más complicadas. En ese año, 2012, cuando la Red empezó, Vanesa se sumó con un taller de literatura. Al año siguiente, abrieron una casa en Lugano y al año siguiente en Gerli. Hoy la Red Puentes tiene dispositivos en capital y en las provincias de Buenos Aires, Chaco, Córdoba, Entre Ríos, Jujuy, Neuquén, Salta y Santa Fe. Vanesa coordina la Red desde hace cuatro años, cuando tenía 26, y estuvo al frente de ese proceso de federalización.

—En todos estos años, la mirada inicial se complejizó; hubo que acompañar más cosas de las que el proyecto había pensado inicialmente: explotación sexual, situación de calle, cuestiones que tienen que ver con abordaje desde lo integral. Llegan pibes que tienen tuberculosis, VIH, pibas explotadas. ¿Qué pasa con eso? ¿Cómo acompañamos? Siempre está la tensión y la contradicción de hasta dónde llegamos y la construcción de que esto no lo hacemos solos. Ellos están en un sistema que te propone todo el tiempo consumir. La profundización del neoliberalismo también tiene esas consecuencias en un montón de personas.

—El trabajo en Puentes es una experiencia que se va haciendo. Hay que ir aprendiendo. Hay que ir descubriendo. Hay que ir descubriendo que el trabajo en Puentes es una experiencia que se va haciendo. Hay que ir descubriendo que el trabajo en Puentes es una experiencia que se va haciendo.

—El trabajo en Puentes es una experiencia que se va haciendo. Hay que ir descubriendo que el trabajo en Puentes es una experiencia que se va haciendo. Hay que ir descubriendo que el trabajo en Puentes es una experiencia que se va haciendo.

“Si a alguien lo dejan solo tenés que ir y acercarte”, me decía. En algún punto eso me constituyó como la amiga de quienes siempre estaban medio en el margen y eso me convirtió a mí también en marginal.”

La idea de la Red es acompañar la vida de esos pibes y pibas que tienen consumos problemáticos. Las casas “de abordaje comunitario e integral” funcionan de 9 de la mañana a 6 de la tarde y buscan contener desde lo cotidiano. Se trata de ayudar a quien tiene que ir a un hospital o a una defensoría porque tiene una causa judicial abierta y se trata también de pasar el día. En la casa las tareas se reparten: limpieza, cocina, luego de la asamblea que da inicio a la jornada hay sesiones grupales e individuales con los psicólogos. Escobar dice que extraña esa convivencia.

—Mucho de lo que se construye en las casas tiene que ver con la escucha, la pertenencia, poder entender el dolor del otro, sus alegrías y, a partir de ahí entender lo propio. Claro que hay tensiones. No es la familia de sangre pero hay algo que se juega de ese rol. Algo que tiene que ver con el amor y los límites, porque el amor no significa que bancamos todo. Eso es parte de cuidarnos también. Ese es un modo de resistencia a este sistema que te propone que si el problema es tuyo lo tenés que solucionar vos como puedas. El dolor es colectivo, la salida es colectiva.

Asumir la conducción del espacio le implicó acostumbrarse a la negociación política, a viajar, a mirar por arriba muchas cosas, a atender por ejemplo un llamado desde Salta en el que avisan que hay un problema inmediato: “Una piba quiere romper el frente de la casa”, y calmar desde acá, a 1489 kilómetros de distancia. También trajo otras discusiones, otras tensiones, incluso por los vínculos con el Estado, ya que las casas tienen convenios con la Sedronar (Secretaría de Políticas Integrales sobre Drogas de la Nación). Con el ingreso de los movimientos sociales a la gestión estatal, de las organizaciones para lograrlo, ella se incorporó a esa dependencia.

—La militancia es un camino que viene a proponer otras formas de relacionarse y pensarse y desde ahí tiene algo de terapéutico y es importante para pensar el trabajo que hacemos en Puentes. Los caminos son empoderantes también porque permiten sentirse parte y pertenecer, es lo que les proponemos a los pibes en relación a no pensarse más solos. Pensarse en comunidad es comprometerse. Para nosotros esa es la revolución.

quién es esa chica

En una de las casas del MP La Dignidad en San Telmo, Vanesa repasa su recorrido. Habla seria, concentrada. No parece ser de quienes bajan la guardia con facilidad. Ella misma a lo largo de la charla habla de su apariencia “severa”.

—Yo no vengo de la licenciatura en letras. Vengo de un profesorado. Soy docente. Si bien la gran mayoría de las cuestiones tienen que ver con mi formación como militante de los barrios, con caminar las calles, hablar con la gente, hay mucho de mi formación de vida. Vengo de una familia de laburantes. Muchas de las problemáticas la atraviesan. Trabajo desde muy chica, viví en un taller textil, viví en Fuerte Apache.

Cuando estudiaba y todavía no había entrado en Puentes, trabajaba en un locutorio de Flores, cerca de donde vivía por entonces con su mamá y su hermano. El único franco a la semana lo había acomodado para el sábado así iba a alfabetizar a la 21. El resto de los días, cuando salía de trabajar luego de diez horas de jornada, iba a cursar al Joaquín V. González.

—Lo hacía porque tenía la energía de los veinte años. Es difícil sostener una carrera cuando se trabaja un montón de horas. Cuando empecé a trabajar en Puentes tenía un marco más amigable para estudiar. En un trabajo que me resultaba gratificante. Es un lugar donde me encuentro a mí misma.

¿Cómo empezás a militar?

—Gracias a mi vieja, desde cosas que después entendí con el tiempo. Ella siempre me enseñó en el colegio a nunca dejar a nadie solo. “Si a alguien lo dejan solo tenés que ir y acercarte”, me decía. En algún punto eso me constituyó como la amiga de quienes siempre estaban medio en el margen y eso me convirtió a mí también en marginal. Viví en muchos lugares porque siempre mis viejos alquilaron. Nunca supe lo que era una casa propia. Hice la primaria y secundaria en colegios católicos. La típica del laburante que le quiere pagar el colegio al hijo... la secundaria con beca. Mi vieja ahora labura en una de las casas de Puentes. Es muy contenedora, sensible. Coordina la casa de Abasto. La llaman Mamá Gallina.

Lina Martínez, esa “mamá gallina” recuerda una escena: ella y Vanesa abrazadas en Congreso mientras los gases lacrimógenos bluean los alrededores.

—Fue fuerte para mí porque en la militancia se inició sola. Todo su camino lo hizo sola. Yo la acompañaba desde casa, esperando. Yo me preocupaba porque iba a las villas, pero ella me decía que la acompañaban los compañeros. Cuando me hace la propuesta de ingresar a la casa de Abasto como operadora no lo dudé. Me pareció super importante poder acompañar desde otro lugar. Y ahí ya no fuimos madre e hija sino compañeras de lucha. Es una lucha continua de cuerpo a cuerpo todos los días.

Vanesa vuelve sobre la idea de que extraña los talleres con los chicos y reivindica su recorrido desde el profesorado y lo pedagógico:

—Había algo de disputar el capital simbólico que pertenece solo a algunos.. algo de la forma de discutir lengua y poder. Pensar qué lengua hablamos, cómo nos comunicamos. En el cotidiano también eso aparece todo el tiempo ¿Qué significa hablar bien? Lo discutimos mucho. Yo les decía que todos nos comunicamos de modos distintos pero el problema es cuando manejamos un solo tipo de registro y es importante dar esa discusión. El problema de pensar que está bien solo utilizar el habla popular es que después hay un capital simbólico al que no se accede. Tenemos que democratizar eso. Cuando alguien dice: “No importa si escribís con faltas”, claro, porque vos escribís bien. La gente hace lectura de cómo se habla, de cómo se escribe. Mirá qué pasó cuando Kicillof dijo “haiga”. Hay que pensar cómo se disputa ese capital simbólico.

no tan distintos

Un día volvía de terapia y vio un perro. Suele saludar a los perros de la calle. Otra herencia de su vieja. Esa vez el perro la siguió una cuadra, dos, cuatro. Terminó en su casa. Un perro negro, callejero, ahí en el monoambiente que por entonces alquilaba. Lo llevó un par de días a lo de unos amigos, pero nadie podía quedárselo así que volvía a su casa. Esto pasó hace dos años. Por entonces, Vanesa estaba con crisis de ansiedad y ataques de pánico. Una noche, Vanesa tuvo un episodio. El perro se dio cuenta de algo, ella no podía respirar bien, y se le fue encima. Ella lo abrazó y volvió a conectar. Ahora se llama Pocho y vive con ella en Parque Chacabuco. Tiene problemas de agresividad, y ella está trabajando el vínculo.

—Cuando uno está triste y solo no toma buenas decisiones. Nos pasa a todos. El 50% de quienes viven en Argentina tiene algún síntoma vinculado a la depresión y la ansiedad; entonces ¿efectivamente es un problema solo de los pibes y las pibas que consumen? En todo caso, lo que sucede es que además de toda la mierda social que deja afuera a un montón, hay cosas básicas que no tienen garantizadas: comida, techo... ¿y si tengo esa vida de mierda por qué querría estar presente? Ahí vemos cómo el consumo de sustancias es un modo de estar ausente. Esto que les pedimos a los pibes, que puedan ver que ese otro u otra no es tan distinto. En la herida de los pibes, yo me encuentro. Me conecta con otra cosa. A veces aparece el discurso de “como vos no tenés problemas de consumo no podés saber”. Me parece que es importante disputar ese sentido. A todos nos tiene que poder conmover lo que le pasa al otro.

Asumir un cargo institucional genera distancias: “Extraño a los pibes, a las casas. Cuando salgo con mi compañero siempre me encuentro a alguien en situación de calle, de trapito, y me saludan. Hay algo que se me juega. Son como hermanos. Pero desde el Estado también se pueden transformar muchas cosas. Por eso es importante nuestra participación como movimiento, para seguir empoderando procesos de organización popular”.

¿Qué se produce en ese cruce entre un movimiento social y el Estado?

—El desafío que tienen las organizaciones sociales es pensar cuáles son los objetivos generales más allá de la función que nos toque cumplir. Nos parece que desde los movimientos podemos llevar la voz a los lugares que ocupemos para dar discusiones que las involucren en el armado de políticas públicas. Aportamos desde una ética aprendida y laburada y conformada en los territorios, con nuestros compañeros y compañeras, basada en el encuentro con el otro. Obviamente surgen tensiones porque sus estructuras son diferentes, incluso los perfiles de quiénes se espera que construyan la política formal como si desde los movimientos no estuviéramos construyendo política. Esa disputa aparece en relación a ver esos lugares no solo en relación al cargo sino a qué tipo de mirada y de voz llevamos y proponemos. Es un desafío enorme: cómo hacer dialogar nuestra trayectoria como militantes con lo que el Estado viene a proponer en un sistema capitalista.

“No importa si escribís con faltas”, claro, porque vos escribís bien. La gente hace lectura de cómo se habla, de cómo se escribe. Mirá qué pasó cuando Kicillof dijo “haiga”. Hay que pensar cómo se disputa ese capital simbólico.”

—El trabajo en Puentes es una experiencia que se va haciendo. Hay que ir descubriendo que el trabajo en Puentes es una experiencia que se va haciendo. Hay que ir descubriendo que el trabajo en Puentes es una experiencia que se va haciendo.

Vanesa vuelve a una idea de lo espiritual. Está bautizada pero ya no se reconoce católica. Le interesan otras ramas, como el chamanismo. Habla de la importancia de respetar la mística, no desde la religiosidad, sino desde otro plano. “Hay algo de lo simbólico en cada uno de nosotros y no mirar eso es poco inteligente de mínima y en muchos aspectos representa no poder mirar qué le pasa al otro con eso”.

La revisión constante. Tanto desde el lugar espiritual como desde la construcción de poder ¿Qué hay con eso del techo de cristal? ¿Cómo pensarlo desde su recorrido? “El error es pensar que el camino es individual. Hay que pensarlo más desde lo colectivo. De cómo reconvertimos esos lugares de poder en lugares donde el poder se piense de otro modo, que apunte a que otras mujeres puedan llegar a otros lugares. Cómo se ejerce ese poder y cómo te enseñan a ejercerlo en este sistema en el que vivimos”. Y entre esas ideas anda, mientras coordina Red en ese espacio que en principio iba a ser algo temporal y que se volvió otra cosa. “Es algo que se va construyendo. Hay una amiga del profesorado que está en Puentes. Con ella hasta hace unos años no nos habíamos dicho de qué tipo de hogar veníamos. Nos daba vergüenza nuestro origen de pobreza. Cuando uno viene de un lugar pobre se buscan estrategias, la ropa, el modo de hablar. Con esta amiga un día terminamos diciendo: ‘nos parecemos más de lo que pensábamos’. Hay algo que otros le llamarán conciencia de clase que es cuando uno se pone en ese lugar y dice: ‘Vengo de acá. Soy esto, no me da vergüenza. Quiero transformarlo todo’”. **[c]**

todo el año es carnaval

Los corsos de El Dorado son jaranas gasoleras y “tranquilas”, que le ponen el pecho a la malaria económica general y a los posibles bardos entre guachos. Menos careta que los tinglados porteños, autogestionan la seguridad para que convivan la doña y el malandrín, la vagancia y el laburante, el vampiro y las demonias. Noches robadas en los arrabales de Quilmes. Por Leandro Barttolotta | Foto Sebastián Vricella



Una viejita con cara de mala y un rosario colgando masculla unas palabras inentendibles y sacudiendo el dedo índice en cámara rápida reta a unas pibitas que, cada vez que gira para mirar el escenario, se hacen las boludas y le tiran espuma en la cabeza. Un toque más allá un pibito arma un montón de espuma en la mano, como si estuviera por afeitarse, pega un saltito y pumba... en la cara a un flaquito más alto que lo mira con cara de ojete. Otra pibita se deja mirar por un pibito que se encandila, y cuando se distrae se come un espumazo en la cara y la risa del grupo de amigas. El movimiento constante de la cantera sub 12 y sub 15 contrasta con las doñas que aprovechan para mirar el desfile de murgas y tomar la fresca sacando las reposeras. Un cincuentón en pantuflas de cuero se pasea con un archipiélago de espuma en la pelada, mientras varias familias se aprietan al borde del cordón y graban videíto con el celu. Las esperadas noches de corso en el barrio El Dorado, corazón de Quilmes Oeste, se visten de fiesta a lo largo de casi cuatro cuadras repletas para vivir un entretenimiento gratuito y al aire libre, apto para todo público y a bajo costo en un verano conurbano ca-

luroso, con aires acondicionados apagados, bolsillos laburantes reperfilados y mucha presencia discursiva de los que nacieron así: con el corazón austero y la sangre tibia. Un garaje con rejas deviene buffet de ocasión y el don junta a la familia y distribuye tareas a grito pelado, mientras apura a la madre casi anciana para que salga el combo estrella de birra de litro y cono de fritas a 170 pe. “Es el carnaval, señora”, tira un gordo con cara de buda, ojos de pirado y remera de Luzbelito que hace maldades de espuma y se ríe a carcajadas de sus propias travesuras. En estos saturnales conurbanos se alteran un poco las relaciones de fuerzas: el núcleo festivo y las tropas gedientas salen a la cancha pública sin el estigma a cuestras, y un tático bancátela se le puede oponer a las fuerzas ortivas. El buen clima que se respira tiene detrás de lo espontáneo un trabajo artesanal sobre las sensibilidades barriales. Así lo explica Martín, uno de los directores generales de la murga “Los Apasionados” que organiza el corso del barrio hace diez años: “Si bien no hay una comisión que organice qué va a vender cada vecino todos tratan de poner su impronta. Nosotros con la murga vendemos espuma, Paty,

choripán, centro de entraña, pero se puede entrar con comidas y bebidas. Ciertas libertades que se ven los días de corso tienen un trabajo previo muy grande. Siempre tratamos de que cada persona pueda encontrar un lugar en la murga: pintar un bombo, escribir una canción, hay gente que colabora pero no desfila. Vamos tanteando al barrio de diferentes maneras para ir viendo lo que pasa: hacemos campeonatos de fútbol e invitamos a los ensayos; vendemos locro un 25 de mayo o pastelitos el 9 de julio e invitamos a los ensayos; todo el año le damos rosca. Colaboramos en actividades y movidas que quizás no tienen que ver específicamente con el carnaval, pero sí con el desarrollo cultural del barrio”.

bonito y barato

Para decorar colgaron de un cordel de esquina a esquina un cartel y ropas de todo tipo –lilas, rojas y amarillas–, que en el inconsciente barrial recuerda a las zapa- tillas colgantes; pintó porque hay ingenio sin tener un mango para hacer cosas con materiales reciclables y en el mismo gesto atraer la colaboración de vecinos y vecinas para que donen sus prendas y

se puedan poner a jugar con los estigmas que pesan sobre los barrios populares. Es que escucharon por ahí que en los balcones de edificios chetos está prohibido colgar la ropa y eso despertó alguna risa: “Queríamos demostrar que somos de un barrio obrero y popular y que no tenemos vergüenza de eso, la sociedad está siempre rependiente de la ropa, te la mira todo el tiempo: sos lo que llevas puesto”. La cantidad de colores que cruza el cielo se continúa abajo con las espaldas de las levitas, esas burlitas a las aristocracias de antaño que muestran variopintos mapas de símbolos: lenguas de los Stones, Piojos, Patricio Rey y La Renga, pañuelitos de las Madres y pañuelitos verdes, caritas de Evita, el Che, gauchito Gil, imágenes de los Simpsons, Batman, kittis y minions, escudos de fútbol, lunitas, banderitas de Argentina. Las lentejuelas brillan al igual que el glitter y el maquillaje en los rostros transpirados. Se olfatea una lejana ráfaga de paraguay que se fuma con respeto. Como salido de ninguna parte vuelve a aparecer el gordo ricotero que, al declararle mi pertenencia al culto y convidarle un trago de cerveza, decreta a los gritos

y a las risotadas que ahora nadie me tire espuma: “acá tenés impunidad”. El corso popular y “tranquilo” es una conquista sin garantías que requiere estar pillos a lo que pueda pasar en el evento; pero también un aprendizaje de la experiencia de tantos años agitando el avispero. “Es un corso tranquilo porque se sabe que los que lo llevamos adelante somos gente comprometida a pleno con el barrio. La gente nos ayuda, es una fiesta que el barrio espera año tras año. Nos preguntan, nos piden murgas, la vagancia nos ayuda porque saben que también es un espacio donde nos cuidamos entre todos y que se puede ir con la familia. Hubo corridas, ha habido hechos otros años, pero fuimos aprendiendo. A los vecinos les pedimos que las birras las vendan en vasos de plástico y no de vidrio porque es mejor”, dice Martín dando cuenta de lo importante de ese detalle que supone evitar el ruido a vidrio roto como anuncio de la llegada de algún recién nacido quilombito.

La jarana del corso en el “Doradopalusa” tiene agentes visibles; un verdadero comité de defensa que lo sostiene en el cuerpo cada día de su vida y que hace el trabajo militante, pero también hay agentes ocultos de la solidaridad barrial que mantienen pegado al barrio incluso por sus partes más disparatadas para que se des controle pero no se pudra feo. “En el corso pasa algo y vos ves que salen esas vagancias de cuarenta, cincuenta que durante el año no los ves casi, pero sabés que están ahí y al corso vienen; los ves como saliendo a respirar; a ver qué pasa en el barrio, y después cuando te los cruzás te tiran buena onda. Recuerdo a uno, vago-vago eh, que me paró el año pasado y me dijo: yo espero todo el año el corso y cuando desfila la murga me hace emocionar y no sé por qué”. Malandrines o laburantes, vampiros que oímos nombrar y pocas veces vemos, mantienen una relación emocional fuerte con el territorio y se alegran de que las nuevas generaciones activen cosas en el barrio. Ejércitos de la noche clandestina que funcionan como una seguridad no contratada, utedycs espontáneos que si se pudre irrumpen en escena y todo vuelve a su lugar. Esa seguridad interna, además del cuidado

propio de la trama barrial, descansa en el superyó materno y en una pedagogía constante con los grupos de pibes que pueden llegar a descocar; después de todo, pudrirla en la fiesta del barrio es privatizar al pedo lo que te rebalsa y hacer la de siempre cuando estamos en una distinta: “por un lado creo que la cara de enojada de tu vieja puede parar cualquier batahola; cuando le decimos a algunos pibitos ‘mirá que le cuento a tu vieja eh’, muchos se calman al toque. O tratamos de dirigirnos a los chicos que están en la esquina escabiando y si vemos que están zarpándose mucho les pedimos con buena onda que traten de divertirse, de ir a hablar con alguna piba, a jugar al carnaval, quese-yó. Igual, por las dudas tenemos también un par de berretines antidisturbios, ja, de esos para usar en emergencias y que tiradas desde arriba del escenario funcionan”, cuenta uno de los organizadores.

simpatía por las demonias

La imagen del barrio no tiene tufo a viejo ni se enfrasca en vinagres de nostalgia. La investigación de las variaciones sensibles del territorio es una de las claves del laburo político de los y las más de doscientos integrantes de los Apasionados: “es una murga que va mutando todo el tiempo, es por eso que nosotros tratamos de que la gente que lleva adelante este proyecto trate de rotar o de siempre tratar de incluir a cualquier persona con ganas de meterse. Por eso nos empapamos de todo lo que está pasando. Una de las cosas que fuimos cambiando es el rol de la mujer. Imaginate que las murgas de Capital tenían más de sesenta años y tenían entre sus tradiciones el baile separado de hombres y mujeres, etc. Tratamos de meter los debates sociales en la murga, debates que están en el barrio y que ha costado afrontar porque son filosofos como el tema de la legalización del aborto”.

Ejércitos de la noche clandestina que funcionan como una seguridad no contratada, utedycs espontáneos que si se pudre irrumpen en escena y todo vuelve a su lugar. Esa seguridad interna, además del cuidado propio de la trama barrial, descansa en una pedagogía constante con los grupos de pibes.

Se está atento a las mutaciones porque se cree que lo que viene va a ser mejor: estar muy metidos en las fuerzas del presente y en los nervios que las recorren, que contienen información para ampliar la imaginación política y evitar caer en un tango. Los mandamientos implícitos podrían ser: que no se corten las fugas gedientas que sostienen las vidas de carnaval; que no se pierda y se pueda recuperar el mejor legado de la vieja escuela; y, sobre todo, que se puedan dar las disputas más o menos silenciosas, más o menos cuidadosas, con otros realismos vecinales que tienen la capacidad de bloquear esas mutaciones. Porque los vueltitos de esas bajadas de línea siempre están al acecho: “Una vez estábamos haciendo una jornada de difusión del carnaval en la plaza en donde ensayamos –recuerda Martín–, que compartimos con los evangelistas porque ellos ahí montan su escenario. Nosotros para no pudrirla nos alejamos unos metros, yo estaba meta agitar haciendo difusión, hablando de todo, invitando a las familias. En eso veo que me dejan una carta en el piso; cuando termino de hablar la abro y leo: ‘Les decimos con mucho respeto que lo que hacen es una fiesta del diablo y que Lucifer los va a encontrar a todos cuando se vayan al infierno’”.

En gran parte de los barrios populares del conurbano sur, dejás un bombo y unos platillos en el piso y te crece una murga. Ese movimiento vital continuo parió un carnaval feminista. El barrio San Valentín está ubicado al toque de la Avenida Pasco, en una zona fabril en los confines de Bernal Oeste. Ahí Mary, una militante de tracción a sangre, siempre atenta a las demandas de la vecindad, activó hace unos ocho años un carnaval barrial que pegó mucho en la gente y quedó medio como tradición de febrero. Hacía tres años que no se hacía y este año invitaron a la murga “Títeres de Nadie” que armó un corso autogestivo y feminista: “siempre tratamos de meter la realidad de a poco en el barrio –porque a veces cuesta plantear ciertas cuestiones. Esto repercutió y gustó, pero sí se criticó mucho a una de las murgas que les pareció muy agresiva”, dice sonriendo. “Se pueden decir las cosas de otra manera”. La noche del domingo, mientras desde el escenario la murga en cuestión tiraba munición gruesa, un par de pintas se tomaban tranqui un vinito en jarrita de plástico y se miraban medio sorprendidos como diciendo: “fua, ¿todo eso somos?”. Pero se quedaron escuchando y acusando recibo.

En gran parte de los barrios populares del conurbano sur, dejás un bombo y unos platillos en el piso y te crece una murga. Hacía tres años que no se hacía y este año invitaron a la murga “Títeres de Nadie” que armó un corso autogestivo y feminista.

Mary insiste en que, a pesar de que no les gustó “el tono”, lo tomaron a bien y bancaron un carnaval distinto: “el barrio respondió”, sintetiza. Y fue una inyección anímica para recargar a la barrita militante que venía en bingo fuel. Carolina integra “Títeres de Nadie” y comparte el entusiasmo: “la propuesta fue devolver el carnaval al barrio. Estuvo el autito ese que hace la publicidad anunciando el corso, el carnicero que dio los choris, la panadería el pan. No vendimos alcohol apostando a la participación de la familia, a que sea un carnaval sin violencia. Vinieron compas de Solano, Avellaneda, ‘Pacha Moma’ que es una murga de mujeres de Rafael Calzada. Es interesante problematizar lo que dice la compañera sobre los diferentes tonos que tienen que tener los discursos en el feminismo. Esa murga que dicen que sonó agresiva es de Solano, de compas que también la resufren”.

fin de fiesta

Es la madrugada del lunes y el corso del Dorado se está desarmando. De atrás me tocan la espalda y cuando me doy vuelta veo la cabeza del gordo que se le eyecta del cuerpo como si fuera un arlequín con resorte saliendo de esas cajas-chasco. Se me ocurre que es un Momo-Rey que se pasea sin corona y con las llaves de la ciudad; en una sociedad tan antifiesta habría que clonar su gen-gediento, sobre todo pensando en las nuevas generaciones y su cada vez menos nivel de ricoterismo en sangre. Un perro bebe del agua del cordón en la que quedan flotando gusanitos de espuma. Mañana, con la resaca a cuestras, recogerán la basura los pibes de la recolección. La amplia familia murguera desmontará el escenario en un rato para dejar piola el barrio, sin olor a meo ni mugre en la vereda del vecino o de la vecina, que quizás en un par de horas se levanta para ir a laburar y que no se le envenene el recuerdo de lo bien que la pasó hace apenas un rato. |c|

ensayo visual / tierra baldía

fotografías de David Fernández













Algunos dicen que es la resurrección de Lenin en pleno siglo XXI, aunque esté en las antípodas ideológicas. El organizador de la corriente política más consistente y exitosa de la globalización volvió a recluirse en Estados Unidos donde se juega un partido clave para la ultraderecha planetaria: la reelección de Donald Trump. Quién es y cómo piensa Steve Bannon, el campeón de los *outsiders* que atormentan a la conciencia progresista mundial.

Por Tomás Rodríguez Ansorena

Ilustración Daniluk

los sueños y las guerras de steve bannon

En 2005, luego de aburrirse de su último gran negocio en Hollywood, Steve Bannon se dirigió a Hong Kong con la misión de conseguir capital para Internet Gaming Entertainment, una extraña empresa que se dedicaba a la minería de oro digital en los yacimientos online del juego electrónico *World of Warcraft* (*WoW*). El negocio de la compañía consistía en vender, a *gamers* de todo el mundo, las armas y riquezas que su plantel de obreros internautas chinos recolectaba dentro del juego –en turnos rotativos y con salario mínimo. Bannon llegaba con 60 millones de dólares de Wall Street para hacer crecer la estructura, pero sobre todo para convencer a Blizzard, la empresa detrás de *WoW*, de sacar al rubro de la zona gris y legalizarla definitivamente. La movida fue un fracaso. No solo Blizzard entendió que era más negocio mantener el control sobre el tráfico digital de bienes, sino que ese lobby indignó a hordas de jóvenes que entendían que se estaba desvirtuando el juego. Hombres intrascendentes en su existencia civil, que tenían depositado todo en su avatar digital y estaban dispuestos a movilizarse con furia cibernética por lo que consideraban sus derechos. La versión más pura de un troll. Aunque perdió dinero, la experiencia fue una revelación para Bannon: descubrió un mercado de intensidad simbólica del que no tenía idea.

Lo que para un hombre de su trayectoria profesional y formación intelectual podría haber pasado por una excentricidad propia de los márgenes de la globalización, fue en cambio el magma social sobre el que reconstruyó su visión del mundo. La restauración conservadora con la que soñaba estaría marcada a partir de entonces por la idea de la movilización digital, la convicción de que un mensaje se diseña y se produce “en” y “para” la sección de comentarios. De ahí su frase más célebre: “Dejá que te digan racista y usalo como una medalla de honor”.

A cinco años de su salto a la fama como gurú global del nacionalismo populista, Steve Bannon perdió centralidad. Pero su método, su interpretación y su programa siguen ahí, quizás más vivos que nunca. El *targeteo* de mensajes específicos para la estimulación de prejuicios de audiencias segmentadas no fue su invento, pero nadie –al menos hasta ahora– lo implementó con la tenacidad y eficacia de este hombre al que le molesta que lo comparen con Goebbels, pero quiso ser la Leni Riefenstahl de Donald Trump.

Duró apenas ocho meses como jefe de Estrategia (Chief Strategist) en la Casa Blanca. El desastre de Charlottesville, cuando el neonazi James Alex Fields encaró con su auto a un grupo de antifascistas que protestaban –asesinando a una mujer–, determinó su salida en 2017. *Outsider* en un gobierno de *outsiders*, no resistió la feroz interna con Jared Kushner, el marido de Ivanka Trump.

Tampoco fue realmente exitosa su gira por Europa con *The Movement*, esa suerte de Rotary Club anti-inmigración con el que institucionalizó su lobby. No porque los partidos de derecha no hayan crecido en Europa, sino porque su rol como articulador y *coach* espiritual se fue apagando. El golpe simbólico a su proyecto de copar con chauvinistas el parlamento europeo fue la orden de desalojo del monasterio italiano en el que pretendía instalar una escuela de formación de “gladiadores” de derecha. Por otra parte, el pollo italiano de Bannon, Matteo Salvini, acaba de ser derrotado en las urnas por el movimiento de las Sardinias. Mientras que en las elecciones municipales de octubre del 2019, el húngaro Viktor Orban sufrió su primer traspíe electoral en más de una década. En Austria, el Partido de la Libertad no se recuperó del escándalo que llevó a la renuncia de su líder, Heinz-Christian Strache. Y el Amanecer Dorado griego, el Vox español y el Partido Popular danés parecen haber tocado su techo electoral, cuando todavía está por verse la suerte de Marine Le Pen en Francia. El que sí prevaleció fue el partido del Brexit en Gran Bretaña. Y la Alternativa para Alemania (AfD) quebró un tabú al aliarse con la Democracia Cristiana para gobernar el Estado de Turingen, un “acto imperdonable” según Angela Merkel.

Desde hace medio año Bannon concentra su trabajo, otra vez, en Estados Unidos. Parece haber vuelto a su etapa pre 2016, con un dispositivo táctico autónomo – como *Breitbart*– puesto al servicio de una estrategia mayor. Y conduce *War Room*, un show de YouTube/podcast con el que libró su guerra irregular informativa contra el *impeachment*, y desde donde les dice todos los días a sus *fellow americans* que el fenómeno Trump es imparable. Aunque su relación personal con el presidente es compleja –Trump tuiteó que Bannon “lloró e imploró por su trabajo” cuando lo despidió, mientras Bannon insiste en que él renunció–, su apoyo es incondicional. Aparece cada vez más en Fox News y se codea con las principales figuras del trumpismo, pero no resulta probable su regreso al gobierno. ¿Por qué interesa todavía hoy Bannon? Porque el mundo que tiene en la cabeza se parece mucho al mundo real.

esos ángeles idiotas te tiraron al infierno

Se crió en Richmond, Virginia. Hijo de padres católicos de origen irlandés que, para contradecir la reforma del Vaticano en los años sesenta, asistían a la misa tridentina en latín. Profundizó su educación católica en la academia militar benedictina, donde se fascinó con la reconquista de la península ibérica tras el triunfo de los reyes católicos sobre los moros. En el Virginia Tech College tuvo su primera incursión política. Quiso ser presidente del Centro de Estudiantes y mostró algo de su audacia eligiendo a una mujer como compañera de fórmula y acusando a los dirigentes estudiantiles de burocratas elitistas, en franca violación de la camaradería tradicional. Al cabo de una áspera campaña, ganó la elección. Ingresó en la Armada en 1976 y tras la instrucción fue confinado al destructor USS Foster, en el que pasó dos años patrullando el Océano Índico pos Vietnam. En marzo de 1980, la nave fue enviada al Mar Árabe para asistir a la operación secreta “Eagle Claw”, cuya misión era liberar a los rehenes que cuatro meses antes habían tomado los revolucionarios del Ayatollah en la embajada norteamericana de Teherán. El operativo fue un completo desastre, un durísimo golpe para la administración Carter, y un punto de inflexión para Bannon. Asqueado de la negligencia timorata de los demócratas, Steve K. empezó a dar curso a su devoción por Ronald Reagan. Y a la paranoia general sobre la amenaza de la Unión Soviética, agregaba un enemigo personal: el Islam.

Siete años de servicio y una pasantía deslucida en el Pentágono lo disuadieron de perseguir una carrera en el Ejército. Eran los ochenta y su olfato advertía que la acción estaba en Wall Street. A los 29 años se calzó un *sweater* pastel, se inscribió en Harvard y antes de graduarse se aseguró un box y un teléfono en Goldman Sachs. Allí aplicó su formación militar para defender a las principales corporaciones americanas del asedio de un reputado villano de Wall Street, Michael Milken, que había juntado fortunas *tradeando* bonos basura sobre los que se apalancaba para arremeter sobre los clientes de Goldman. Como en las mejores películas, aprendió más de su enemigo que de su propio bando. Para Bannon, Goldman fue una experiencia casi monástica: 24/7, incluida la Navidad, dedicado a la reconstrucción de la economía posindustrial. Pero su perfil más bien generalista pronto fue quedando obsoleto. Así que se instaló en Los Ángeles para especializarse en media y *entertainment*, un mercado que volaba con el auge del VHS y la televisión por cable.

Hombres intrascendentes en su existencia civil, que tenían depositado todo en su avatar digital y estaban dispuestos a movilizarse con furia cibernética por lo que consideraban sus derechos. La experiencia fue una revelación para Bannon: descubrió un mercado de intensidad simbólica del que no tenía idea.

Cómodo en su nuevo hábitat, en 1990 renunció a Goldman y fundó su propia productora en Hollywood, responsable del debut como director de Sean Penn, con *The Indian Runner* (1991). Asesoró a grandes estudios y algunos aventureros –como el italiano Silvio Berlusconi–, quiso revolucionar el mercado de las *celebrities* y ligó fortunas de éxitos impensados, como su pequeña participación en Castle Rock, la productora de *Seinfeld*. En 2005, Internet ya había dado vuelta la lógica del *shoubiz* y encaró uno de los negocios más extraños de su ecléctica carrera: el oro *gamer* de Hong Kong. Pero, en esencia, ya se estaba dedicando a otra cosa.

sin lugar para los débiles

Steve Bannon se subió formalmente a la campaña el 14 de agosto de 2016, 85 días antes de la elección. Era domingo y el búnker de la torre Trump estaba desierto. Fue la primera indignación de un hombre que estaba entrando literalmente en combate. “Por supuesto que estábamos en guerra”, le dice a Errol Morris en el documental *American Dharma* (2018). “Estábamos peleando por gobernar el país más poderoso de la Tierra, ¿cómo no va a ser una guerra?”. Cuando asumió como CEO de la campaña, la carrera de Bannon ya era estrictamente política. Había puesto su *expertise* financiera y su metabolismo mediático al servicio de la aventura de Sarah Palin, y desde 2008 se dedicaba casi exclusivamente a convertir al Republicano en un partido conservador de los trabajadores, de las mayorías silenciadas, de los “deplorables”, como le gusta decir.



Su primer encuentro con el actual presidente de los Estados Unidos ocurrió en 2010. Trump dijo que tenía pretensiones de ser candidato en las próximas elecciones y Bannon le respondió: “¿De qué país?”.

Su primer encuentro con el actual presidente de los Estados Unidos ocurrió en 2010. El celestino fue David Bossie, presidente del *think tank* conservador Citizens United. Trump dijo que tenía pretensiones de ser candidato en las próximas elecciones y Bannon le respondió: “¿De qué país?”. Aquella campaña (sin Bannon) fue breve. La plataforma de Trump consistió en instalar la sospecha de que Barack Obama no había nacido en Hawái sino en Kenia. Tras ignorar la cuestión durante semanas, el primer presidente negro de América del Norte decidió responderle durante la cena anual de los Corresponsales en la Casa Blanca, entre cuyos asistentes estaba el magnate de melena rubia. “No solo acabo de presentar mi certificado de nacimiento”, dijo como en un *sketch* de *Saturday Night Live*, “sino que voy a mostrar el video probatorio”. Acto seguido en la pantalla se proyectó la escena inicial de *El Rey León*, donde vemos el bautismo de Simba en la sabana africana. Trump salió echando fuego del recinto. Había sido humillado.

Para 2016, el viejo y querido arte de ensuciar al oponente se había perfeccionado. En esta oportunidad tocaba hostigar a los Clinton, una pasión histórica de los republicanos. El mencionado Bossie se había ocupado de la (abundante) basura de Bill y Hillary durante la campaña de Bob Dole en 1996; también del frustrado *impeachment* circa Monica Lewinsky. Y Bannon veía en esa candidatura al enemigo ideal. Como escribe Joshua Greene en *The Devil’s Bargain* (2017), además de una cosmovisión política con la que más o menos se sentía cómodo, Bannon le proveyó a Trump una versión sofisticada de lo que Hillary se venía quejando y ya nadie creía seriamente: “Una enorme conspiración de la derecha en mi contra”.

El aparato más certero de esa conspiración fue *Breitbart*, el medio epónimo de su fundador, Andrew Breitbart, quien falleció dos semanas antes de su relanzamiento en 2012, para el cual se había asociado con Bannon. Desmesurado y locuaz, Breitbart, que había estado en la cocina del *Huffington Post*, tenía dos convicciones: que la batalla política era antes cultural, y que el terreno para disputarla estaba en las audiencias digitales. Detrás de *Breitbart* había diez millones de dólares de Robert y Rebekah Mercer, los grandes mecenas de Bannon, quienes luego aportaron un millón para bancar la publicación del libro *Clinton Cash* (2015). Y además financiaron la sucursal americana de una innovadora compañía inglesa dedicada a la minería de datos para *targetear* campañas políticas: Cambridge Analytica.

Las ráfagas de Bannon contra Hillary Clinton fueron muy intensas. El clímax fue el escándalo de los famosos emails de la exsecretaria de Estado. En 2011, el congresista demócrata Anthony Weiner tuiteó sin querer una *dick pic* destinada originalmente a una amante. El escándalo, estimulado por *Breitbart* y cientos de posteos en *reddit*, 4chan y las redes sociales *mainstream*, terminó con su renuncia. Pero lo mejor vino después, porque la investigación penal –por supuesto *sexting* con una menor– determinó en octubre de 2016, a días de la elección, que en la laptop de su mujer, Huma Abedin, vicepresidente de campaña de Hillary, había material relevante para la investigación sobre los emails, desatada meses antes por revelaciones de Wiki-leaks. Ese cruce entre perversión sexual y corrupción fue el acto de cierre perfecto para Bannon. Semanas antes había sentado a las víctimas sexuales de Bill Clinton en la primera fila del famoso debate en el que Hillary dijo “es una suerte que alguien como Donald Trump no esté a cargo de las leyes en este país”, y Trump dio su respuesta-meme: “Porque estarías en la cárcel”.

el paraíso perdido

El proyecto político de Bannon consiste básicamente en devolver la producción industrial a Occidente y, más precisamente, hacia dentro de Estados Unidos –para beneficio de su clase trabajadora–, con el objetivo de quebrar la gobernanza global que se impuso a partir de 1945. Se trata de forjar, a través de un movimiento internacional de nacionalismos, la resistencia del “Occidente judeo cristiano” frente al avance tanto de China como del “fascismo islámico jihadista”. Esta alianza occidental –a la que naturalmente pertenece Rusia– no debe articularse a partir de unos “Estados Unidos de Europa” gobernados desde

Bruselas por el “partido de Davos”, sino a través de la cooperación entre estados soberanos: la fórmula de los aliados para la Segunda Guerra Mundial. La amenaza, para Bannon, esta vez es mayor.

Tal el marco conceptual de su gira por Europa. Y más allá también. No hace falta mencionar su admiración por Bolsonaro –designó a su hijo Eduardo como líder de *The Movement* en América Latina. Es menos conocida su afición por el japonés Shinzo Abe, o su apoyo al régimen hinduista de Narendra Modi. En septiembre de 2019, Bannon se reunió con el embajador indio en Estados Unidos, Harsh Shringla. Fue una señal delicada en medio de la crisis de Cachemira, parte de la ofensiva antimusulmana de Modi, a la cual el premier pakistaní Imran Khan no duda en comparar con el *Lebensraum* de Hitler. En lo referido a Argentina, suele repetir los lugares comunes de la derecha internacional sobre el kirchnerismo. Y acredita una reunión con Cynthia Hotton, la candidata celeste a vice que acompañó la candidatura presidencial del exmilitar Juan José Gómez Centurión.

El mundo que imagina Bannon tiene como prioridad el cierre de las fronteras y por eso es el principal defensor del muro con México. La batalla crucial que disputa es por *linkear* la política (anti)inmigratoria de Trump con el bajísimo desempleo de la pujante economía norteamericana. Se empeña en esa explicación, ocultando la rebaja de impuestos a las grandes fortunas que decretó Trump en 2017, financiada con deuda creciente y un déficit fiscal que supera el billón de dólares. El neoproteccionismo de Trump es una especie exótica, un modelo de prueba y error que hace lo que quiere porque puede: por ejemplo, un salvataje de 30.000 millones de dólares a los *farmers* para compensar los daños colaterales de la guerra comercial con China. O la retirada de Irak –previo asesinato del militar más importante de Irán– porque “Estados Unidos no necesita el petróleo de Medio Oriente” (Trump dixit).

El mundo que imagina Bannon arde. Y por eso desprecia la agenda de género, LGBTTTTIQA o ecológica de los demócratas. No tiene tiempo para eso. Las dos guerras que atribulan su mente se disputan en el Golfo Pérsico y el Mar Chino. Dos enclaves que esperan por su definitiva reorganización en un nuevo orden mundial que nunca, desde la Guerra Fría, estuvo tan claramente en disputa. Al menos eso es lo que cree Bannon. Con la claridad del inmolido. Convencido, como dice su pasaje preferido del *Paraíso Perdido* de Milton, de que “es preferible reinar en el infierno que servir en el cielo”. |c|

inquilinos for ever / paraísos fiscales inmobiliarios / el parlamento de poncio pilato

mi casa es tu casa



“El dueño siempre tiene la razón”: esa frase resume el estado actual de un mercado de alquileres que destroza el bolsillo y el ánimo de millones de inquilinos. Una ley nacional pulula hace años en el Congreso ante la indiferencia de bancadas con amplia mayoría propietaria, mas allá de las ideologías. La ausencia de regulaciones y políticas públicas permitió que la vivienda en Argentina se convirtiera en medio de atesoramiento y especulación. Radiografía de la crisis habitacional, en plena mudanza.

Por Sebastián Rodríguez Mora | Fotos Aymara Pais Negrin y Laura Rivas

Llamado a inmobiliaria, consulta por un dos ambientes que por las fotos de la publicación parece amplio, luminoso. La empleada que atiende responde sin solución de continuidad: “Mirá que la puerta del horno tenés que trabarla con un palo para que cierre, porque se cae”. Seguimos buscando. Nuevo dos ambientes, esta vez lo visitamos y está muy bien. El valor es alto pero el aumento semestral es solo del 15%, es decir, 52% más en el último semestre. El propietario nos envía el modelo de contrato: en caso de un desbarajuste económico en el país las partes renegociarán el valor del alquiler cada tres meses. Solicitamos que esa cláusula sea removida. El dueño dice que seguro no va a pasar nada, pero insiste en firmarla. Volvemos a negarnos y ofrecemos entregar en dólares el valor del depósito. El propietario nos responde que prefiere dar de baja la negociación.

Alquilar hoy en Argentina es una actividad muy relacionada con las sensaciones. No importa con cuánta experiencia se cuente, la búsqueda exige un altísimo poder de intuición: apenas unos minutos para escanear las condiciones de cada casa visitada, abrir y cerrar puertas y alacenas, girar canillas para chequear la presión del agua, medir a ojmetro los muebles sobre los ambientes vacíos. Y en simultáneo hacer cálculos en el aire sobre el futuro inmediato de los aumentos, cruzándolos con las expectativas –más bien con las ilusiones– de que nuestro ingreso estará a la altura por lo menos durante estos dos años de contrato.

nadie nada nunca

Casi la totalidad de los contratos de alquiler en Argentina se firman en negro. No hay registro fiscal alguno que pueda determinar con certeza cuántos locadores y locatarios existen. ¿Qué datos hay? En el Censo 2010 se reportaron 1.960.676 hogares regidos por contratos de alquiler. El año pasado, el Instituto de la Vivienda de la Ciudad de Buenos Aires (IVC), realizó un estudio con diversas organizaciones sociales para obtener información sobre viviendas vacías u ociosas. Se le encomendó al Ente Nacional Regulador de la Electricidad que midiera cuántos domicilios reportaban un consumo mensual de electricidad igual o inferior a 50 kwh, el consumo de una heladera común. El resultado fue casi 140.000 viviendas vacías en la ciudad, un 9,2% del total. Dónde están, cuáles son y a quiénes pertenecen es un misterio. El ENRE es incapaz de geolocalizar esos consumos. Este dato aislado revela que sobre los inmuebles de nuestras ciudades no sabemos casi nada. Ni siquiera el Estado.

Resulta sintomático que en los resultados de la Encuesta Nacional de Gastos de los Hogares 2017-2018 figuren estadísticas muy detalladas de en qué gasta su dinero la población, pero no figure como gasto el importe del alquiler. Es más: se expresa cuánto gastan en alimentos y bebidas los hogares inquilinos, pero no cuánto se les va en mantenerse bajo techo. Es que los pormenores del acceso a la vivienda son un tema tabú. Territorio literal de una censurada intimidad. Prima un consenso tácito, exento de grieta, en el que comprarse la casa propia es llegar, mientras que el alquiler es una instancia incompleta, juvenil, uno de varios pasos en un trayecto vital que culmina en la ansiada compra final.

Guadalupe Granero, arquitecta e investigadora de procesos urbanísticos, plantea una génesis para este problema en el derecho: “Hay una contradicción fundamental: a nivel constitucional se establece un vínculo directo con el derecho internacional, donde la vivienda está considerada como un derecho humano y debe cumplir una función social. Pero a la vez tenés el Código Civil diciéndote que la propiedad es inviolable: el dueño tiene derecho a hacer y no hacer todo lo que quiera. En el no hacer está la posibilidad de tener una propiedad ociosa, que es uno de los problemas que enfrentan las grandes ciudades como Buenos Aires”. Una de las batallas que se perdió con la modificación del Código Civil llevada a cabo durante el segundo mandato de Cristina Fernández fue la exclusión de la función social entre los artículos referidos a la propiedad: “Por más que vos tengas esas dos visiones antagónicas en pugna, igual siempre termina ganando el derecho propietario porque los abogados, los fiscales y los jueces son propietarios”.

ladrillos verdes

Llamado a inmobiliaria, averiguamos por otro dos ambientes. Quien atiende nos pide disculpas, el departamento fue señado unos días atrás pero olvidaron bajar la publicación de zonaprop. “Igual estate atento a nuestra web porque en alquileres nos entra mercadería nueva todo el tiempo.” Mercadería: ¿Es lo mismo un sachet de mayonesa, un paquete de fideos y un depto?

La situación actual, para variar, se inicia con la instauración del régimen económico neoliberal de Martínez de Hoz. Todo el desarrollo inmobiliario de la vivienda pasó a ser una actividad productiva mucho más lucrativa que otras. Un proceso de creciente financiarización de la economía orienta desde entonces voluminosos excedentes de capital a la construcción, provengan de circuitos productivos de la economía real como de la agricultura o de las economías ilegales. A tal proceso hay que agregar la dolarización del valor de las propiedades, una de las veinte medidas económicas impuestas por el ministro de Economía durante la última dictadura cívico-militar. En febrero de 2019, un informe de la consultora Reporte Inmobiliario indicaba que desde 1977 a la fecha hubo únicamente dos grandes descensos pronunciados en el precio del metro cuadrado edificado: 1982 y 2002. A partir de ese inicio de siglo en el que el precio tocó un piso promedio de 600 dólares, la tendencia ha sido solo ascendente. Consejo histórico: cuando haya sangre en las calles, señor, compre propiedades.

Si nos centramos en Ciudad de Buenos Aires, esta dinámica se complejiza todavía más. El desmesurado crecimiento de la construcción de edificios en paralelo al ciclo de la soja y otras commodities se detuvo hace apenas escasos años. Pocos sectores económicos transmiten mejor la sensación de recuperación económica que el de la construcción. El enorme porcentaje de las unidades habitacionales construidas durante el kirchnerismo integraron la categoría lujosas/suntuosas, lo cual hasta hoy se traduce en un aumento del precio para el metro cuadrado. La ciudad aumenta su superficie mirando hacia arriba para una población que se mantiene estable en casi tres millones de habitantes. Mientras, el precio promedio sube y sube. La Legislatura acompaña la especulación inmobiliaria modificando el Código de Planeamiento Urbano, que desde 2019 autoriza un crecimiento del 30% para la superficie total edificada. La excusa: se contemplan seis millones de habitantes en el futuro próximo. Todos ganan, quienes venden, quienes compran para edificar, quienes ya eran dueños y por supuesto toda la cadena de intermediarios (inmobiliarias, escribanos, arquitectos). Todos salvo los inquilinos, a quienes los valores del alquiler se les enganchan a la apreciación de las propiedades como dos líneas de cañas de pescar. Y el pez de la reactivación que tira y tira.

Existen análisis de rentabilidad de los que la conciencia propietaria escapa: sumar el porcentaje anual de renta fija (el cobro de alquileres) a la renta variable (el precio siempre creciente del metro cuadrado). No casualmente el sector viene reclamando que la renta por alquileres ha bajado en los últimos años. Es cierto: en 2014 un alquiler rendía 5,26% anual y en 2018 5,03%. Pero si le sumamos la evolución del precio del m², ese porcentaje crece de 9,53% en 2014 a 18,11% en 2018, muy por encima del 1% mensual canónico.

La gran innovación en materia inmobiliaria viene por el lado de considerar la vivienda como un bien de cambio: si el precio solo tiende a subir, una casa se parece cada vez más a un bono del Tesoro, pero más seguro porque salvo un tsunami o un terremoto, la inversión rinde un porcentaje anual y no hay riesgo de default o quita. No son tantos los que pueden jugar y ganar en esta estrategia. Por caso, para quienes son propietarios de una vivienda y la ponen “a trabajar” en alquiler para completar sus ingresos mensuales, es probable que no contemplen más que la renta fija. Pero si se dimensiona este cálculo oculto junto al brutal desarrollo edilicio de los últimos años, la foto es otra. Así se comprenden esas 140.000 viviendas sin siquiera una heladera prendida.

el blanqueo

Seguimos buscando dónde vivir, el tiempo para dejar el actual departamento se agota. Otro dos ambientes, esta vez en Vicente López, Provincia de Buenos Aires, a algunas cuadras de la General Paz. Por WhatsApp la empleada inmobiliaria desgrana requisitos y números: garantía en Capital Federal de familiar directo, 23% de aumento semestral, e ingresos demostrables. A cambio de la llave, tenemos que entregar 95.150 pesos en concepto del primer mes, la garantía y la comisión (a valores del último aumento semestral) y demás gastos. “Eso sí”, aclara, “el contrato es sin factura. Con factura se les adiciona el 21% del IVA”. Reaccionamos mal: gritamos por escrito, acusamos, amenazamos con denuncias. La empleada, robótica, nos ofrece un monoambiente grande en Palermo.

A datos del Indec del último trimestre de 2019, luego de pagar el alquiler de un monoambiente en las zonas con valores más bajos de CABA (en el barrio de Flores, por ejemplo), un salario promedio contaría con unos 4.000 pesos en mano para sobrevivir el resto del mes. En la ciudad de Córdoba las cifras son similares; en Rosario el salario promedio permitiría una vida algo más holgada: 9.000 pesos por un dos ambientes.

En la Villa 31, donde tiene su oficina Horacio Rodríguez Larreta, dicen quienes conocen el paño que se paga hasta 6.000 pesos por una habitación con baño compartido.

Gervasio Muñoz, titular de Inquilinos Agrupados (IA), hace un cálculo rápido para ilustrar el cuadro de situación. “En Buenos Aires hay 500.000 viviendas en alquiler. En total, hay una vivienda cada dos personas: entonces el de los alquileres no es problema de oferta y demanda, pero aumentan igual. Se firman 250.000 contratos por año. Hagamos un promedio de 17.000 pesos por contrato. Son 4.250 millones de pesos por mes que los inquilinos transferimos a los propietarios, en negro”. En este contexto, IA ha creado su proyecto de ley de regulación de los alquileres a nivel nacional. Lo presentó en 2016, fue aprobado en Senadores pero perdió estado parlamentario cuando nunca llegó al recinto de Diputados; volvieron a intentarlo y obtuvo media sanción en 2019, esta vez por la Cámara Baja, sin un solo voto en contra y ahora espera su tratamiento en el Senado. En una de las audiencias de comisión para el tratamiento del proyecto de ley, una senadora tucumana no entendía por qué Gervasio Muñoz insistía tanto con el tema de los alquileres: “¿Acaso no querés tener tu casa propia?”.

La gran innovación en materia inmobiliaria viene por el lado de considerar la vivienda como un bien de cambio: si el precio solo tiende a subir, una casa se parece cada vez más a un bono del Tesoro, pero más seguro porque salvo un tsunami o un terremoto, la inversión rinde un porcentaje anual y no hay riesgo de default o quita.

Pero la pelea de fondo es otra, más desapercibida a primera vista. De aprobarse la Ley, las modificaciones al Código Civil y Comercial obligarían a que cada contrato figure en el Registro de la Propiedad Inmueble. Un fabuloso blanqueamiento automático en ese paraíso fiscal que constituye el mercado inmobiliario argentino.

El ministerio de la Vivienda comenzó a funcionar el 10 de diciembre de 2019 con el gobierno encabezado por el Alberto Fernández. Sin todavía presupuesto ni estructura (no cuenta con edificio propio), el mundo del alquiler no aparece como prioridad en las declaraciones públicas de la arquitecta María Eugenia Bielsa, flamante ministra. Saben que la legislación sobre alquileres está retrasada con respecto a otros países y que el Estado debería ser un actor fundamental, pero las medidas a tomar siguen siendo material de estudio y no de regulaciones concretas. Sobre el proyecto de ley las autoridades nacionales expresan acuerdo en sus generalidades. Mientras tanto, el Estado porteño se arroga la aprobación de la ley de alquileres en la Ciudad en 2017, cuyo principal logro es el pago de la comisión inmobiliaria por parte de los propietarios. Juan Maquieyra, titular del Instituto de la Vivienda de la Ciudad, se enorgullece al recordar que esa ley provocó una marcha de las inmobiliarias que fueron a cacerolear en la puerta de la quinta de Olivos. El proyecto de ley había sido presentado también por Inquilinos Agrupados en la mesa de entradas en la Legislatura porteña, pero el larretismo le dio impulso final. Sin embargo, Capital Federal sigue siendo la ciudad con los alquileres más caros del país y del continente.

El proyecto nacional, sin embargo, tracciona cambios más radicales para el mundo inquilino como la indexación anual para los aumentos, obtenida de un promedio entre el Índice de Precios al Consumidor (IPC) y la Remuneración Imponible Promedio de los Trabajadores Estables (Ripte). Si la inflación del año fuera 30% y el Ripte 20%, la suba para el siguiente año de contrato sería del 25%. Se extiende el plazo mínimo de contrato de 2 a 3 años, al finalizar el contrato, el depósito debe ser devuelto a valor actualizado, ya que los 10.000 pesos de abril de 2017 dejaron de



valer lo mismo en abril de 2019. Pero este proyecto apenas parpadea tímidamente a nivel mediático y no encuentra eco en el arco político ni a nivel social.

Armando Pepe es representante de una extensa lista de actores intermedios: el Consejo Federal de Colegios Inmobiliarios, el Notariado Federal Argentino, el Colegio de Escribanos de CABA y Provincia de Buenos Aires, la Asociación de Empresarios de la Vivienda, la Cámara de Desarrolladores Urbanos, la Sociedad Central de Arquitectos, la Federación de Entidades de Arquitectos, y la Cámara de Propietarios. El histórico dirigente peronista describe como catastrófica la situación del mercado inmobiliario, frenado en seco a partir de la

última devaluación macrista y el actual cepo solidario, por lo que desde su perspectiva más regulación significaría mayor crisis. Según vaporosas mediciones de Cucicba (Colegio Único de Corredores Inmobiliarios de la Ciudad de Buenos Aires) en 2019, una proyección hipotética de la indexación propuesta en la ley de alquileres arrojó aumentos del 40% para 2020. Mientras que, desde sus relevamientos, el promedio de aumentos bajo la ley de la selva actual fue de 32% en 2019.

Pero la pelea de fondo es otra, más desapercibida a primera vista. De aprobarse la ley, las modificaciones al Código Civil y Comercial obligarían a que cada contrato figure en el Registro de la Propiedad Inmue-

ble. Si el locador no lo hiciera dentro del primer mes de contrato, el locatario también estaría habilitado. Se trata de un fabuloso blanqueamiento automático en ese paraíso fiscal que constituye el mercado inmobiliario argentino: una catarata de nombres, apellidos y CUIT hasta hoy desconocidos, toda una economía al margen de cualquier impuesto. La informalidad casi total del mercado de alquileres, es decir, los miles de millones de pesos anuales que la AFIP no recauda en concepto de impuestos, no es más que una subvención encubierta del Estado a los propietarios y a toda la extensa cadena de intermediarios. ¿Por qué no pensar alguna vez la condición inquilina como también sujeto de incentivos y subvenciones?

En principio, el mero blanqueamiento de los contratos permitiría componer un mapa fehaciente de los alquileres en el país, un nueva fuente de ingresos para el fisco, y la posibilidad de desarrollar futuras políticas públicas en material habitacional para los más postergados. Gervasio Muñoz es pesimista al respecto, cree que el Estado nunca va a dar del todo la cara, a menos que las inequidades que produce el statu quo alcancen a un límite de tolerancia para quienes lo habitamos, en el marco de una economía cada vez más fragilizada. Es más, considera que vivimos una realidad en la que el Estado va detrás del paso destructor del mercado “levantando un poco a los que se cayeron del todo, limpiando el quilombo que el otro deja”.

Gervasio Muñoz considera que vivimos una realidad en la que el Estado va detrás del paso destructor del mercado “levantando un poco a los que se cayeron del todo, limpiando el quilombo que el otro deja.”

Mientras se escribe este texto y el coronavirus recluye a todo el país entre cuatro paredes, Alberto Fernández declaró que evalúa el envío de un proyecto de ley para congelar por 180 días el valor de los alquileres. Tuvo que brotar una pandemia para que el Estado descubra la fragilidad estructural con que convive la población inquilina en Argentina. Queda por verse si el interés por la problemática se mantiene cuando la peste haya pasado; el proyecto de Inquilinos probablemente vuelva a retrasar su llegada al Senado.

cajas chinas

Logramos encontrar un departamento. En una oficina de la zona de Tribunales, la escribana de confianza del dueño nos cobra medio mes de alquiler para certificar el contrato. Luego llega el día de la mudanza. Observar cómo lo que uno considera sus pocas cosas llenan un camión hasta el borde transforma la noción espacial de qué es eso que somos. Mudarse implica comprender la lógica de matrioshkas que rige la vida humana: uno está poniendo y sacando cajas más chicas en cajas más grandes, y a esas matrioshkas solemos llamarlas hogar. El inquilino entra por fin sus cosas al nuevo espacio con la doble desesperación de terminar lo antes posible y de que ninguna pared se marque entre el tumulto de ángulos de mesas y patas de sillas.

La generación sub 40 camina a los tumbos por un escenario en el que, de los componentes de la tradicional ecuación trabajo + techo, ninguno de los dos está asegurado a través de la fórmula que combina esfuerzo, ahorro y sostén del Estado. Acaso esté en las reformas a la peligrosa autopista neoliberal, en los reductores de daños de la velocidad máxima del mercado inmobiliario, el plano para la construcción de una vida con menos mudanzas forzadas cada dos años y más decisiones colectivas. |c|

lo que traen las voces del más allá

La industria editorial cada vez produce menos mitos y cada vez acude más a los discos póstumos, una estrategia "creativa" para rentabilizar las voces de los muertos. ¿Cuál es el límite entre bandolerismo y homenaje? ¿Cuánto falta para una nueva canción de Elvis en castellano compuesta por una inteligencia artificial?

Por Manuel Cantón | Ilustración Panchopepe



Hasta 1876, cuando Alexander Graham Bell patentó el teléfono, voz y cuerpo eran dos entidades inseparables. Solo los profetas y los visionarios, que en su éxtasis recibían la voz de Dios, habían escuchado a alguien sin conocer su cara. Dicen que las catedrales góticas estaban diseñadas para imitar esa experiencia sobrenatural; como el coro estaba escondido de los feligreses, las canciones parecían venir de ninguna parte. Cuando Thomas Edison inventó el fonógrafo, en 1877, se abrió una nueva posibilidad, todavía más inquietante: la conservación —y no solo la separación— de la voz. Por primera vez en la historia, la tecnología nos permitiría escuchar a nuestros muertos.

La primera grabación de Edison está disponible en YouTube. A una breve introducción le siguen los primeros versos de una canción infantil, “Mary Had a Little Lamb”. El audio es bastante precario, pero comprensible; la dicción recuerda a la de los actores del Hollywood clásico. Con el fonógrafo, Edison dio comienzo al largo ciclo de invenciones que lo convertiría en un personaje reconocido a nivel mundial. Fue tan prolífico como longevo: murió en 1931, a los ochenta y cuatro años. En aquel momento, la primera grabación de la historia se convirtió en una canción de cuna recitada por un fantasma.

Cuando nos reímos con una sitcom nos estamos riendo con un montón de fantasmas. Hay en eso una sensación incómoda, un poco escalofriante, bastante parecida a la que a veces produce escuchar la voz de un cantante muerto.

Últimamente nos hemos acostumbrado a escuchar discos póstumos. Quizás sea una cuestión de época: en estos años empezaron a coincidir las muertes de viejas estrellas de rock, más bien naturales, con las de jóvenes raperos en ascenso, víctimas de las drogas o la violencia. Solo en los últimos meses se difundieron *Ya No Mires Atrás*, de Luis Alberto Spinetta (muerto en el 2012); *Is It Any Wonder?*, de David Bowie (2016); *Thanks for the Dance*, de Leonard Cohen (2016); *Circles*, de Mac Miller (2018); y *Bad Vibes Forever*, de XXXTentacion (2018). Se dijo también que el rapero Juice Wrld, quien falleció a mediados del 2019, dejó cerca de dos mil —¡2000!— canciones sin publicar. Sus herederos dieron a entender que en los próximos meses va a salir una selección.

Los discos póstumos no son nada nuevo: prácticamente todas las estrellas pop encontraron alguna forma de cantar después de la muerte. La posteridad es el principal efecto de la grabación, que como tantos otros inventos del siglo XIX —la fotografía, la taxidermia, el enlatado, el cine— es una tecnología de la conservación. A su vez, esa lista no incluye a todos los discos póstumos del año pasado, y seguramente ni siquiera a los mejores, si es que ese criterio tiene algún sentido. Es solo una serie de ejemplos más o menos relevantes, que por otra parte pertenecen a géneros distintos y han tenido grados muy diversos de éxito. En el fondo, tienen una sola cosa en común: en todos canta un muerto.

sensación de ultratumba

Un rumor: dicen que las risas de fondo, esas que se suelen escuchar en las *sitcoms*, son las risas de gente muerta. Parece que fueron grabadas a principios de los cincuenta, cuando recién empezaba la televisión masiva; eso significa que, por razones de matemática simple, la gran mayoría de las personas que participaron *ya no está entre nosotros*.

Hay muchas versiones de esta historia en Twitter o Reddit. Su fuente seguramente sea *Nana*, una novela de Chuck Palahniuk publicada en el 2002; es muy probable que Palahniuk se haya basado en que, efectivamente, las primeras risas grabadas aparecieron en los cincuenta. Sin embargo, como explica Jennifer Keishin Armstrong en una nota para la *BBC*, el rumor es falso. Las grabaciones usadas en los productos del *mass media* tienen que ser actualizadas con cada cambio tecnológico, algo que ocurre bastante seguido.

Aunque no sea cierta, es una historia sugestiva. Dice: cuando vemos una *sitcom*, cuando nos reímos con una *sitcom*, nos estamos riendo con un montón de fantasmas. Hay en eso una sensación incómoda, un poco escalofriante, bastante parecida a la que a veces produce escuchar la voz de un cantante muerto. Es difícil no inquietarse cuando en “Good News,” parte del disco póstumo de Mac Miller, se lo escucha decir cosas como “There’s a whole lot more for me waitin’ on the other side / I’m always wonderin’ if it feel like summer” [Hay mucho más esperándome en el otro lado / Siempre me pregunto si se siente como el verano]; es difícil no creerle a Leonard Cohen cuando en “The Goal” dice “I’m almost alive / I’m almost at home” [Estoy casi vivo / Estoy casi en casa].

Es cierto que la muerte afecta la percepción *general* de la obra de un músico: hoy en día, *todas* las canciones de Spinetta o XXXTentacion tienen la voz de un muerto. Sin embargo, no todas tienen ese sentimiento de ultratumba que impregna a las que nos llegan póstumamente. En los temas previos pueden aparecer versos desconcertantes, proféticos, como cuando Mac Miller dice, en “Brand Name”, “To everyone who sell me drugs / Don’t mix it with that bullshit, I’m hopin’ not to join the 27 Club” [A todos los que me venden drogas / No las mezclen con mierda, espero no unirme al club de los 27]; pero esa es una sensación retrospectiva, de reinterpretación. En algún punto, nos impresionan por la razón contraria, porque *anticipan* a la muerte en vez de sucederla.

Es curioso: tanto Bowie como Leonard Cohen tuvieron el raro privilegio de sacar discos días antes de su muerte. Ambos estaban muy enfermos (Bowie de cáncer de hígado, Cohen de leucemia), y eran conscientes de que iba a ser lo último que hicieran en vida. Tanto *Blackstar* como *You Want It Darker* son discos mortuorios: Bowie incluyó “Lazarus” en referencia al resucitado bíblico; Cohen cantó “I’m leaving the table / I’m out of the game” [Estoy dejando la mesa / Estoy fuera del juego]. Si las cosas hubieran sido distintas —si, por ejemplo, Bowie hubiera muerto tres días antes— estos discos habrían sido un material póstumo alucinante.

Pero eso no fue lo que pasó. Bowie y Cohen sobrevivieron a sus obras, y ahora, cuatro años después, nos encontramos con *otros* discos póstumos. No son proyectos casi terminados interrumpidos por la muerte, sino material más o menos crudo que no llegaron a redondear o que prefirieron no difundir. Eso es lo que pasa la mayoría de las veces: las canciones que salen ahora son viejos retazos recuperados por productores y herederos, consecuencias directas de un modo de producción que lleva a los artistas a grabar mucho y sacar poco.

la resurrección de un autor

El hip hop siempre ha sido precursor en materia de posteridad. Quizás tenga que ver con que es una cultura del *sample*, acostumbrada a jugar con las voces de los muertos. En su libro *Retromanía*, Simon Reynolds propone que un *sample* “es un fantasma y también un esclavo”, en el sentido de que no solo invoca a quien no está sino que además lo hace trabajar. Para él, una bandeja de DJ no es tan distinta a un tablero de Ouija. Un ejemplo: en *Scorpion*, el último disco de Drake, *la mitad* de las colaboraciones —ya no se trata de samples, sino de *feats*— son de artistas muertos.

A su vez, el hip hop no solo produce a partir de música ya grabada, sino que también trabaja con un alto grado de especialización. La figura del cantautor, ese fetiche rockero, prácticamente no existe. Los productores hacen *beats* y los raperos trabajan sobre esas bases, y aunque hay quienes pasan de un lado a otro de la consola, lo más común es que se trate de músicos que comenzaron haciendo una cosa y después se permitieron hacer también la otra. Como siempre, la división del trabajo facilita la producción en grandes números. Si además consideramos que plataformas como Spotify pagan por reproducción, y que no están condicionados por la capacidad de almacenamiento de un soporte físico, los músicos tienen todos los estímulos para grabar en cantidad. Por eso los discos de veinte temas son más comunes que nunca, y por eso también hay casos como el de Juice Wrld, quien a pesar de morirse a los veintitún años dejó una cantidad ridícula de canciones sin lanzar. Se trataba de un *freestyler* prodigioso; muchas de esas canciones son *freestyles* que no llegaron al disco.

Condiciones parecidas permitieron que Tupac Shakur y Biggie Smalls, los dos indiscutibles del canon del rap, tuvieran extensísimas carreras póstumas: ambos sacaron más discos muertos que vivos (XXXTentacion comparte esa estadística fúnebre). Sus prolíficas carreras *postmortem* incluyeron hasta un dúo, adecuadamente titulado “Runnin’ (Dying To Live)”. Tupac, además, fue pionero en otra forma de posteridad. En el 2012, durante el recital de Dr Dre y Snoop Dogg en Coachella, hizo la primera gran aparición holográfica en un show en vivo. Los videos subidos a YouTube lo muestran como una animación resplandeciente que rapea junto a Snoop en “2 Of Amerikaz Most Wanted”; en una presentación que queda a medio camino entre *Ghost* y *Space Jam*. El holograma de Tupac también estrenó “Hail Mary”, una canción póstuma que nunca había sido tocada en vivo.

A ese show le siguieron otros: Frank Zappa, Michael Jackson, Whitney Houston. Mark Binelli, en una nota para el *New York Times*, describe el boom de esta necroindustria del entretenimiento; en una previsión bastante lúcida, destaca también que la mitad de los veinte artistas más taquilleros de Estados Unidos tiene más de sesenta años. Parece que en la era del *streaming*, los herederos ya no pueden contar con la venta de discos para mantener su patrimonio, y terminan entonces por recurrir a la industria del espectáculo.

sucesión

En este contexto, donde es evidente el grado de manipulación al que puede llegar cualquier archivo de audio, no es raro que los discos póstumos estén bajo sospecha. Por eso Catarina Spinetta aclaró, en una entrevista con *La Voz*, que los raps de sus hermanos Dante y Valentino no fueron agregados a “Merecer”, sino que eran parte de la grabación original que luego conformó *Ya No Mires Atrás*. Atendía al temor permanente del fanático: la adulteración.

Jon Brion, el productor de los últimos dos discos de Mac Miller, cuenta en una detallada nota para *Vulture* cómo fue terminar *Circles*. En general los productores trabajan de interpretar los deseos del artista; en este caso Brion tenía que adivinarlos, porque el artista no estaba. A él le tocó elegir y arreglar las canciones que integrarían el disco, y su criterio, por supuesto, estuvo marcado por la muerte. Solo así se justifica la inclusión de “Everybody”, una versión de un tema de Arthur Lee y el único cover de la carrera discográfica de Mac Miller. Es difícil resistirse a un estribillo que dice “Everybody’s gotta live, / and everybody’s gonna die” [Todos tienen que vivir / y todos van a morir]. Esa canción está en el disco *porque* Mac Miller se murió, y no *a pesar de*.

En el mejor de los casos, entonces, un disco póstumo es un homenaje a los deseos de un muerto; quizás por eso es común, como en los casos de Bowie y Spinetta, que sean lanzados para celebrar un cumpleaños que no fue. Hay bastante de espiritismo en adivinar las intenciones de quien ya no está, pero es una brujería reclamada por el público. Después de todo, solo escuchamos los discos póstumos de quienes fueron famosos en vida: la ultratumba se reserva para los que supieron construir una base considerable de fanáticos. En la época del *fan delivery*, todo indica que, mientras exista demanda, este tipo de necroproducciones va a seguir proliferando.

Hay bastante de espiritismo en adivinar las intenciones de quien ya no está, pero es una brujería reclamada por el público. En la época del *fan delivery*, todo indica que, mientras exista demanda, este tipo de necroproducciones va a seguir proliferando.

Sucede que, en su peor versión, un disco póstumo se parece mucho al cobro de una herencia. Eso se ha hecho tan evidente que algunos músicos ya empezaron a temer por su propia posteridad. En parte, esto se debe a que no está claro cuál es el límite a la autoría, cuál es la unidad mínima necesaria para considerar a una canción como parte de la obra de un artista: puede ser la melodía, o la letra, o quizás el tema crudo y sin arreglos. A veces parece que lo único importante es la voz, esa voz distintiva que nos acostumbramos a escuchar. “Listen to the Hummingbird”, del disco póstumo de Leonard Cohen, está hecha a partir del audio de una entrevista donde Cohen recitó ese poema; toda la instrumentación es posterior a su muerte. El artista también publicó algunos poemarios. Si alguien pudiera simular su voz con una computadora, algo que parece posible en un futuro no demasiado lejano, ¿aceptaríamos como suya una canción basada en el recitado artificial de uno de sus poemas?

Algunos miembros de la industria musical están tomando medidas para evitar ese tipo de producciones. Después de la muerte de Amy Winehouse, David Joseph, el CEO de Universal Music, destruyó todos sus másters. “Apropiarse de un tema o una voz es algo que no va a pasar en mi guardia. Y ahora no va a pasar en la de nadie”, dijo en una entrevista con *Billboard*. Con ese gesto, Joseph seguramente perdió millones de dólares, pero se ganó la fidelidad de muchos artistas. Hay gente que prefiere descansar en paz. |c|

| aguafuertes

Pequeños telegramas del horror

Escribe Romina Paula
Ilustra Panchopepe

Sandra terminó la secundaria y se anotó en la Prilidiano Pueyrredón. Sandra siempre fue muy buena con las manos, en especial pintando. Representaba muy bien la realidad: copiaba fotos, las cambiaba de escala, las pintaba con óleo, y lo retratado le quedaba igual, en otro lenguaje. En uno de los cuartos de huéspedes de la casa de mi mamá aún cuelga un cuadro que me regaló para mi cumpleaños número veinte en el que copió una foto de una parte de las ruinas de Machu Picchu que sacamos al amanecer en la ciudad incaica, después de cuatro días de caminata por las montañas. Cuando volvemos de ese viaje iniciático que fue al mismo tiempo una suerte de viaje de despedida de nuestra amistad como la conocíamos hasta ese momento, Sandra ingresa a la Pueyrredón y empieza a tener nuevos amigos, distintos. Sandra se pone de novia con un chico que vivía en Fuerte Apache y cuyo apodo era Poxi. Sandra se hace muy amiga de Camila, una chica oriunda de Merlo, San Luis, Sandra pasa entonces varios veranos en Merlo. En Merlo conoce al Chango, un cordobés que es músico pero trabaja en lo que sea para ganarse el pan. El Chango es vivo y seductor. Sandra se enamora del Chango y él de ella también. Pero ninguno de los dos quiere vivir en Buenos Aires y Sandra, con su pasaporte alemán, heredado de su familia, propone ir a buscar suerte allá. Es 2001 en la Argentina y en el asado de despedida en el fondo de la casa del padre de Sandra en San Isidro, los despiden más o menos como a unos héroes que se van a un exilio forzado. El primer trabajo que hace Sandra en Munich es acomodar ropa de Zara. Dice que es un trabajo feo, que la tratan mal, y que la angustia mucho.

Esos primeros meses hasta que puede alquilar algo ella sola vive en lo de su hermana, que también vive allá. Recién entonces se le suma el Chango. El Chango hasta ese momento no habla una palabra de alemán ni había estado nunca en ese país. El primer trabajo que consigue es de peón en una empresa de mudanzas, trabajo para el cual no es imprescindible hablar el alemán. Sandra, por su parte, deja Zara, comienza a trabajar en un jardín de infantes, y se casa con el Chango allá mismo, para que él se pueda quedar a vivir, y trabajar. En los casi quince años que vivieron en Alemania el Chango fue cambiando de ocupaciones, trabajó en un vivero, dando clases particulares de música, haciendo algún trabajo como músico también, ocasionalmente, y en el mantenimiento de veleros, trabajo

que lo iría a matar. Sandra hace una formación pedagógica y empieza a trabajar como terapeuta artística en distintas instituciones, y nunca deja de pintar. Son años buenos para ellos, esos, los primeros. En algún momento ella queda embarazada de Joaquín y dos años más tarde, de Román. Dice que para cuando queda embarazada de Román, el Chango y ella ya están mal. Que tal vez por eso el Chango nunca le presta demasiada atención a su segundo hijo, y se dedica solo al primogénito. Y ni siquiera tanto. A partir de entonces ya todo es guerra.

Sandra y el Chango van a seguir viviendo juntos un par de años más, en parte por cuestiones económicas pero sobre todo porque el Chango no se quiere dar por despedido e insiste en seguir viviendo en la misma casa, aún cuando Sandra ya tenga nuevo novio y él esté al tanto. En ese período Sandra le hace tres denuncias en la policía, la última ya con orden de restricción, cuando, habiéndole conseguido ella un departamento nuevo donde vivir, lo encuentra en el patio trasero de su casa, supuestamente para usar el wifi. Así que a ella no le resulta nada difícil ganarle la tenencia de los niños para llevarse-los de nuevo a la Argentina. Cuando los abogados les pregunten por los planes inmediatos para sus hijos, Sandra hasta tiene las vacantes para los niños en la escuela argentina como documentación. A la pregunta por las expectativas inmediatas para sus hijos el Chango solo responde que “creer que la madre, Sandra, debería quedarse en Alemania”, último gesto con el que le regala los hijos a su expareja.

Pero Sandra no vuelve a Buenos Aires cuando vuelve, Sandra vuelve con los niños a Merlo, San Luis. Sandra se pone de novia con otro muchacho de Merlo, conocido del Chango, otro músico del mismo entorno, casado hasta ese momento y con dos hijos él también. Un verano en el que, ya estando separada del Chango, Sandra había ido de vacaciones a Merlo con sus hijos a lo de su amiga Camila, se había reencontrado con Darío y se enamoraron. El Chango vive esto como una traición de alto rango y está convencido de que es una relación previa a su separación. Sandra, ya con la tenencia y la correspondencia de Darío, que también se separa de su mujer, carga todas sus cosas en un container, incluyendo un auto, mete a la gata en una cajita, se sube con los hijos a un avión y vuelve a vivir a la Argentina con los niños de entonces seis y cuatro años, a Merlo, la tierra donde ha conocido a su padre, pero sin él. El padre, por su parte, se queda solo en Munich, de donde nunca se irá.

En Merlo Sandra y Darío se mudan juntos, con los hijos de ella y los dos de él, con régimen de visitas. Sandra por fin respira, todos sus esfuerzos valieron la pena: vive en las Sierras con un hombre bueno, que la ama y la protege, sus hijos viven descalzos junto al arroyo y se integran a la vida puntana como si hubieran nacido ahí. El más chico pierde el acento bávaro rapidísimo y ahora afirma haber olvidado por completo el alemán.

Unos meses después viene el padre de visita. Viene con una nueva novia, una alemana. La relación con Sandra y Darío es tirante, el Chango está muy lejos de haberlos perdonado. Por el contrario, convence a sus hijos, sobre todo al mayor, de haber sufrido abusos de parte del nuevo novio de la madre y hasta los lleva a la policía de Merlo a declarar. En Merlo todos conocen a Darío desde siempre y no le dan mayor entidad a la denuncia. La visita resulta un verdadero desastre, el Chango vuelve a Alemania y deja atrás a unos niños aturdidos que tardan en reponerse de él.

A principios del año pasado llega un mensaje de Sandra a un whatsapp grupal que tenemos con unas amigas del colegio. Somos cinco y todas muy íntimas. Sandra nos cuenta por escrito que el Chango se accidentó en su trabajo en Alemania y que está muy mal, en terapia intensiva y con la cabeza destrozada. A los días nos escribe que murió, a ese mismo chat de whatsapp. La de noticias terribles que se reciben hoy por escrito, pequeños telegramas del horror. Uno se pregunta, ¿cómo puedo dar tal noticia, cómo se da una noticia así? Y la respuesta en la mayoría de los casos estos días

es: un par de caracteres en la pantallita. El año pasado murió un familiar en un accidente trágico. ¿Cómo se comunica una noticia así? Por ejemplo, así: “Falleció Pedro en la ruta. Se accidentó con la moto. Hablá con Pamela.” Y uno frente a la pantalla, azorado: ¿es esto real? ¿Tiene, contienen estas letras, toda su gravedad? ¿Saben lo que está diciendo, portan ese valor? ¿Se puede comunicar, transmitir algo de este tenor, así? No lo sé.

Sandra, en ese momento, nos cuenta que el Chango trabajaba estacionando veleros y que aparentemente otro barco habría chocado aquel en el que él estaba trabajando y se le había caído un mástil en la cabeza. Es la versión con la que me quedo en ese momento, qué terrible, qué desgracia, y qué muerte trágica y de algún modo anunciada. Sandra decide no viajar, ni ella ni sus hijos. En su lugar viajan los hermanos del Chango. Con ellos acuerdan que harán una ceremonia con las cenizas en el pueblo cordobés en el que él nació, aunque nunca haya querido volver, para mezclar sus cenizas con las de sus padres, fallecidos prematuramente.

Voy a pasar fin de año a lo de Sandra y su nueva familia ensamblada en Merlo. No le doy mis condolencias a los niños cuando los veo, ellos tampoco parecen particularmente afectados. Alguna tarde en el jardín trasero, colgando o descolgando ropa le pregunto a Sandra otra vez, cómo fue todo en realidad, que necesito saber, y Sandra me cuenta. Dice que ella todo lo que sabe lo sabe a distancia y por lo que le fueron contando, versiones en las que a ella no le queda más opción que creer, por más sospechosas que le resulten algunas cosas. Aparentemente lo del choque de veleros fue la primera versión que circuló. El Chango no estaba solo en el momento del accidente, si no que estaba con toda la familia de sus empleadores, con los que aparentemente tenía muy buena relación. Y no estaban sobre el agua sino en un hangar, haciendo el mantenimiento de alguna embarca-

ción. Él estaba sobre el barco intentando acomodar un mástil que estaba en posición horizontal, alguien accionaba la grúa que debía levantar el mástil. Según la empleadora el Chango soltó un seguro antes de que la grúa sostuviera el mástil; Sandra me comenta entre dientes que es probable que la grúa la estuviera operando uno de los hijos adolescentes de la empleadora que trabajaban con ellos también y que en ese caso haya sido un accidente de trabajo pero con un responsable. Y que por eso circuló la otra versión primero, que no puede haber sido otro que ellos mismos que la hicieron circular, y le sorprende mucho el cambio de locación. Dice que la empleadora se mostró diligentísima con todo, que fue quien estuvo en la internación y organizó el velorio. Dice, también, que ellos, la familia y ella, tardaron alrededor de una semana en enterarse de que estaba internado y en coma farmacológico; los alemanes alegaron que no tenían cómo desbloquear el teléfono del Chango. Sandra dice que es probable que una vez que vieron que era tan grave e irreversible y que había muerte cerebral, hicieron un pacto de silencio para no involucrar a ninguno de ellos y dice que en algún punto lo puede entender, que lo habrán hecho para proteger a sus hijos, no los suyos, sino los de alguien más. Y después todavía hay todo un episodio de enemistad entre Sandra y los hermanos del Chango para quienes, claro, ella es la traidora que le sacó a los hijos. Sandra intenta controlar todo a la distancia con amigas que la ayudan desde allá. Le mandan fotos de la ceremonia de despedida, del funeral, para poder mostrárselas a sus hijos cuando crezcan, si las quisieran ver. Manda a una amiga a fotografiar la casa del Chango cuando entran todos juntos, dice que todo lo que hay ahí les corresponde a Joaquín y Román. Como en un macabro juego de busque las diferencias, con los días hay cosas que desaparecen y que nadie admite tener, sobre todo elementos de equipos de sonido e instrumentos y cosas de ese estilo. En cuanto a



La enemistad de Sandra con la familia del Chango se agudiza con todo este desenlace, el de la muerte sorpresiva y violenta, recubierta de misterio por esos primeros días de silencio y por el desenlace después. Sandra repite varias veces, enfática, que todo lo que había en esa casa les corresponde a sus hijos, a Joaquín y Román. Yo desde algún lado más frío puedo también entender que los hermanos del Chango se sientan con cierto derecho sobre las

sé, para el hermano que vive ahí y alguna prima tía, algún familiar. Y así termina esta historia por ahora, aunque quizás pueda agregársele que el mayor pregunta por la posibilidad de cambiar su apellido por el de la madre, sacarse por completo el del padre, y que el más chico anda de acá para allá jugando jueguitos en un teléfono de modelo desmedido para su edad, y es, por ahora, todo lo que le ha quedado de su papá. |c|

A black and white photograph showing a man in a striped shirt in the foreground, making a peace sign with his right hand. He is looking towards the camera. Behind him, a police officer in a dark uniform and a peaked cap stands with his hands behind his back, looking slightly to the side. The background is a plain, light-colored wall.

60 | 61

Basta con visitar las redes sociales el día de la madre para ver cuán pollerudos y obedientes somos. Es la interrupción perfecta para el relato de las familias, el corte imprevisto a la fatalidad de ser hijos en estas familias que nos hacen. Niños y niñas torturadx, abusadx, golpeadx. Es en la infancia donde el odio se juega su perpetuidad. El acto es siempre fatal: romperle el corazón a los niños.

Luego está la respetabilísima tarea de las actrices y actores de la serie, que están haciendo la diferencia en el temita de la actuación. Se inventan ese mundo ominoso. De algún modo, admirablemente, son capaces de inventarse semejante sordidez y atravesarla, como si hubieran encontrado una herida abierta y allí primero arrojaron el whisky, luego la sal, después el tequila, luego la sal y así.

Es complejo poder recomendar una serie sin contarles una escena aunque sea, pero con esto de los spoilers, todo se ha enrarecido un poco. Creo que a modo de imagen bien puede servir algo que una vez un tuitero me comentó al respecto de *The Act*: “Quedás sucio como una semana”.

Por supuesto, habrá gente que desprecie tan aciaga recomendación y quiero decir que se equivocan, que hay gusto en poder contemplar el horror dentro de eso que llamamos amor. Una vez que eso se sabe, a fuerza de verlo, a fuerza de leerlo, a fuerza de escucharlo y de contarle, el amor se vuelve algo más parecido a un juguete que se toca y que cambia de color, que no puede permanecer jamás en un color determinado.

Claudia Rodríguez: activista y resentida

Léase esto con una pausada tonada chilena, de Santiago de Chile más precisamente: “¡El poto gobierna el mundo!”. Esto anda gritando la Claudia Rodríguez desde hace un tiempo como antes ha gritado otras verdades. Yo le digo a la Claudia, la travesti más transparente, porque es la primera vez que me cruzo con alguien que lleva su humanidad por fuera de sí misma, más como un espacio que como una identidad. Quiso la historia que me la cruzara en una charla con Marlene Wayar, transcripta en ese libro donde se produce saber y deseo travesti que es *Travesti: una teoría lo suficientemente buena*. Allí la Wayar conmueve, aquieta y produce un conocimiento fatal. Así llego la Claudia a mi vida. A través de la Marlene, corazón de oro.

Claudia me invitó a presentar su libro *Cuerpos para odiar*, en el festival El deleite de los cuerpos, en diciembre del 2018. *Cuerpos para odiar* es editado por la mismísima Claudia, en un acto que ablanda cualquier piedra y que ella llama producción precaria, de autogestión, incluso da permiso y dice que puede ser llamada: una producción del fracaso. Algo que me hace pensar en la Marlene y la Susy Shock en ese ciclo de entrevistas en vivo, del que tuve alguna vez el honor de participar: *Cotorras, diálogos sudacas desde el fracaso*.

Tarde o temprano, las travestis arribamos a ese conocimiento: habitamos el fracaso de los otros, de los que quisieron vernos fracasar, los que nos condenaron a la ruta trunca, la melodía inacabada, la larga y helada noche de las travestis. Y qué hacen la Claudia, la Marlene y la Susy: del fracaso hacen una posibilidad y es para ellas un gesto muy natural, algo así como poner el pelo detrás de la oreja izquierda y ofrecer a los ojos que nos miran, con fingida inocencia, la piel del ancho hombro.

Dice la Claudia: “Aprendí a hacerme la linda y aferrarme a hombres que nunca se imaginaron la existencia de una travesti como yo”. Lo dice en *Viene por mí*, su unipersonal feroz, con la vida impaciente de una asaltabancos. Desde que leí esa frase, pensé en lo importante que es que las travestis nos escribamos en la imaginación de las personas que nos rodean. Qué tema vital para la supervivencia de las travestis disputar la escena en la imaginación de las personas. Agamben decía que el primer contacto con un deseo es ver una imagen, la imagen del deseo. La Claudia redobla la apuesta, grita ¡Quiero vale cuatro!, y concluye: “que nunca se imaginaron la existencia de una travesti resentida como yo”. Miren, tengo un par de versos preferidos. De Borges ese pedido: “Nadie rebaje a lágrima o reproche”. De Lorca: “La plaza se puso íntima/ como una pequeña plaza”. Y de la Claudia ese verso sobre la imposibilidad de las personas para imaginar que existimos y estamos resentidas. Que andamos en carne viva.

Así pide ser presentada Claudia, como una activista y una travesti resentida.

También diré que Claudia fue la primera persona en el mundo que me habló de ciencia ficción dentro del feminismo. Una de las cosas más interesantes que leí respecto a un feminismo poético. Algo capaz de configurar mundos posibles, campos de acción

posibles y también imposibles. Pensando en la distopía que se ha vuelto Chernóbil, una mañana, Claudia me despertó con un escrito en el Facebook donde contaba cómo estando cerca de una amiga travesti, todas las otras locas tenían wifi gratis en el celular.

Esta recomendación, por supuesto, es para que se acerquen a la producción cultural de todas las travestis. Y, más específicamente, para que se acerquen a la obra de arte incommensurable que es Claudia Rodríguez, pausa en el tiempo, humildad de naturaleza. Sus libros no se consiguen aquí, puesto que al ser chilena y estar desde hace años en la primera línea, a veces se le complica editar sus libros y fanzines. Pero cuando tenemos la oportunidad de recibirla, siempre podemos hacernos de ejemplares. En YouTube hay entrevistas donde la muchacha trae paz y alegría y prende

fuego la mecha a toda una población que ya no quiere más un mundo en este estado.

Si algo nos han enseñado las travestis y estas tres mencionadas en particular, es que los problemas de las traves, no son un problema específico de ese grupo si no asunto de toda la población. Este sentirse parte de todos hace la diferencia entre ustedes y nosotras. Sabemos que será imposible sobrevivir sin un acuerdo de paz, sin que ustedes registren finalmente en su imaginación, que somos únicas, que una travesti que muere por negligencia de un país o por asesinato, es una cosa muy triste. No puede suceder una cosa de tamaño tristeza en el mismo mundo que vio nacer el talento de Anna Magnani o la voz de María Callas.

Dice la Claudia en *Cuerpos para odiar*: “Por eso escribo, por todas las travestis que no alcanzaron a saber que estaban vivas, por la culpa y la vergüenza de no ser cuerpos para ser amados y murieron jóvenes antes de ser felices. Murieron sin haber escrito ni una carta de amor.”

Vayan por ella, que es como hablar con el origen de todas las mujeres de Latinoamérica.

Claudia Rodríguez. |c|

| la tapada

Otra vez aconteció algo imprevisto y sobre la marcha tuvimos que reemplazar la tapa. La publicamos igual, como un homenaje a todas las ideas que nunca vieron la luz, aunque bien merecido lo tenían. **Ilustración Ezequiel García.**



políticas del mainstream / rey del terror / nostradamus de trump

el horroroso bisnieto de Shakespeare

En la extensa obra de Stephen King pueden leerse las ambiciones y las miserias de la clase media norteamericana que se hizo adulta tras los desencantos del hippismo, Watergate y Vietnam. Luego, a través del cine, configuró los miedos y las fantasías de la generación posterior, que creció al calor de sus ficciones en los ahora endiosados años ochenta. De escritor de best-sellers a ícono mainstream, de vivir recluso a tuitear contra Trump, King parece haber vislumbrado mejor que nadie el lado oscuro del siglo XX y su rebote en el siglo XXI.

Por Sebastián Robles | Ilustradora Brenda Greco



En los últimos meses se estrenaron, con diversa suerte, la segunda parte de *It*, *Doctor Sleep* y la serie *The Outsider*, adaptaciones de novelas de Stephen King. Además, Netflix incorporó a su plataforma *In tall grass*, película de terror basada en una historia original de King y Joe Hill, uno de sus hijos. A esto se suma que el canal de *streaming* CBS All Access anunció el lanzamiento, en 2020, de la serie *The Stand*, segunda adaptación de la meganovela que King publicó por primera vez (en una versión abreviada, debido a su extensión desmesurada) en 1978, donde se narra una epidemia de gripe de efectos devastadores, que conduce al fin de la humanidad. Hace unos meses salieron en castellano *El Instituto*, su última novela, y *Elevación*, otra novela breve publicada en inglés en 2018.

King ya es un fenómeno de masas que excede a la literatura y al cine, como él mismo no se cansa de repetir con cierta perplejidad desde el meteórico ascenso de Donald Trump a la Casa Blanca. “Da más miedo que cualquiera de mis libros”, declaró el año pasado en una entrevista. La referencia no se limita a la sensación que puede provocar en el votante demócrata el actual presidente norteamericano, sino que va mucho más allá. No son pocos los personajes y tramas de King que parecen haber anticipado algunas características de la singular personalidad de Trump y su modo de ejercer la presidencia. En particular, la novela *La zona muerta*, publicada en 1979, cuya versión cinematográfica fue dirigida en 1983 por David Cronenberg. Libro y película narran, entre otras cosas, el ascenso al poder de Greg Stillson (encarnado en el cine por Martin Sheen), un exempresario devenido en político, un *outsider* del sistema de partidos, que carece de escrúpulos y desata una Tercera Guerra Mundial. “Estaba convencido de que era posible que surgiera un político fuera de la corriente principal, que estuviera dispuesto a decir cualquier cosa para captar la atención del pueblo estadounidense”, sostuvo King en la misma entrevista.

Pero más allá de Trump, King parece haber contribuido a darle entidad en su obra a uno de los demonios que anidaban en la sociedad globalizada desde, por lo menos, los tempranos años setenta. ¿Lo convierte eso en un clásico? En una ocasión el propio King se comparó a sí mismo con Somerset Maugham, un escritor muy popular en su época que cayó en el olvido después de su muerte. A esta altura, la comparación parece un exceso de modestia. A veces parecería que la imaginación de este modesto escritor de Maine configuró gran parte de los horrores contemporáneos.

surrealismo sucio

Tanto en los prólogos y epílogos de sus libros, como en la autobiografía *Mientras escribo*, King siempre se mostró propenso a narrarse como un héroe de la clase obrera estadounidense. Hijo menor de una madre soltera, de clase media baja, sus inicios en la escritura tuvieron lugar en las páginas de revistas como *Harper’s*, *Cavalier* y *Playboy*, a las que vendía cuentos de terror con una fuerte impronta del cine clase B de los años cincuenta y sesenta, muchos de los cuales fueron llevados al cine décadas más tarde. Son relatos con una clara influencia lovecraftiana, así como también de Ray Bradbury, Richard Matheson y la serie de televisión *The twilight zone*. Están escritos sin muchos rodeos, con una prosa que no teme a la cursilería ni al ridículo: máquinas de lavadero poseídas por el demonio, exastronautas que vuelven a la Tierra y se transforman en portales a otras dimensiones, una rebelión de camiones que adquieren conciencia propia, una oscura historia de pareja que termina en un pueblo abandonado, en medio de un campo de maíz, habitado por unos chicos que practican sangrientos cultos satánicos.

Los relatos están protagonizados por hombres y mujeres trabajadoras, estudiantes, madres solteras, parejas al borde de la separación, empleados bancarios con problemas de alcoholismo, chicos en edad escolar, hijos de familias disfuncionales, en síntesis: la clase obrera norteamericana. El autor elude el moralismo propio del género de terror. Las parejas que tienen relaciones sexuales no siempre son asesinadas, los personajes femeninos no son débiles, la muerte violenta no es el castigo por un pecado cometido por alguno de los personajes. Interesante, pero todavía no lo suficiente como para dar inicio a una carrera literaria sólida. La escritura era un pasatiempo que a veces le ayudaba a ganar algunos dólares, igual que a otros miles de aficionados en Estados Unidos, y nada parecía anticipar lo que vendría después.

En los primeros años de la década de 1970 Estados Unidos estaba hundido en la guerra fría y la política todavía acusaba recibo del escándalo de Watergate. La utopía del hippismo se desangraba en un largo proceso judicial, al cabo del cual el clan Manson era condenado por el asesinato de Sharon Tate. Stephen King era un joven empleado nocturno de lavandería, que durante el día daba clases de inglés en Hampden, un pequeño pueblo de Maine. Vivía en un remolque con su hija recién nacida y con su esposa, Tabitha Spruce. Una noche escribió algunas páginas con una escena que se le había cruzado casi por casualidad. Transcurría en el vestuario

de mujeres de una escuela secundaria. Una adolescente fóbica y antisocial, criada por una madre sobreprotectora y demente, recibía su primera menstruación en una de las duchas, en frente de sus sádicas compañeras de curso, que le tiraban tampones con desprecio. La chica, cuyo nombre era Carrie, tenía poderes telequinéticos. King comprendió rápido que el desarrollo de la historia —que era el relato de la venganza de su protagonista— le llevaría por lo menos un centenar de páginas, y la abandonó después de aquel primer rapto febril de escritura, ganado por la falta de confianza en su propia prosa y en su capacidad para retratar el mundo femenino en la adolescencia.

Si la anécdota terminara ahí, es posible que el nombre de King nunca hubiera llegado a nuestros oídos. En este punto interviene su esposa Tabitha, personaje clave en la biografía del escritor, que rescató el manuscrito del cesto de la basura, lo leyó y se limitó a comentar:

—Deberías seguir. Tiene posibilidades.

Carrie resultó su primera novela publicada, un suceso editorial millonario y, pocos años más tarde, también un éxito cinematográfico gracias a la adaptación dirigida por Brian De Palma.

un oscuro cuento de hadas

Si *Carrie* marcó el inicio de la carrera profesional de King, lo que siguió fue una serie de novelas que renovaron de manera bastante consciente los tópicos del género de terror: los vampiros en *Salem’s Lot*, la casa embrujada en *El resplandor*, el fin del mundo en *Apocalipsis*, la videncia en *La zona muerta*, otra vez la telequinesis en *Ojos de fuego*, entre otras.

No son pocos los relatos que King situados en los años cincuenta, la década del sueño americano, que fue también la de su infancia. El más importante es la novela *It*, publicada en 1985, en la que se encuentran representadas más o menos todas las facetas de su obra. La historia transcurre en paralelo en los años cincuenta y los ochenta, dos épocas en la vida de los personajes: la primera adolescencia y la adultez, en la que deben enfrentar por última vez los terrores que los hicieron crecer. Los siete protagonistas son casos de ascenso social exitoso. Bajo la apariencia de un pueblo pacífico, en las catacumbas de Derry existe un terror que aflora cada veintisiete años y toma la forma de los miedos más profundos de la infancia. Toda la maldad del pueblo se explica, de alguna manera, por la presencia de esta entidad fantasmal.

“Los monstruos de mi ficción son los monstruos de la realidad”, parece decirnos el autor que alguna vez fue promocionado como heredero de Lovecraft y Poe, en un giro inesperadamente digno de Balzac. ¿Podemos ver el próximo umbral del terror o lo tenemos tan cerca que se nos hace invisible?

It es un oscuro cuento de hadas, una tradición que a King le resulta familiar, pero también un *Bildungsroman* de adolescentes, uno de los subgéneros más frecuentados por el escritor norteamericano. Basta recordar *El cuerpo*, la nouvelle que sirvió de base a la película *Cuenta conmigo*, pero también *Ojos de fuego*, la reciente *El instituto* y su premiado cuento “El hombre del traje negro”. El terror en la infancia y en la adolescencia está atravesado por el despertar del deseo y la sexualidad. El salto de la madurez se produce, en los personajes de King, a raíz del encuentro con lo siniestro. Este crecimiento espiritual es la condición de posibilidad del enriquecimiento material.

A pesar de que King se haya declarado más de una vez como agnóstico, su madre era una ferviente asistente a la iglesia metodista, que educó a su hijo en valores protestantes. En sus novelas de los años 70 y 80, tanto en las de terror como en su incursión en el género *fantasy* a través de la saga *La torre oscura*, el mal adquiere una encarnación explícita en un personaje que desaparece y reaparece bajo diferentes formas, llamado Randall Flagg. A la manera del payaso Pennywise, Flagg representa valores que aparecen como disolventes: la crueldad, el egoísmo, el afán ilimitado de lucro. Flagg es, por supuesto, republicano, esa corriente oscura que actúa en los subsuelos de la sociedad norteamericana y que de vez en cuando sale a la superficie. El bien, por su parte, adquiere formas más circunstanciales y anodinas, pero a veces igual triunfa.

En King sobresale, además, la fortaleza de los personajes femeninos, así como también un (auto)examen minucioso de la violencia como factor propio de la masculinidad, uno de los temas principales de *El resplandor*. A esta presencia benévola de lo femenino se le suma la reflexión sobre el oficio de la escritura y las fuentes de la creatividad, que es el tema de *Misery* y también de novelas más recientes, como *Duma Key* o *La historia de Lisey*.

después de trump y las pandemias

En los últimos veinte años, luego del accidente que casi le causa la muerte —fue atropellado por un conductor ebrio en medio de la montaña mientras caminaba a un lado de la ruta; se salvó de milagro— y después de la consagración literaria que supuso el National Book Award que recibió en 2003, así como también la extensa entrevista que le realizó la mítica revista *Paris Review*, la escritura de Stephen King cambió. Su vejez literaria es reflexiva, respetable. Las novelas se publican a un ritmo anual. Nunca bajan de las seiscientas páginas, a menos que se trate de la segunda novela publicada en el mismo año. Los derechos para las adaptaciones cinematográficas o televisivas ya están vendidos desde antes de los ejemplares salgan de imprenta.

La prosa de King se volvió más barroca, la ansiedad de la juventud quedó atrás. El escritor que antes no dudaba en describir cadáveres descompuestos y escenas de mal gusto, ahora opta por elipsis piadosas y narrativamente más eficaces, pero menos viscerales. Quien escribe es un narrador con plena conciencia de su oficio, al que algunos candidatean para el premio Nobel de Literatura. Después de Bob Dylan, la posibilidad suena razonable.

Su carrera ya fue lo suficientemente larga como para permitirle dialogar con sus propios hijos cinematográficos y literarios. Suele señalarse a *Ojos de fuego*, *It* y *El cuerpo* como antecedentes de la exitosa *Stranger Things*. La última novela publicada de King, *El instituto*, es un ajuste de cuentas con aquella serie ambientada en los años ochenta, cuando Ronald Reagan y la cortina de hierro parecían eternos. Más allá de la nostalgia que embellece el pasado, el Estado puede ser cruel, antes y ahora. El mal, a veces, gana, pero siempre hay esperanzas.

Pasaron veinte años desde que King se autodefiniera como el equivalente literario al Big Mac. El reconocimiento del *establis-hment* literario norteamericano —saturado de escritores circunspectos, realistas, cuyo interés por la literatura popular suele estar mediado por la academia— parece haberle dado una nueva conciencia de los alcances de su propia obra y su relación con los lectores. Su biografía es, después de todo, una historia de autosuperación personal, el triunfo del *mainstream*.

Lejos de las vanguardias, King siempre aspiró a cierto clasicismo. Si su búsqueda original era la de una forma nueva para expresar lo siniestro, en la actualidad parece más interesado en detectar en el presente los terrores de su imaginación. En 22/11/63, publicada en 2011 (el título alude a la fecha en que fue asesinado Kennedy), ensaya una lectura sobre su propia obra. El protagonista encuentra la manera de viajar al año 1958 y elige permanecer en el pasado hasta 1963, con el propósito de evitar el asesinato del presidente Kennedy, porque considera que a partir de ese hecho histórico la política norteamericana se transformó en una conspiración. En un momento de su trayecto visita Derry, el pueblo donde transcurre *It*, y se encuentra con algunos de sus protagonistas, todavía adolescentes.

Es entonces cuando King escribe: “Derry se transforma en Dallas”. Se refiere, por supuesto, a la ciudad del sur norteamericano en la que fue asesinado Kennedy, habitada por una sociedad a la que describe como violenta, machista, racista, desigual. “Los monstruos de mi ficción son los monstruos de la realidad”, parece decirnos el autor que alguna vez fue promocionado como heredero de Lovecraft y Poe, en un giro inesperadamente digno de Balzac.

King es capaz de transformar a una lectora fanática en una carcelera despiadada, a un payaso asesino en ícono cultural y a un cementerio de mascotas en una canción emblemática del punk. Hoy, y más allá de que siga publicando libros, su obra se completa con la llegada de Trump a la presidencia, con las pandemias y con sus opiniones en las redes sociales. ¿Cuál será el terror que glose al horror en los tiempos actuales de hiperconexión, con megacorporaciones que avanzan sobre la conciencia de los usuarios? ¿Podemos ver el próximo umbral del terror o lo tenemos tan cerca que se nos hace invisible? |c|

un apocalipsis todos los días

Este texto forma parte del libro *¿Por qué el capitalismo puede soñar y nosotros no? Breve manual de las ideas de izquierda para pensar el futuro*, que será publicado próximamente por Siglo Veintiuno Editores, como parte de la serie crisis.

Por Alejandro Galliano

A contrapelo de lo que indicaría una teoría apresurada de la modernización, el término “crisis” nació en la Antigüedad como un concepto científico para terminar transformado ya en plena Modernidad en un concepto teológico. Crisis proviene del griego krino, que significa “separación”, “lucha”, “decisión”. En Grecia tenía un sentido médico y legal: era el estado observable de una enfermedad, necesario para hacer un diagnóstico, o el momento de tomar una decisión judicial que sopesara las pruebas disponibles. En su paso al latín, “crisis” adoptó también un sentido político: el momento previo a tomar una decisión impostergable. Esta es la acepción que mantuvo durante la Modernidad, cuando la palabra fue incorporada a los diferentes idiomas para designar puntos decisivos de situaciones políticas, militares, diplomáticas. Como los veredictos y las enfermedades, las crisis son recurrentes, cíclicas, se resuelven de a una.

A partir de fines del siglo XVIII, el término “crisis” adquiere otro sentido: es una transformación absoluta, un largo proceso al final del cual ya nada será como antes. Es el sentido que le dieron románticos e ilustrados como Rousseau o Diderot en vísperas de la Revolución Francesa, un cambio histórico universal con mucho de Juicio Final: el momento en el que la humanidad se redime y comienza un Tiempo mejor. Durante el siglo XIX “crisis” se fundió con “revolución” y “conflicto” al punto de utilizarse indistintamente. También en esta época su uso se extendió a la economía.

Desde entonces, el sentido de “crisis” osciló entre el desajuste cíclico que puede y debe resolverse y la transformación definitiva, quizá final, de la sociedad. De alguna manera, el equívoco de Marx después de 1848 fue haber interpretado cada crisis como la Crisis, viviendo en un estado de apocalipsis permanente. “Una nueva revolución solo es posible como consecuencia de una nueva crisis, pero la una es tan segura como la otra”, escribió en 1850. En su intercambio epistolar con Engels en 1857, a la espera de una crisis financiera definitiva, aflora el regodeo morboso con la posibilidad de que el capitalismo cayera por sí mismo, sin importar el costo. “La crisis me resultará físicamente tan agradable como un baño en el mar”, escribió Engels desde la gerencia de la empresa familiar en Mánchester.

Hoy sabemos que a la salida de aquella crisis la recuperación de los años sesenta consolidó el capitalismo 1.0 en todo Occidente. Después del fin del mundo, el mundo.

Y el capitalismo 4.0, ante su patología, sus límites objetivos y su crisis civilizatoria, solo puede transformar el fin del mundo en sistema: decisiones dramáticas, descontentos masivos, todo el mundo a la espera de una Tercera Guerra Mundial, una toma de la Bastilla o una peste negra que le pongan fin a esto...

Nada se pareció tanto al Apocalipsis como los treinta años que pasaron entre 1914 y 1945: guerras, revoluciones, depresiones, genocidios. Pero al final del fin del mundo el capitalismo 2.0 seguía en pie, con la URSS que tomaba sus tecnologías y consumos como parámetro de éxito.

Una nueva crisis, mucho más severa, en 1873, inspiró a Marx para dar con “la ley más significativa de la economía política moderna”: la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, luego incorporada por Engels al tomo III de El Capital. La muerte le impidió a Marx ver la resurrección de su enemigo: a la Gran Depresión de 1873 le siguió el capitalismo 2.0, más dinámico y consolidado que su versión anterior. Aun así, el viejo Engels no abandonó la adicción al apocalipsis y en 1887 escribió que el desarrollo tecnológico de los ejércitos europeos haría de la próxima guerra en el continente un fenómeno de una destrucción sin precedentes: “La devastación de la guerra de los Treinta Años comprimida en tres o cuatro y extendida por todo el continente: hambruna, peste, barbarie generalizada”. Veintisiete años después, esa profecía comenzaba a hacerse realidad y era retomada por Rosa Luxemburgo en su Folleto Junius: “socialismo o barbarie”, las dos alternativas que según ella tenía la humanidad en vísperas de la Gran Guerra. Nada se pareció tanto al Apocalipsis como los treinta años que pasaron entre 1914 y 1945: guerras, revoluciones, depresiones, genocidios. Pero al final del fin del mundo el capitalismo 2.0 seguía en pie, con la URSS que tomaba sus tecnologías y consumos como parámetro de éxito.

La crisis del capitalismo 2.0 también fue leída como redención y catástrofe. Mientras Gorz y Foucault festejaban el fin de la sociedad salarial y el Estado de bienestar como fundamento para una sociedad más libre, con todo el potencial emancipador que aún rebotaba desde Mayo del 68, el marxismo veía la desintegración de su héroe colectivo, la clase obrera, y dudaba entre el lamento de la Escuela de Fráncfort por la alienación humana y la muerte de la cultura, o la apuesta antihumanista de Louis Althusser y sus discípulos. El capitalismo 3.0 recogió prolijamente esas esquivas de apocalipsis para construir su futuro.

Hoy, ante el doloroso surgimiento del capitalismo 4.0, las imágenes apocalípticas se agolpan en los productos culturales más diversos, desde series y películas hasta análisis de coyuntura poco inspirados. Sería mejor empezar a entender

que el capitalismo como experiencia consiste en vivir el fin del mundo todos los días. La fusión de los dos sentidos de “crisis”, la confusión de Marx al leer cada crisis cíclica como apocalíptica, es la dimensión existencial del capitalismo: si los campesinos de la Edad Media vivían una vida monótona en espera del Juicio Final, nosotros nos acostumbramos a un Apocalipsis cotidiano que no termina en ningún lado: cambios sociales, aceleración y diagnósticos fatales que pasan de largo. Y el capitalismo 4.0, ante su patología, sus límites objetivos y su crisis civilizatoria, solo puede transformar el fin del mundo en sistema: decisiones dramáticas, descontentos masivos, todo el mundo a la espera de una Tercera Guerra Mundial, una toma de la Bastilla o una peste negra que le pongan fin a esto... pero esas catástrofes no llegan o llegan y se instalan a vivir a nuestro lado. Pensar el futuro hoy requiere pensar después del fin del mundo, porque el apocalipsis ya llegó y nosotros seguimos aquí. |c|

autores/as

Emiliana Miguelez (1976). Fotógrafa y docente. Fue parte del staff del diario *Clarín* (2001- 2017). Colabora en varios medios audiovisuales y es docente en el Instituto de Artes (UNSAM) y en Argra Escuela. www.emilianamiguelez.com

María Eugenia Cerutti (1974). Fotógrafa. Es autora del libro *Kirchner* y coautora de *132.000 volts. El caso Ezpeleta*. www.mariaeugeniacerutti.com

Hector Río (1974). Fotógrafo documental y reportero gráfico. Vive y trabaja en Rosario. Es coeditor de *Posteo*, fanzines de fotografía. Su otra gran pasión es la cocina. www.hectorrio.com

Santiago Hafford (1974). Fotoperiodista. Autor de los libros *Uniformados* de editorial RM y *La vaca atada* de Argra Editora. Editor en Plata Negra Ediciones. santiagohafford.com.ar

Federico Orchani (1985). Santiagueño en Buenos aires. Activista de los derechos humanos en el CELS. Carrilero ida y vuelta entre el territorio y la ciencia política.

Mariano Canal (Buenos Aires, 1977). Estudió sociología. Almagro en el mundo físico y @buensalvaje en twitter.

Matías Baglietto (1985). Reportero gráfico. Descubrió su pasión por la fotografía a los 30 años después de abandonar varias carreras. Convencido de que hay que dar vuelta todo. @matias.baglietto

Natalia Gelós (Cabildo, Buenos Aires, 1979). Periodista *freelance*. Estudió en la Universidad de La Plata. Es autora del libro *Antonio Di Benedetto Periodista* (Capital Intelectual).

Tony Valdez (1959) Fotoperiodista. Sus fotos se encuentran, entre otras, en las colecciones del MNBA, de la Tate Gallery. Coordina talleres de fotografía y escribe en revistas especializadas.

Leandro Barttolotta (1983). Veterano de esquina y leyenda del metegol de chapa. Tiene un título de sociólogo. Integra el colectivo Juguetes Perdidos.

David Fernández (1969). Fotógrafo. Integró los T.E.F. de Eduardo Gil. En 2016 obtuvo el Primer Premio Adquisición del Salón Nacional de Fotografía. www.davidfernandezfoto.com

Tomás Rodríguez Ansorena (Brandsen, 1988). Estudió en la UBA, editó *Playboy* y ahora hace lo propio en Forbes. A veces tuitea en @tomirod.

Nicolás Daniluk (1981). Ilustrador y dibujante. Es miembro del grupo de experimentación *Un Faulduo* y lleva adelante *Ruido* y *Contexto Editora*. www.nicodaniluk.com

Aymara Pais Negrin (1987). Archivista y especialista en archivos fotográficos. Trabaja en el Archivo Nacional de la Memoria, Fototeca ARGRA.

Laura Rivas (1974). Fotógrafa independiente y diseñadora de ropa. Creadora de la marca Taiko. Artista visual, vestuarista y escenógrafa. @laurarivas.photo

Manuel Félix Cantón (Buenos Aires, 1996). Escritor, corrector y jugador de básquet amateur. En el 2019 fue uno de los ganadores de la Bienal de Arte Joven de la Ciudad de Buenos Aires y participó de la antología *Divino tesoro* (Mardulce). Su primer libro se llama *Un año sin verano*.

Panchopepe (1989). Pintor, dibujante, historietista ocasional, co-fundador de la editorial Villacrema. Publicó el libro de pinturas *¿Para qué sirven las personas?* (2017) y *El lubre* (2019). Enseña pintura a jóvenes y adultos.

Romina Paula (Buenos Aires, 1979). Es autora y directora de teatro. Sus novelas y obras de teatro han sido publicadas por Entropía. En 2019 estrenó "De nuevo otra vez", su primera película como autora y directora.

Camila Sosa Villada es escritora, actriz, cantante, se prostituyó, limpió por horas y cosió para afuera.

Sebastián Robles (Villa Ballester, 1979). Publicó la novela *Los años felices* (2011), los relatos de *Las redes invisibles* (2014) y el libro *Apuntes sobre Phillip K. Dick* (2017) en colaboración con Juan Terranova.

Brenda Greco (1988). Dibujante y Diseñadora de Imagen y Sonido. Co-fundadora de *Ruido* y *Contexto Editora*, donde publicó fanzines como el "Album de figuritas" y "Libro para colorear". brendagreco.com

Alejandro Galliano (Tigre, 1978) Hijo de la clase trabajadora y egresado de Filosofía y Letras. De día trabaja en los mal iluminados nichos de la industria educativa argentina y de noche dibuja y escribe como Bruno Bauer. @bauerbrun

Cultura para la salud

En Fundación Medifé trabajamos para promover el **Buen Vivir** en armonía

con el ambiente y la comunidad.

Nos acercamos al pensamiento crítico

para enriquecer la reflexión

sobre el mundo contemporáneo.

Entendemos la importancia de estimular

la sensibilidad y conversar sobre

las coyunturas sociales, culturales

y científicas. Por eso, en alianza

con otros actores, creamos espacios

activos de participación, encuentros

y experiencias artísticas que tiendan

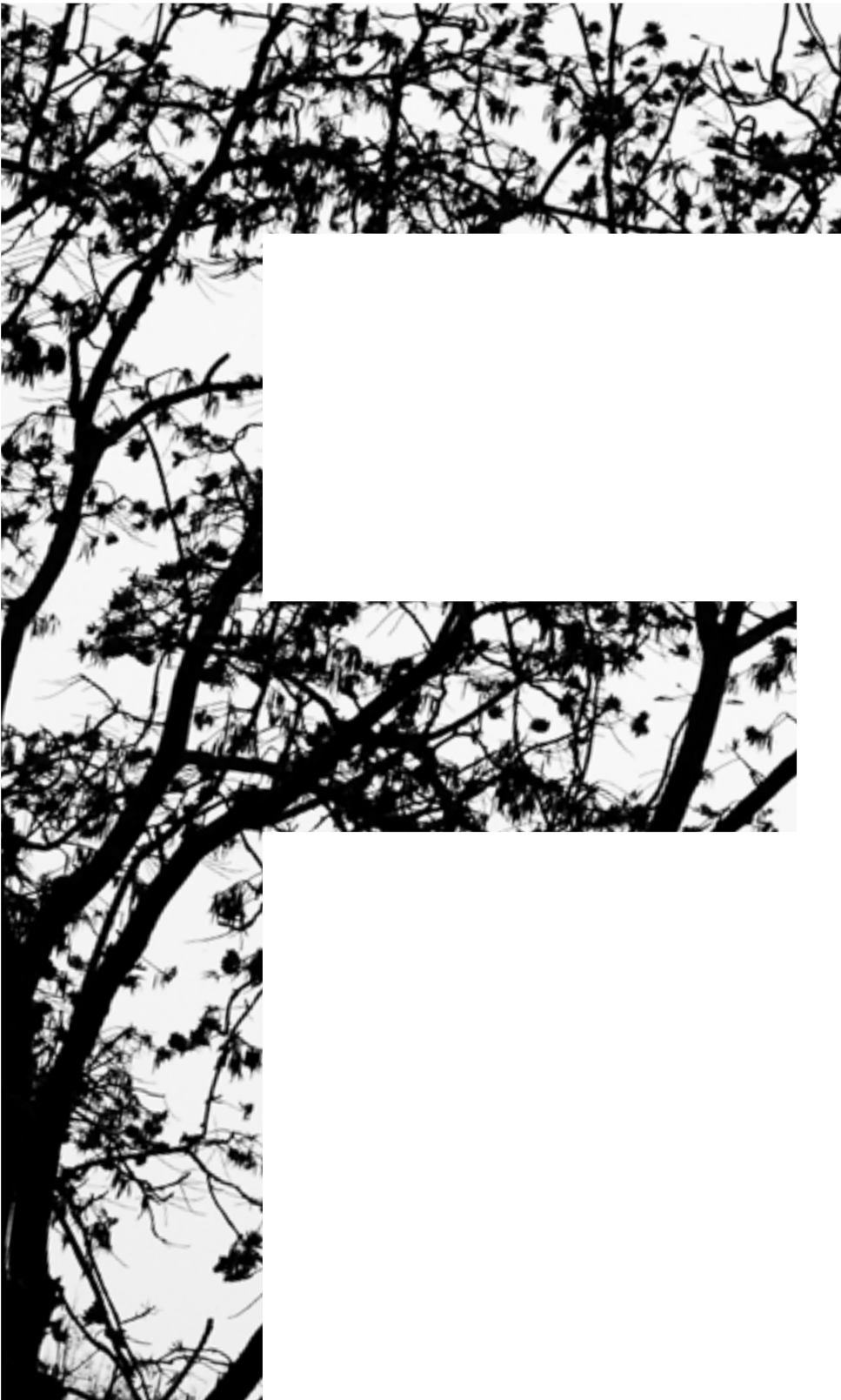
puentes entre bienestar y conocimiento.

Porque, en definitiva, nuestro propósito

en Fundación Medifé es generar y difundir

cultura para la salud.

Fundación
Medifé



crisis # 41

patria o virus: el día después
de la cuarentena berco arma el
identikit de los acreedores rosario
siempre estuvo hot entrevista a
kicillof: las espinas de rosas breve
arqueología del pejota porteño
mililancia del común: vanesa
escobar corsos gasoleros en el
conurbano vistas aéreas de una
tierra arrasada steve bannon
al desnudo tribulaciones de
un inquilino en buenos aires el
devenir zombi de la industria
musical romina paula, la muerte
por whatsapp camila sosa villada,
perfecta y letal la clase media
según stephen king el apocalipsis
ya llegó y nosotros seguimos aquí